Mercedes Corbillón

LA BELLEZA DEBE MORIR

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
National Geographic
La invención del amor
La belleza debe morir
Peor persona
21 días
No existes
La primera llamada
Luna llena
Proust en Venecia
Mis amantes
Acqua alta
Yo te soñé
Imposible de contar
Mi pena es un nenúfar
Un ático con vistas
Flor de toxo
Basura espacial
Tu madre
Síndrome de abstinencia
Las acículas
Vivir
Invierno en Venecia
Arrepentirse
Papá
Era abril
Llueve
El desamor en Venecia
La vida y la muerte
Miedo
Amantes que se aman
Palos de ciego

Nadedad
Desconocidos
De momento, abril
3803
Desamor
Venecia también es insomne
La novia de mi marido
Los gondoleros silenciosos
Hablemos de deseo
Euforia
Las manos de mamá
Es personal
El invierno en Venecia
Gran garaje
Venecia se hunde
La cama
Extinción
El ojo y el alma
Saber jugar
Correspondencia
Encajar
Amor fracasado
Los viernes
Tus lágrimas
La zozobra
Circe
La tierra
Difícil de creer si no estabas allí
Vidas épicas
Herida
Insomne
Desvelar secretos
El amor de la gente mayor
La primavera dentro
Futuro
Jardines
Ya es el futuro
Virgen con niño

Voz azul
La vida no es una novela
Hotel Europa
Un olor
Se juega
La ternura
El verano
Carnaval
Todo lo bello es terrible
Sol de invierno
Sacrificio
Censura
El evangelio según nuestras cartas
Insomnio veneciano
Lo oscuro
Los besos
Leo
Julia
Funerales
El fantasma de Venecia
La lluvia y los amantes
Para la vida
El primer adiós
La carne
Agosto
Alessandro
Camas
El viento que construye locuras
Otoño
Saber amar
Sufrir
Kit Kat
Ser agua
La desesperanza
Ser uno
Islas
Algún día
La libreta

Noviembre
Carta al lector
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

«Todo el mundo vale para ganar una guerra, pero no todo el mundo está preparado para perderla». (Curzio Malaparte)

Dice Annie Ernaux en el último párrafo de *Pura pasión* que toda mujer debe vivir alguna en algún momento de su vida, aunque la pasión no se escoge, sucede y rompe las costuras de nuestro propio yo. De esa ola que se levanta y arrasa con todo, de la imposibilidad de tender puentes cuando ya estamos cargados de pasado, de la claustrofobia que provoca el desamor y de las ventanas que finalmente se abren, va esta novela.

La protagonista y narradora es una mujer madura, madre separada casi en la cincuentena y libre en su sexualidad, en sus actitudes y en sus afectos que viaja a Venecia con su madre e intenta reconstruirse y reconstruir su historia de amor —ya terminada— con un hombre casado y lo hace «escribiéndole» a la única persona que estaba allí: él. Él, en realidad es un espejismo, un sueño imposible y real como la propia Venecia que la autora despliega, oscura e invernal, siempre incierta.

Con claridad y desnudez, muestra las tripas del enamoramiento, las contradicciones imposibles de las relaciones y la oscuridad que acompaña siempre a los amantes, condenados a ver solo una cara de la luna.

Esa búsqueda de sentido y esa imposibilidad de encontrarlo, es esta historia de amor, un amor que muerde y que está desde el inicio condenado a morir, como Venecia y la belleza.

Pero más adelante, hay más.

Mercedes Corbillón

La belleza debe morir

A los que aman

Para Yann,
Nunca sabemos de antemano lo que escribimos.
Date prisa: piensa en mí.

Dedicatoria de Marguerite Duras en *Nada más*
(traducción de Vanesa García Cazorla)

Lo que desaparece es mayor de la suma de lo que había. Esto es quizás matemáticamente imposible, pero emocionalmente posible.

Niveles de vida, de Julian Barnes
(traducción de Jaime Zulaika)

Cuando era niña, para mí el lujo eran los abrigos de pieles, los vestidos de noche y las mansiones a orillas del mar. Más adelante, creí que consistía en llevar una vida intelectual. Ahora me parece que consiste también en poder vivir una pasión por un hombre o una mujer.

Pura pasión, de Annie Ernaux
(traducción de Thomas Kauf)

NATIONAL GEOGRAPHIC

Nos morimos una tarde de otoño, con aguacero. Tú te quitabas los zapatos y los dejabas sobre el radiador, y yo pensaba en París y en los poetas muertos y en los cementerios a los que nunca iría contigo.

El árbol de Navidad parpadeaba a tu lado. Era noviembre.

Todo era a destiempo entre nosotros.

Te sacudiste las gotas de agua, que te brillaban como purpurina en los rizos, y te sentaste a la mesa vestido con mi pantalón de pijama de Mickey Mouse.

Dijiste que el vino era malo y que yo era el amor de tu vida, todo en la misma frase, como si fuera el estribillo de una canción absurda. La tortilla ya estaba fría y las espinacas de la quiche se me quedaron atrapadas entre los colmillos. No pude abrir la boca mientras me hablabas de serpientes. Lo sabes todo sobre las serpientes y me lo contaste concienzudamente, con esa forma tuya tan natural de hacer *mansplaining*.

A mí me importaba un bledo la pitón más grande del mundo, que al parecer estaba en un terrario de Chicago, y no me creí que en Galicia no hubiera víboras porque en la aldea de mi madre siempre las hubo. Las llamaban «bichorros». Lo sé porque la abuela me contaba la historia de un vecino que se murió haciendo la siega. Era tan pobre que, aunque sintió la picadura y vio marchar al reptil entre la hierba recién cortada, siguió trabajando con la guadaña. Eran tiempos en los que era mejor perder la vida que el jornal.

Así que igual te crees saber más de lo que sabes, pero

eso debe ser el amor, escuchar las cosas inútiles que tiene otro en la cabeza y no pensar, contener el impulso de decir «Cállate, idiota», parpadear y mirar fijamente, detenerse en tus pestañas y su movimiento bamboleante, aunque, en ese momento, debo admitir, lo único que yo quería era recoger los platos e ir al baño a lavarme los dientes. Lo hice en cuanto se acabó el mencía y fui a buscar otra botella.

A la segunda ya no te importaba la denominación de origen. Sabía que te gustaba más el rioja, pero escoger según mis gustos era una forma de empoderarme. Qué expresión tan estúpida, pero me negaba a complacerte también en eso.

Unos días atrás le había dicho a mi amiga Susana que una mujer jamás debe olvidar que lo que es está por encima de lo que siente. Como idea está muy bien, y ella, que es joven y lista y además me quiere, me alabó la frase. Luego se quedó callada, seguramente pensando en qué demonios significaba eso.

Me acordé de esta conversación en el *delicatessen* de Dr. Teixeiro justo cuando iba a escoger La Montesa y cambié de inmediato a un Guímaro edición especial. Diecisiete euros la botella, pero a ti te pareció un horror, un horror que bebiste a buen ritmo, todo hay que decirlo. Eres un perfecto dipsómano y un perfecto esnob y yo, una buena aprendiza. Del beber mucho. Ser esnob me parece demasiado cansado. Bastante tengo con inventar sentencias que a la hora de la verdad solo se refieren a marcas de bebida.

Cuando regresé a la mesa con la boca fresca, con la botella en una mano y una tableta de chocolate en la otra, la rodeé para besarte. Siempre me apetece besarte, creo que nunca nada en la vida me ha gustado tanto como besarte, pero también para que no siguieras hablando del tamaño de las anacondas. Al sentarme, dije: «¿Sabes?, los búhos compiten con los zorros por el alimento y se atacan entre ellos».

Aquella tarde parecíamos el puto National Geographic.

Los días de tus ausencias me dedicaba a ver documentales de La 2 para surtirme de inspiración y

escribirte, o para poder mantener contigo conversaciones inanes. Ya era todo demasiado intenso entre nosotros. Era vernos y sentir como si nos hubieran enchufado a una corriente muy pasada de voltios. Necesitábamos temas frugales, anodinos, para rebajar la tensión.

Y para no hablar de nosotros.

«Nosotros» era una palabra sin futuro, y las palabras sin futuro tienden a desmoronarse en el presente.

Mejor evitarlas.

Allí, en «la mesa del destino», como tú la llamabas, habíamos extendido alguna vez la rosa de los vientos exponiendo todas las salidas posibles, pero la aguja jamás se detenía en ningún punto.

No había caminos, solo caos.

Supongo que oírme hablar a mí de luchas animales te pareció demasiado extraño, signo inequívoco de que me estaba yendo por las ramas, evitando tableros con brújulas que no conducen a ninguna parte.

Te levantaste y me cogiste de la mano, tirando de mí para que yo hiciera lo mismo.

Nos besamos.

La Berenguela repicó seis veces. Cuando acabó el sonido del cobre, abrimos los ojos. Los tuyos se habían vuelto líquidos, como si se estuvieran deshaciendo.

Fuera arreciaba.

Nadie por la calle. Solo el agua rebotando en la piedra.

La invención del amor

Ahora que eres una huella a punto de desaparecer, quiero recordarte para luego olvidarte, como hizo Machado con Guiomar.

En cuestiones de amor, que el amado haya existido o no es lo de menos.

Como todos los amantes, muchas veces hemos recreado aquella noche en que nos conocimos.

¿Existe el amor a primera vista?

Nosotros no creemos en esas pamplinas. En general, tú y yo creemos en poca cosa. En un buen whisky, en la belleza, en la eterna contradicción del ser humano.

Cruzamos la mirada en aquel restaurante y nos quedamos algo enganchados en ella.

Supongo que nos reconocimos.

La posibilidad del juego, la intolerancia al aburrimiento, el instinto depredador.

El restaurante era uno de esos céntricos y modernitos, con techos altos y muchas plantas de interior, y una enorme cocina a la vista en la que faenaban jóvenes cocineros que movían las sartenes como si fueran los platos de una mesa de disc jockey.

Me levanté al baño y me seguiste hasta allí. Antes de hacerlo, me miraste de arriba abajo, supongo que para comprobar que mi cuerpo estuviera entero. Allí, entre los azulejos blancos, pudimos mirarnos más de cerca y sin mucho disimulo en el espejo, aunque no pasamos de la descarada mirada.

No parecías el tipo de hombre que persigue a una mujer. Tampoco yo había derrochado nunca antes tanto

descaro, pero sucedió.

Te pasaste toda la noche retorcido en la silla hasta que, un poco más tarde, cuando me puse el *rouge*, un show que hice para ti en la mesa y a los postres, te atreviste a decirme: «No te hace falta».

Recuerdo el rubor en las mejillas a pesar de mi soltura, algo impostada. Ni siquiera llevaba un espejo: para pintarme los labios utilicé el teléfono.

Un poco después te fuiste. Sentí pena al verte marchar, después de que me lanzaras una última mirada.

Luego el azar insistió y quiso que nos encontráramos en el siguiente bar. Era sábado y un montón de gente se amontonaba con copas en la mano en aquel pub pequeño de la plaza de Vigo que tiene un toldo negro sobre la acera.

Nos abrimos paso entre la marabunta y, al cruzarnos, no dudaste, agarraste mi muñeca y dijiste: «No sabes cómo me alegro de verte».

Como si fuéramos viejos conocidos que hace tiempo que no se encuentran.

Eso lo hemos pensado mucho, en la posibilidad de que nos hayamos tratado en otras vidas.

Hubo reconocimiento aquella noche, pero ¿acaso no es eso el amor, reconocerse?

Te di mi teléfono, lo había pintado en una servilleta con mi barra de labios, pero en el restaurante no me había atrevido a dártelo. Lo cogiste con aprensión y yo me reí, ¡no hay restos biológicos, tranquilo! Te dije mi nombre y el tuyo. Tú pensaste que te conocía de algo. Podía ser, eras un hombre guapo y no pasabas desapercibido, pero no, yo no te había visto jamás, ni siquiera vivía en tu ciudad, solo había oído cómo tus amigos pronunciaron tu nombre, ese tipo de información que de modo habitual desecharía y que almacené por instinto.

No imaginé el alcance que tendría ese nombre. Tu nombre.

Te conté que era de Santiago y que estaba celebrando el divorcio de una de mis amigas, una tontería que utilizábamos a veces para que nos dieran chupitos gratis.

A los ojos de la gente, una mujer divorciándose tiene algo de desvalimiento. Por el contrario, un hombre que se divorcia tiene todo de oportunidad.

Tú ya lo sabías, lo del divorcio os lo había dicho el camarero mientras esperabais en la barra a que quedara una mesa libre, que resultó estar a nuestro lado. Por eso entraste con la mirada dirigida hacia nosotras y me viste, como si estuvieras frente a una representación de la última cena y yo fuera la figura principal, un cristo femenino, sonriente y con ojos de fuego.

Eso decías a veces, otras que te sentiste como Kevin Spacey en aquella escena de *American Beauty*, cuando ve a la chica rubia desde la grada y todo lo demás se borra, desaparece.

Pero yo creo que eso te pasó después, no esa noche, sino después, aunque los enamorados tenemos la costumbre de regresar siempre a la génesis e imaginar que hubo un big bang que lo creó todo desde la nada. Un mundo nuevo que implosiona y se despliega de pronto, con todos los detalles.

Nos quedamos a pocos metros, entre el rebumbio de gente y música alta, el barullo frívolo de las noches en los bares, tú con tus amigos, yo con mis amigas, ambos mirándonos de reojo.

Cuando nos íbamos, volvimos a hablar y nos tocamos de nuevo las manos. Ese contacto con la piel fue premonitorio.

¿Puede una piel desconocida comunicarte algo?

Estabas cerca de la puerta y pendiente de mí para darme tu teléfono. El *rouge* se había emborronado y los números que pronto te aprenderías de memoria habían quedado completamente ilegibles.

Tenías interés, era obvio, y, sin embargo, hubo un momento en esos minutos de conversación en que te noté un poco distinto. Mientras me hablabas, tu mirada se alejó un poco, no hacia otras personas, sino hacia dentro de ti.

Creo que te presté atención de verdad a partir de ese momento y no antes.

Me gustaste justo en el segundo en que te alejaste de

mí.

«Ya reculó un poco», les dije después a mis amigas. Era obvio que estabas casado y pensé que no querrías pasar del tonteo; que en ese instante estabas recalculando la dirección.

Luego me contarías que, en realidad, estabas dudando si pedirme que ignorásemos a nuestros amigos y nos fuéramos juntos a tomar una copa. También que, cuando me tocaste, sentiste una electricidad inédita.

No me lo pediste. Te quedaste callado y nos dijimos hasta pronto.

En cualquier caso, yo tampoco habría aceptado, a esas horas ya no estoy en plenas facultades.

Y un divorcio de mentira es sagrado.

La belleza debe morir

La belleza debe morir.

Eso fue lo último que te dije aquella noche, muchas horas después de besarnos en mi salón.

De banda sonora, la campana y la lluvia.

Y los *látigos* de mi corazón.

Mi corrector dice «látigos» en lugar de latidos. Será que la inteligencia artificial sabe ya poner nombre a las cosas mejor que los escritores, mejor que yo, que no soy escritora y todavía siento ese beso en las tripas.

¿Será que todo es artificial?

Me pregunto qué sentido tendrá la vida una vez que se hayan descubierto todos los misterios. Qué será de nosotros si la ciencia descubre finalmente los procesos químicos que llevaron a Dante a sentir aquello en la presencia de Beatriz, o a Stendhal ante la fachada de la Santa Croce.

A la mierda el mundo en el que está todo explicado y no queda sitio para la poesía.

Empiezo a escribirte ahora que han pasado semanas desde entonces.

Supe inmediatamente desde que nos separamos allí, frente al Atlántico, que nunca volvería a verte ni a oírte. Una bruma espesa nos envolvía, la piedra brillaba devolviendo el reflejo de las luces amarillas. Si hacía frío, no lo sentí. Me dijiste: «Te quiero». Yo no saqué las manos de los bolsillos.

Nos dimos la espalda y empezamos a caminar, como si estuviéramos en un duelo.

Treinta pasos y bum, el disparo. Nuestro disparo fue el silencio. Aún resuena en mis oídos.

Nunca más tu voz. Eso sí que es una explosión. Una de esas que te deja un pitido en los oídos durante mucho tiempo. Acúfenos, creo que se llaman. Les pasa mucho a los músicos, por haber escuchado acordes demasiado altos demasiado tiempo.

Una vez escuché a una escritora decir que había subido el volumen de sus emociones, una operación arriesgada. Sus personajes parecían estar siempre al borde del precipicio emocional, pero en aquella novela, que yo había leído, te hinchabas a llorar, entrabas muy fácil en aquel juego suyo de deformarlo todo, de exagerarlo.

Nosotros también exageramos mucho, desde el principio, como si hubiéramos encontrado en la hipérbole nuestra medida y, como lectores o espectadores, llorábamos ante lo despiadado de nuestra propia película.

Lo despiadado era que no éramos capaces de hacerla realidad.

Y dolía, como solo duelen las cosas de mentira.

Peor persona

Estoy en Venecia, escribiéndote una carta que nunca te mandaré. Mi madre descansa en el hotel. Ha llovido de manera inclemente todo el día y, aunque no hay climatología que empañe la belleza de este lugar, el día ha sido demasiado desapacible para ella.

Hemos discutido por una sopa, la critiqué por darle tanta importancia a la comida. Esa necesidad de comer tan sano, tan preparado, tan perfecto; esa sacralización de los alimentos, ese endiosamiento de la dieta me pone nerviosa. Le dije, mordaz y malvada, que cuando tuviésemos que cuidarla se olvidase de comer sopa cada día. Se le llenaron los ojos de lágrimas y la odié por ello, por el drama constante y por necesitar una puñetera sopa cada día.

Inmediatamente me odié a mí misma. ¿Será que el desamor me hace peor persona?

21 DÍAS

Pensé que después de mi día 21 todo sería más fácil. Dicen que son los necesarios para adquirir un hábito o para perderlo. Mis referencias son los programas de la tele y así me va. Cuando llegó el día 22 y tú seguías ahí, agarrado a mis tripas como mis quilos de más, me vine abajo, me desvanecí como un edificio de ceniza, que es una frase preciosa que leí a alguien a quien no puedo citar porque no recuerdo su nombre.

Estamos hechos de retales hasta para las metáforas y el olvido, fabricados con pedacitos de aquí y de allá.

Me inquieta el momento en que empezaré a olvidarte. No saber cuál es. Quizás es este, desmentido por el hecho de que esté insomne tecleando con un dedo en un aparato iluminado en medio de la noche.

El agua rebota en el suelo desde el canalón de la iglesia y hay gente por la calle que es feliz o huye un rato de su infelicidad.

A mí me encanta la noche, esa liturgia de barras y alcohol. Aunque ya me gustaba antes, cuando no bebía. La noche abstemia y la noche ebria son completamente distintas. En cualquier caso, mis noches son y siempre han sido Disney, sin pastillas ni rayas de coca ni sustancias estupefacientes. No sé cómo he conseguido llegar a los cincuenta sin probar las drogas. Qué patético.

Excepto el amor, que es una droga dura, por lo que se ve. Cuesta la hostia desengancharse.

Por otro lado, da miedo que se acabe y desaparezca todo, incluso la memoria.

Perderte a ti es un hecho.

Perder lo que me haces sentir, una posibilidad.
Tengo que escribirte antes de que eso suceda.
Escribirte.
Tú como objeto directo de esta oración.

NO EXISTES

Mamá se queda en el hotel, mete las manos entre las sábanas blancas con su libro, *Unas vacaciones en invierno*. La beso en la frente, está suave y caliente y huele a crema de otro tiempo. Todo vuelve a su sitio. El episodio de la sopa está olvidado. La vida entera sería un martirio si no dejásemos a un lado los pequeños rencores. Además, siempre hay que dejar sitio para los nuevos.

Salgo y me encuentro con la lluvia y con tu ausencia.

Bajo mis pies todo es pantanoso. Cruzo el Ponte degli Scalzi y camino por Santa Croce hasta el Dorsoduro. Paso por delante del hotel en que me alojé cuando estuve aquí por primera vez. Recuerdo el frío, y la impresión de la belleza. Y la felicidad.

Para olvidar una vida, uno requiere de otra, eso decía Brodsky en aquel poema. Me pregunto si existirá otra vida o todas serán variaciones de la misma.

La ciudad está oscura. Es una cáscara vacía llena de fantasmas. Los gondoleros han desistido y las embarcaciones están cubiertas y silenciosas, fijas en sus amarres.

Me siento como ellas, muda, agazapada y sin nada firme debajo.

Me gustaría llamarte, me gustaría escuchar tu voz y que me hablases de tu madre, siempre me hablabas de tu madre. Me hubiese gustado conocerla, ver cómo la mirabas.

He estado a punto de hacerlo, de escribirte, pero no, no estás, no eres, no existes. Cuento los días y las horas y los minutos y no hay rastro de ti. Me consuelo pensando que tampoco estabas antes, que has sido solo un sueño, como

cuando te imaginas Venecia de tanto verla en las fotos de otros, en documentales, y te parece haber bajado en barco por el canal, sientes la belleza como si fuera tuya, como si estuviera frente a ti. Y, en realidad, no, nunca ha estado ante tus ojos, casi puedes recordar los palacios, dibujarlos, ponerles nombre, transponer sus puertas y no, no ha pasado, no ha sucedido.

Solo lo has soñado.

La primera llamada

Recuerdo muy bien tu primera llamada después de aquella noche de falso divorcio. Recuerdo dónde estaba exactamente y lo mucho que me gustó tu voz.

La sorpresa.

Esperaba saber de ti, claro, pero en estos tiempos todas las noticias llegan por WhatsApp, las buenas y las malas. Y también los juegos de seducción o las aproximaciones con algún interés amoroso o sexual.

Yo misma tenía un montón de líneas abiertas y esperaba abrir una nueva contigo. A veces me llegaban al mismo tiempo mensajes de cuatro o cinco hombres distintos y tenía que hacer encaje de bolillos para que el coqueteo quedase bonito y se ajustase a las necesidades de cada uno de ellos.

Pero tú llamaste, como si estuviéramos en los noventa. Lo hiciste con la misma seguridad que un tigre desplegaría para acercarse a un ciervo. No necesita rodeos ni disimulos.

Va y se lo come.

Sentí el órdago enseguida. Y tensarse mis músculos. Tú hablabas desde el manos libres en aquella carretera que rodea el Cantábrico y yo caminaba a un lado y a otro delante del Bershka, en la plaza Roja, a donde había ido para reunirme con una novia que quería que le hiciera las fotos de su boda. Recuerdo que hacía sol, que en el escaparate de primavera un maniquí lucía un diminuto vestido amarillo y que una señora ofrecía migas a las palomas.

Las aves se acercaban a su mano como yo a la tuya.

En busca de ese alimento.

Hablabas y hablabas y no decías nada personal. Yo me reía, achicaba los ojos y arqueaba el cuerpo, más lince que ciervo, siguiendo tu perfecta conversación inane, llevándola más allá, pero dejándola en el círculo concéntrico que tú habías marcado, lejísimos del centro.

Te sigo, querido tigre, vaya si te sigo, y al mismo tiempo, reverencio tus habilidades. Tienes estilo, no hay duda, y a mí no me faltan mañas, las despliego con la misma naturalidad que tú.

Sabemos conversar, sabemos modular la voz para que cada fonema haga efecto en el otro, y cuantas más palabras vamos soltando, todas ellas banales, ligeras, livianas, más comprendemos cómo de alto está el nivel del juego.

Los animales salvajes se cansan de cazar conejos.

Esa fue la primera vez que me contaste una historia, la de un submarino hundido en esa costa que estaba frente a tus ojos. La de esos soldados rescatados por los vecinos y amparados por un Gobierno simpatizante con los alemanes, hasta que comprendió que no era buena idea alinearse con los perdedores. Los supervivientes del submarino volvieron a su país. Años más tarde, un nieto de uno de aquellos militares fue a casarse allí, en el mismo lugar donde su abuelo había salvado la vida.

Todos esos elementos tenía tu relato, quizás adivinaste que a ti y a mí las historias nos hacen vivir una noche más. Una vida extra. Eras una Sherezade que quería seguir viviendo.

Yo estaba dispuesta a darte esa vida extra si me contabas otra historia.

Tu historia.

Luna llena

Me he despertado a las cuatro de la madrugada y, al erguirme y sentarme en la cama, he visto que estaba la luna justo ahí, elevada como una diosa sobre el ábside de la iglesia y entrando por la estrechez de mi ventana con su luz rosa, como la del faro de aquel acantilado cubriendo mi cuerpo, apuntando a mis puertas abiertas, a mi coño húmedo y solitario, abandonado como un barco con la quilla rota, uno derrelicto y lleno de musgo encallado en alguna parte perdida del mundo, seguramente en mi vello púbico crecen percebes, * como en las frases redondas de los escritores, y en mi corazón crecen arañas, creo que he soñado con eso, con arañas negras tejiendo una tela en el corazón, que empiecen de una vez, que lo envuelvan y lo borren, como hacía aquel artista con los monumentos, Christo, creo que se llamaba, ¿te acuerdas?, empaquetaba el Arco del Triunfo como si fuera la merienda de un niño, y así me siento yo, como el sándwich que se queda olvidado en el fondo de una mochila, un amasijo de masa y carne maloliente y papel albal que no molesta porque nadie sabe dónde está, pero en su agujero el aluminio brilla, más ahora que está bañado por la luz de la luna y mi pulpa no huele mal, todo lo contrario, se empeña en exhalar deseo, y yo

* La metáfora es del escritor Luis Pousa. recuerdo que no hace tanto he visto tus ojos y estaban brillantes, a pesar de que tu boca decía adiós y gracias y no podemos seguir con esta mentira, y yo sé que tienes razón, que todo es mentira menos este cuerpo que te dibuja en mis bragas, y

yo meto el dedo para buscar tu nombre y rozo los bordes de la A y de la M y de la O, y cuando llego a la R, ya me he corrido y el mundo me parece un lugar lleno de migas y de restos y necesito que las arañas hagan pronto su trabajo y lo tapen todo, alma, corazón y vida, y que mi ser deje de necesitarte a ti, deje de gritar pidiendo cosas, de llamarte a todas horas, a ti, que no oyes nada porque debajo del mar solo cantan las sirenas y yo no soy una sirena, y por eso me metiste ahí abajo hace tiempo, para no oírme, o simplemente es que te has olvidado el bocadillo, o no sé, o no importa, que me enredo en las palabras como las algas en las hélices, y quizás por eso aquella tarde tenía la mirada de algas, eso dijiste, y no me extrañó porque ya era todo naufragio entre nosotros, y en el camino vi rayos abriendo el cielo y me mojé bajo la tormenta y, al llegar a casa, me masturbé pensando en ti, en tu lengua lamiendo mi mano un instante, e inmediatamente llegó el orgasmo y la rabia y los truenos y me pregunté cuánto tiempo va a seguir mi cuerpo sin enterarse de que es invisible para ti y de que lo mejor para él es convertirse todo en pelo, en cabello que crece insensible, no siente los cortes y sigue adelante más allá de la tumba.

Sí, supongo que debe ser así.

Proust en Venecia

Proust también viajó a Venecia con su madre, solo que ellos se subían cada mañana a una góndola que partía de la puerta de un *palazzo* del Gran Canal y recibían telegramas mientras almorzaban en salones con espejos dorados y lámparas de araña de cristal de Murano, rodeados de otros europeos ricos y ociosos como ellos, y nosotras nos alojamos en un hotelito del Cannareggio, en una habitación con ventana a un patio interior.

No importa, Venecia sigue siendo la misma.

El cuarto tiene cortinas verdes y detrás del cabecero, en la pared, luce pintado un fresco que debe de estar copiado de algún otro de la ciudad, quizás de las pinturas de Alessandro Longui en la escalinata del Palazzo Grassi. Son escenas dieciochescas y palaciegas, algo excesivas para una habitación tan pequeña. Las lámparas de las mesillas de noche se encienden tirando de un cordel y en la base tienen forma de pájaro. Hay algo manierista en la decoración, pero tiene encanto.

Me despierto temprano y me quedo quieta para no molestarla. Mamá ronca ligeramente. Así, dormida, tiene algo de animalillo doméstico, alberga ese calor y esa inocencia de un gran danés frente a la chimenea.

Me gustaría levantarme, asomarme al patio y ver cómo lo va alcanzando la luz del amanecer. Es pequeño y coqueto y tiene un pozo como todos los *campo* del barrio.

Me quedo quieta pensando que el insomnio es más llevadero en soledad.

Aún es muy temprano cuando suena una sirena.

¿Será el aviso de *acqua alta*?

Me levanto con cuidado, con todo el sigilo del que soy capaz. Después de ducharme me pongo ropa interior de manga larga. Nunca me la quito en su presencia, necesito que tape los moratones que me ha dejado el encuentro con un individuo el otro día. No es uno de mis amantes, ya no tengo, me falta alegría para eso. Solo es alguien que conozco de vista de siempre y que me crucé una noche que salí con Montse en Santiago. Ya sabes que juntas tenemos mucha más tendencia al exceso que por separado. Fuimos al Centro Galego de Arte Contemporánea a ver una exposición de Ruth Mathilda Anderson. Además de fotos y trajes tradicionales, había champán. Era extraño aquel contraste entre el lujo y la modernidad, y la Galicia medieval de las imágenes que tomó la americana hace cien años. Hicimos todo el recorrido, cena en el Solleiros, copa en La Flor y chupitos en el Choiva. Allí lo encontramos, después del tercer tequila, no sé si fue él quien me contó una historia o sucedió al revés.

Teníamos ganas de alargar la noche y marchamos en busca del último bar. Siempre hay uno. Estaba lleno de personas que podrían haber sido nuestros hijos, pero nos dio igual. Nos apoyamos en la barra en busca de una cerveza sin ninguna sed. Fue allí cuando Montse le dijo que no le gustaba nada para mí, que tenía cara de malvado. Yo no sabía si reprenderla o reírme. Él sonrió sin decir nada, achicando mucho los ojos. Los rizos le caían infantilmente sobre la frente. Solo ahí pensé en irme con él, cuando mi amiga hizo ese comentario mordaz. Creo que a él tampoco se le había ocurrido antes. A ciertas horas no se sabe qué detonantes desatan los gatillos del deseo, pero no, el deseo no importa, importan las ganas de vivir.

Por mi parte, quería comprobar que no estaba muerta.

Me besó cuando se apagaron las luces del último antro. Uno de esos besos húmedos y viscosos que deja la madrugada.

Un rato después estaba sobre la mesa del despacho de alguien. Mi cara junto a un pisapapeles de coral quizás comprado en el viaje de luna de miel a Tailandia. Entre

sacudida y sacudida pude estudiar una foto familiar.

Papá, mamá, niño, niña y perro.

Y picadero.

Mis amantes

«¿Te puedo llamar mañana?».

Así acabó nuestra primera conversación, a la que siguieron otras los días siguientes. Llamadas telefónicas de una hora, incluso más, en las que no tocábamos nada personal ni amoroso ni sexual. Nos deslizábamos sobre temas laterales con la misma facilidad que la naturaleza viene a posarse sobre los árboles para recordarnos que siempre vuelve la primavera.

Mientras, yo caminaba por la calle, no recuerdo cuál, puede que General Pardiñas o Montero Ríos, cualquiera de esas calles anodinas que se parecen entre sí en todas las ciudades. De vez en cuando me paraba ante un escaparate, el sol permitía que me reflejara en el cristal y este me devolvía una versión mejorada de mí misma. Sin arrugas, con ese aire adolescente que me daba el bolso casi arrastrando en el lado derecho, la chaqueta caída sobre el hombro, arrinconada por el cuero gastado del asa. Un bolso bueno y muy usado, con la piel llena de vida. En la otra mano, el teléfono pegado a la oreja. Y esa expresión atenta.

Para hablar sin decir nada es necesario esforzarse, no es fácil obviar todo lo central y al mismo tiempo mantener al otro en tu red de palabras.

Estabas a punto de irte de vacaciones, me dijiste al tercer día. Yo afirmé: «Con tu familia».

«Sí», susurraste.

Seguí hablando tan contenta. Entonces me importaba un bledo tu situación. Era obvio que tu matrimonio no te impedía tener otras relaciones del cariz que fueran. Yo no sería la primera ni la última, y no me preocupaba lo más

mínimo.

Tú aún no lo sabías, pero a mí no me interesa el amor. Ya lo he vivido. Muchos años de un matrimonio feliz que simplemente se acabó. Fuimos como un derviche que gira y gira y en un momento detiene su baile. No quise seguir allí, quieta, eso fue todo. No quise o no supe esperar a un nuevo mundo de tranquilidad.

Lloré mi pérdida mucho tiempo. A veces las lágrimas me llegaban a los ojos antes que el propio pensamiento, como si el cuerpo anticipara la ausencia que sufría. No es fácil dejar atrás toda la vida adulta que conoces y nunca he sido tan feliz como en aquellos años de giros interminables.

Y además estaba la niña, víctima colateral de los vaivenes de su madre. La culpa me rodeaba como un velo. Durante mucho tiempo me sentí como un delfín que nada envuelto en las redes perdidas de un barco.

Cuando te conocí, empezaba a superar el duelo y lo ahogaba en hombres divertidísimos a los que no veía más de dos o tres veces y a los que siempre hacía dos advertencias: «Tengo muchos amantes y el amor ya lo viví».

Muchas veces los recibía en casa después del tonteo previo, casi siempre por WhatsApp, e imponía mi ritual, una mesa con flores y velas, una cena apetecible, una anfitriona risueña y perfumada, una botella de vino y la norma tácita o explícita de no tocarse hasta los postres. Al menos, no apasionadamente. En otras ocasiones las citas eran en restaurantes o en sus casas, pero siempre similares a las que organizaba yo.

No hay nada más sexi que una buena conversación mirándose a los ojos, y nada más difícil, sin embargo. Yo no tenía dificultad para encontrar candidatos perfectos para vivir y repetir esa puesta en escena. Supongo que es una cuestión de saber mirar, saber escoger y relacionarse desde la cercanía.

Mis amantes eran todos encantadores y me trataban como su máximo objeto de deseo en ese momento, y yo disfrutaba de los placeres de la vida que no necesitan sentimiento.

Claro que a todos ellos eso les parecía imposible.

Una mujer que está allí, delante de un hombre, dispuesta para el placer, pero también para la charla, una mujer que se acerca en lo personal, capaz de la risa y de la caricia, capaz de la ternura y de la pasión, una mujer abierta, alegre, confiada ha de enamorarse perdidamente de ellos.

Eso pensaban.

Era muy divertido ver cómo desarrollaban a los postres su juego de seducción y esa arrogancia masculina universal que les hacía pensar que esos otros hombres, si es que existían, y mi supuesto desinterés por una relación que no fuera agradable, hedonista y fugaz, no serían obstáculos que ellos no pudieran salvar fácilmente.

Me recostaba en la silla con mi copa en la mano y los miraba con atención preparándome para el espectáculo, que llegaba antes o después indefectiblemente. Sonreía cuando les veía desplegar sus alas de pavo real con el afán de llevarme mucho más lejos que a mi cama, de la que estaban muy cerca, como si, de alguna manera, esa libertad y esas ganas de vivir que yo rezumaba fueran una espoleta para algo, para apresarme tal vez, o quizás solo para disfrutar de esa ligereza, de esa forma de no tomarme en serio a mí misma ni a nada, pero a mí me parecía atisbar en aquella actitud coincidente en todos aquellos hombres maravillosos, tan diferentes entre sí y tan parecidos en su masculinidad, una tendencia inconsciente a domarme, como si dentro de un redil más reducido fueran a disfrutar más de mí.

Disfrutaba y vivía mi propio experimento sociológico. Ejercía un rol masculino, no por el hecho de tener sexo cuando me viniera en gana, que es algo que las mujeres ya tenemos superado, sino por mi actitud en la conquista y por esa forma de vivir los romances bien surtidos de fuegos artificiales que no arden jamás. La única diferencia con los clásicos Casanovas de tres al cuarto es que yo era honesta.

Mis palabras eran transparentes.

Tanto que no las tenían en cuenta.

No pasaba mucho tiempo hasta que la realidad se

posaba en la tierra y todos volvían a la casilla de salida.

A todos los recuerdo con afecto y creo que ellos a mí también.

Acqua alta

La sirena sí era el aviso de *acqua alta*. Al salir, hay gente que va de un lado a otro con botas de goma y en las calles hay extendidas una especie de mesas corridas cuya función desconocemos, hasta que vemos a personas caminando sobre ellas. Una forma fácil de huir de las aguas.

Ojalá encontrase yo alguna igual de sencilla para evitar tu recuerdo.

Nos movemos expectantes, mamá con la aprensión que esta ciudad le causa. Será que la belleza a veces está edificada sobre cimientos inestables, aunque los de Venecia hayan aguantado ya unos cuantos años.

Busco el palacio en el que Henry James imaginó que estaban escondidos los papeles de Aspern. Dicen que el escritor se inspiró en la hermana de Mary Shelley para narrar esa historia, la de una mujer mayor que guardaba los secretos de los grandes poetas de su tiempo. Claire sobrevivió a todos, a Byron, a Shelley, a Polidori. Pasó con ellos aquella noche mítica en la villa del lago Lemán en que se gestó *Frankenstein*. También a orillas del agua. En realidad, Claire murió en Florencia, pero el escritor la situó aquí.

El edificio es bellísimo en su derrumbe. Sus cimientos asolados por las aguas, su fachada ennegrecida, su jardín abandonado. Lo fotografío varias veces intentando captar también sus fantasmas.

Lo dejamos atrás y caminamos a orillas del Rio Marin, que a cada vaivén de las aguas invade *la fondamenta* en pequeñas olas. Los restaurantes levantan sus persianas como si no pasara nada. Luego podremos disfrutar de unos

gnoccis de calabaza en la Osteria Sarache.

Antes de llegar al mercado de Rialto nos compramos, por si acaso, unas calzas impermeables que nos permitan caminar y acercarnos a pasear entre los puestos de pescado. Mamá critica su falta de frescura. Miro de reojo al canal, que lame las orillas, a punto de desbordarse. Me extraña que quede gente en la ciudad para comprar todo ese género brillante y con escamas.

Las plazas de abastos mueren cuando solo las visitan turistas.

Y el amor es mentira si solo sucede en los días de fiesta.

Cuando llegamos a San Marcos, la plaza está inundada. Llueve incesantemente y los turistas parecemos ovejas tristes subidos a la pasarela. Nos refugiamos en el café Florian. Dicen que es el más antiguo del mundo y que en él Casanova, antes de huir de la ciudad y la justicia, se citaba con sus conquistas.

Bajo el marco de la puerta me quito el chubasquero rosa, tal vez la fealdad esté prohibida en el café más hermoso del mundo. De eso presumen. Estilo al poner el té y pasar la cuenta no les falta.

La elegancia la ponen ellos, yo puedo ser vulgar mientras pague la factura.

Yo te soñé

Existes porque yo te soñé.

No quiero que me contestes. De hecho, no puedes hacerlo. No eres, no existes. Existes porque yo te soñé.

No soportamos la realidad. Quizás es eso. Y por eso inventamos historias.

Aunque tal vez lo único que somos es la historia que inventamos.

Y todo lo demás, lo real, es lo verdaderamente fingido.

Pensé que la nuestra era una historia de amor, y ahora, aquí sentada en un bar del Dorsoduro con vistas a la laguna, un día luminoso, apenas una bruma suave tiñendo el cielo azul y la marea fuerte de enero, a pesar de la paz del día, de la belleza del lugar, de la perfección sobria y renacentista del campanario de San Sebastiano, del azul rosado del cielo, del sol, del domingo, de las familias comiendo juntas, de los turistas extasiados, todo me parece una ilusión, una entelequia, una construcción de mi mente ávida de estímulos.

Como esta ciudad. Por mucho que la tengas frente a ti, parece imposible.

No existes, no estás por ningún lado.

El mar, a pesar de su belleza, solo me trae los peces más feos este mediodía, como en aquel poema de alguien cuyo nombre olvidé.

A ti, sin embargo, no puedo olvidarte, vuelves una y otra vez a mi mente, a veces de forma tan abstracta que no sé qué hacer contigo.

¿Dónde te coloco, amor?

IMPOSIBLE DE CONTAR

El amor es imposible de contar.

Lo intentas y se te van cayendo las palabras. Se vuelven vulgares, insuficientes o ridículas o inanes o cursis. Quedan esparcidas allí, entre tu interlocutor y tú, y sabes que nada de lo que dices tiene sentido, aunque alguien a tu lado te escucha y finge entenderlo todo.

Por eso te hablo a ti, el único que puede percibir de lo que hablo, el que estaba allí y formaba parte de lo que quiera que fuese lo que sucedía entre nosotros. Aunque el desamor es tan cruel que cura las heridas y borra los recuerdos. Desde el momento en que uno no es capaz de evocar el sentimiento, se vuelve espectador incrédulo de una película que no acaba de creerse. Aunque el protagonista sea él.

Se rompió el hechizo.

Quiero olvidarte y al mismo tiempo quiero quedarme dentro del hechizo.

¿En qué momento se habrá roto el tuyo?

Qué día te levantaste, caminaste descalzo hasta la ducha, te afeitaste, miraste tus ojeras dibujarse bajo la luz blanca del baño, tomaste el té, cogiste las llaves, paseaste por las calles mojadas, abriste la puerta del garaje, bajaste del ascensor, dejaste el abrigo en el asiento y, al poner la llave en el contacto, solo en ese momento, mucho después de despertarte, se te vino mi imagen a la mente y comprendiste que quizás a partir de ese instante podrías encender y apagar mi recuerdo como el motor de tu coche.

A voluntad.

Y me pregunto si en ese momento habrás sentido alivio

o nostalgia o resignación o indiferencia o liberación o simplemente arrancaste y saliste de la ciudad en el mismo atasco de cada mañana, el día desperezándose, aún oscuro, siguiendo las luces rojas de los faros y poniendo la radio, sin acordarte ya de que durante mucho tiempo me grababas un audio en ese trayecto, doce, catorce, veinte minutos de palabras que yo escuchaba al levantarme o caminando por la Alameda mientras veía entrar a los niños en el instituto, ajenos a las señoras que se enamoran a destiempo.

Si algún día volviéramos a vernos, te preguntaría qué tal la vida, cómo te va, y después eso, te preguntaría cuál fue el momento exacto en que me olvidaste.

Y lo anotaría en rojo en el calendario de nuestro amor.

Mi pena es un nenúfar

No, no puedo escribirte, no puedo llamarte, no puedo pensar en ti, aunque esté borracha y sola en una vinería de Venecia. El *baccalà mantecato* está delicioso y el vino de la Puglia también. Lo escogí porque se llama Negroamaro, muy parecido a un grupo de música que me gusta.

Miento, no estoy borracha, me encantaría, pero mi madre me espera en el hotel y tengo miedo de caerme a un canal, ¿te imaginas? Que aparezca mañana mi cadáver flotando sobre la laguna, entre palacios, como los vestidos de Constance Fenimore Woolson.

No es esta una ciudad para dipsómanos ni para abandonados. O quizás sí, quizás es la ciudad perfecta para el desamor.

Hace poco leí uno de los libros de Constance. Tal vez lo escribió aquí, en su última morada. Llegó a Venecia después de viajar por toda Europa. Era una dama americana del diecinueve, adinerada, creativa, independiente. En algún momento conoció a Henry James, tal vez lo amaba. No sería la primera mujer enamorada de un gay, yo tengo una amiga que lo está, enamorada hasta las trancas de un hombre que duda de su sexualidad, o no la acepta, qué sé yo; tal vez ella ni siquiera lo sabe, que lo ama, pero lo sabemos los demás.

El amor no se puede disimular, como tampoco se puede fingir.

Eran amigos, lo suficiente para que fuera él el encargado de recoger sus cosas cuando ella decidió irse, abandonar el mundo por una ventana. Henry se presentó en Venecia y se apresuró a romper las cartas que le había

escrito a Constance. Me imagino la escena, una cama con dosel, un secreter de caoba con dibujos dorados, me imagino un papel y una pluma, me imagino las palabras amontonadas queriendo ser una nueva novela, me imagino los dedos gordos de Henry, unos dedos ávidos, puede que compasivos, buscando su propia letra, encontrando su nombre, las misivas atadas con calabrote rojo que él mismo envió desde su casa de Chelsea o desde cualquier otra parte. Me lo imagino rompiéndolo todo, haciendo una pira con sus confesiones porque las cartas siempre son eso, una forma de contarse, de desnudarse ante otro.

Me gustaría saber más de ella, saber por qué aquel día abrió una ventana, se subió al alféizar y se tiró a las aguas. Si se lo pensó un poco o fue un gesto rápido, casi instintivo, si en su vuelo reparó en el cielo púrpura de Venecia.

Y saber por qué llevaron su cadáver a Roma.

Visité su tumba cuando estuve con Susana el otoño pasado en la Ciudad Eterna. Comimos muy cerca de allí, en una *trattoria* en la calle de los traperos. En ese barrio construido sobre los escombros del antiguo imperio. Qué rico estaba todo. Un rato antes, en el cementerio Accatolico no había nadie, el otoño era una manzana a punto de caer, la pirámide Cestia se veía un poco más allá; en el camposanto, un manto verde protegía las tumbas de los poetas muertos. A los románticos ingleses les dio por ir a morirse jóvenes a Italia. Yo me senté a escuchar tu audio en el túmulo de un niño. Recuerdo su escultura sonriente con un libro en la mano. Me hablabas desde el coche, casi podía verte, las sinuosas carreteras entre pinos. Y también eucaliptos, claro. Todas esas curvas y un poco más allá, el mar Cantábrico.

Dentro, un hombre sin prisa hablando de amor.

—Camarero, otro Negroamaro, por favor.

Esta soy yo, pidiendo de beber y pensando que quizás no me hablaste de amor aquel día, que seguramente sí, pero no recuerdo ni una de tus palabras, solo tengo ese recuerdo imposible, tu imagen en el asiento, el codo en la ventanilla, el aire salado de final de septiembre alborotándote los rizos.

La memoria es algo totalmente inventado. Yo estaba sobre una lápida de mármol y tenía tu voz, solo eso.

Pronto llegaría Susana a instarme a marcharnos, que tanta ruina y tanto muerto le habían dado hambre.

A mí las ruinas de lo que fuimos me dan sed.

Y esta tristeza que flota y se niega a hundirse y desaparecer, como esos vestidos abullonados de la escritora olvidada.

Mi pena es un nenúfar sobre el agua de Venecia.

UN ÁTICO CON VISTAS

Me citaste a la vuelta de tu viaje. Me pasé esos días en casa viendo la primavera estallar en los abedules bajo mi ventana. A ratos chateaba con algunos individuos, que a todas luces eran más aburridos que tú, y leía profusamente a Auster.

Ese *4 3 2 1* del de Brooklyn era mi particular cuenta atrás hasta tu próxima llamada. Llegó el lunes, puntualmente. Lo único que me contaste de tus días de asueto fueron tus problemas provocados por una infección de orina que te hizo parar en todos los pueblos de Castilla, como si fueras la mismísima Juana la Loca con el cadáver de su amado.

Nos reímos mucho aquella mañana. Por las anécdotas de tu próstata y puede que también por la alegría de volver a hablarnos.

Aún no nos habíamos visto y ya estábamos un poco enganchados. Tu voz era casi un elixir de «vente conmigo». Quise escucharla un poco más antes de volver a vernos, o antes de vernos por primera vez, según se mire, y te pedí posponer un par de días nuestro encuentro. Era verdad que mi coche tenía una avería, pero también era verdad que quería paliar un poco el efecto que esas conversaciones provocaban en mí.

Al día siguiente rematé una cuenta pendiente con el último de mis amantes. Habíamos comido en un sitio bonito en otra ocasión, pero el asunto había quedado a medias. Tampoco es que hubiera mucho entusiasmo, en aquellos tiempos no lo encontraba necesario.

El individuo era un ingeniero de Vigo retirado a causa

de un grave accidente de moto que lo tuvo hospitalizado varios meses. Creo que no había salido indemne de aquello, ni física ni mentalmente. Era un hombre tan atractivo como anodino, sin nada más que reprochar ni tampoco que destacar. Quizás lo único reseñable era el interés que demostraba en mí, como si yo fuera un trofeo que normalmente estaría fuera de su alcance. No había, en cuanto a lo físico, nada que justificase aquella sensación suya. Era un hombre apuesto, alto, rubio, fornido a pesar de su lesión, pero tal vez el tiempo que había pasado fuera de la vida lo había vuelto inseguro.

Yo derrochaba indiferencia al mismo tiempo que le prestaba atención, una atención que él creía no merecer y que le producía la misma satisfacción que le provocaría a un niño recibir un regalo inesperado.

Aquella mañana salí temprano del estudio. Esa primavera había decidido que ya no iba a dedicarme a las bodas ni los bautizos, aunque eran una forma segura de ganar dinero. Recordé que cuando quise ser fotógrafa, no pensaba en eso, en aquel trabajo mecánico, aunque siempre pretendí liberar a las ceremonias de su vulgaridad estandarizada y de algunos de mis trabajos estoy bastante orgullosa. Decidí tomarme las cosas con calma una temporada, dedicarme a proyectos más ilusionantes, como aquel de fotografiar casas abandonadas de toda Galicia que crecían como matojos a los lados de cualquier carretera secundaria. A veces, en el cuarto de revelado pensaba que, además de esos árboles que les crecían dentro, iba a ver salir sus fantasmas. También quería ganar tiempo. Tiempo para vivir, tiempo para mí.

Cogí un tren. Recuerdo que hacía sol y que en el trayecto iba leyendo una biografía de Vivian Maier. Sin embargo, no sé cómo iba vestida ni si me había maquillado o solo pintado los labios. Al llegar, busqué su casa en el centro de Vigo. Antes de subir me saqué una foto en el espejo del portal, emulando a la niñera de Chicago.

La vivienda era un ático luminoso, aunque bastante convencional. A lo lejos se veían las Cíes en medio de esa

bruma que arrastran las rías incluso en días de sol.

Un barco enorme salió del puerto y se fue alejando hacia el horizonte mientras yo tomaba el aperitivo con aquel desconocido. Tenía el pelo muy corto, como si fuera un soldado que acabara de volver de una zona de conflicto, e iba de la terraza a la cocina arrastrando levemente la pierna con aire de haber sobrevivido a un estrés postraumático.

De lo que conversamos, no recuerdo apenas nada, pero había comprado jamón del bueno y él mismo había hecho una tortilla. ¿Qué más se le puede pedir a un hombre?

Me desnudó en su cama, sobre el edredón. De aquel encuentro sexual solo tengo en la memoria la piel blanca, casi descolorida, su deseo y mi convencimiento de que no volvería a ese lugar donde se me recibió con tanta cortesía.

Algo me decía que tú me darías algo más.

Flor de *toxo*

Otra vez son las cinco de la mañana, siempre hay un momento del día en que son las cinco de la mañana y no es una repetición errónea en mi texto, es la repetición de las horas, los días y los fracasos, la repetición de la hora en la que me despierto y te busco y no estás, y yo sé que no estás, pero te busco igual, ahí tampoco dejo de repetirme, en buscarte a todas horas me repito mucho, y de repente suena la Berenguela y son las seis y te sigo buscando, y la angustia me crece como una hiedra por las paredes de las tripas y abro la boca con la esperanza de que entre los labios me salga una flor, quizás un racimo de campanillas lilas que lo cambie todo, pero se ve que mi enredadera es una *silveira*, imposible desovillarla sin que se te claven todas las espinas, y las palabras se quedan ahí, inútiles como la flor del *toxo*, destinada a que la miren, pero a que no la toquen, inútiles como yo, que me repito mucho y también soy amarilla y silvestre y condenada a vivir en las cunetas. Qué cosas se me ocurren a las cinco de la mañana, imaginarme que soy una *chorima* y que quizás por eso ya no te acercas a mí, aunque tal vez me ves por todas partes, pero no quieres pincharte, o me encuentras demasiado vulgar y te parece que solo luzco bien así, salvaje y en mi lugar. Nadie quiere vivir en el matorral. Yo tampoco, pero quizás deba aceptar que no vivo en él, sino que soy el matorral y que por eso no estás. Pero no me hagas caso, ya sé que no es nada de eso, sé de la sencillez de las cosas, de la sencillez de ese pájaro que canta ahora ahí fuera, el primero de la mañana, y respecto a ti también sé cosas, sé que tu nombre es amor, mi amor, y sé que te gusta el verano y que entre nosotros

siempre estaba lloviendo, y me pregunto si será por eso que no cesa esta humedad entre mis piernas, y me pregunto cómo voy a pasarme la vida con ella si tú no estás y ese pájaro solo canta en primavera.

Y amanece y yo no tengo opinión, nunca pude hacerlo, escribir el guion, tener una oportunidad para dar un giro en el tercer acto, a mí solo se me permitió sentir mientras asistía a una función que siempre escribías tú, asistía como protagonista y como espectadora, y a veces estaba sentada en la sala de un cine donde no había nadie más que yo y esa sala vacía me parece la metáfora perfecta de mi vida entera, de mi vida contigo, que es la única que me importa y que es la única que no existe, así que en cierto sentido no vivo, no soy, solo estoy ahí sentada esperando que alguien le dé al *play* o en la pantalla ponga de una vez la palabra «Fin».

Basura espacial

Hemos reconstruido tantas veces aquella tarde, nos la hemos contado minuto a minuto, sensación por sensación, le hemos dado simbología y significado a cada cosa, a cada palabra, a cada gesto, a cada detalle, a cada elemento que nos acompañaba, como si el atrezo tuviera tanta importancia como nosotros mismos.

El estilo es importante, en los edificios, en la literatura, en la fotografía, en la vida, en la mirada. Más cuando todas las historias ya están contadas y todas las fotos están hechas.

Me citaste en un restaurante elegante en un pueblo con mar. Ambos teníamos muchos kilómetros que recorrer hasta llegar allí. Recogí mi coche en el taller. Ya entonces era antiguo y algo pasado de moda, pero me gustan las cosas decadentes, usadas, llenas de vida y de taras.

Como tú.

Como yo.

Cuando llegué, el sol estaba en lo alto sobre los pinos y mis ojos brillaban en el retrovisor. Me retoqué el rojo de labios y entré a esperarte. Las mesas estaban cubiertas con manteles de lino y adornadas con diminutos jarrones. Dentro, dos flores de camelia. Para cuando acabamos de comer, los pétalos se habían esparcido por todas partes.

Pedí un vermú, me senté al fondo, de espaldas a la pared, de modo que tuvieras que hacer un paseíllo hasta llegar a mí. Dejé sobre la mesa el teléfono, la novela que estaba leyendo, un lápiz, unos pañuelos, las llaves del coche, pósits de colores; todo un tenderete que, luego me dirías, te pareció la expresión de mi caos y mi seguridad.

Siempre me ha hecho sentirme mejor tener un libro cerca, como si fuera un escudo entre el mundo y yo, aunque no leí ni una sola página de Suso de Toro, allí lo deposité. Todas mis cosas por ahí desperdigadas me daban la sensación del descuido necesario para quitarle relevancia a todo.

Es importante no tomarse en serio, y aquella cita no podía ser una excepción.

Dentro de esa ligereza, mi ligereza, me preocupaba que nunca, durante nuestras muchísimas horas de conversación telefónica, hubiéramos hecho ninguna alusión sexual, por muy sutil que fuera. Seguíamos dándole vueltas al mundo, yendo de rama en rama, paseando por los anillos de Saturno, pero sin acercarnos nunca a la Tierra, a la carne. Empezaba a tener dudas.

¿Y si no te interesaba como mujer?

Cuando te vi entrar, caminando con prisas dentro de tu traje, los pasos cortos, la mirada puesta con fijeza en mí, supe que sí.

A este hombre le gusto.

Esas cosas se saben.

La luz del día te sentaba bien y también aquella determinación del que va a hacer algo que ha hecho mil veces y, sin embargo, está dispuesto a repetir. Tus movimientos tenían algo de gato, como si apenas pisaras el suelo y te acercaras con su curiosidad y su aprensión. Y su elegancia. Te encontré muy atractivo, mucho más de lo que recordaba. Hubiera silbado como un obrero de la construcción de los años sesenta al ver pasar a una mujer hermosa.

Vaya, vaya.

Generalmente, que un hombre te admire es sencillo. Hay trucos que aprendemos en el instituto, quizás antes. Una forma de ladear la cabeza, una modulación en la voz, un gesto con la mano rozando la piel del cuello o del hombro, un vaivén en la melena, una caída de ojos.

Y la mirada atenta.

A los hombres les gusta que los escuchen, que los

admiren. Solo así te devuelven la admiración.

Es fácil engancharse a eso, aunque tú sabes que esa admiración no significa nada, solo es un reflejo, una ilusión, pero quieres despertar esa chispa en el otro, sea quien sea, de un modo automático.

Mis amigas dicen que soy capaz de coquetear hasta con las columnas. Lo hago de un modo inconsciente, sin esfuerzo, y sí, lo sé, y me lo has recriminado muchas veces, es una señal de narcisismo. Soy muy consciente de mis patologías y me encuentro a menudo que el espejo que devuelve mi imagen está hecho añicos. Solo soy una farsante. No hay ningún motivo para admirarme, para desearme. Sé seducir como otras saben hacer el pino puente o el espagat.

Te sonreí. Me levanté para darte dos besos, te sentaste frente a mí. Estabas algo rígido, quizás un poco nervioso, quizás todavía cargado con las tensiones del trabajo, quizás deseando aflojarte la corbata, quizás incómodo por la novedad, por la incertidumbre, por todos los kilómetros que habías hecho para citarte con una mujer que no era la tuya.

Me gustaste tanto.

Tu voz estaba acompañada, como si hasta ese momento me hubieras ofrecido un concierto de piano cada mañana y ahora estuviera frente a la orquesta entera. Tus ojos fuliginosos, que es una palabra muy excesiva, pero que le hace justicia a tu forma de mirar, el modo en que apoyabas los antebrazos en el mantel, el movimiento de tus manos, que parecían pájaros buscando su nido. Y esa manera en que me prestabas atención, como si quisieras desentrañar el mecanismo que tenías ante ti. Parecías un niño curioso ante el motor de un microondas o de una moto que él mismo hubiera desguazado. Me mirabas como si fuera algo nuevo, algo distinto, algo a lo que no te habías enfrentado nunca.

Supongo que yo hacía lo mismo contigo, aunque ambos sabíamos de nuestra experiencia o nos la imaginábamos. Al fin y al cabo, éramos lo mismo. El mismo jugador viendo su reflejo en el otro al otro lado de la mesa, un poco atónito por haberse encontrado inesperadamente en esa partida

contra sí mismo.

Ambos quisimos ganarla, como si eso fuera posible.

Ambos quisimos llevar al otro al límite, como si ese viaje pudiese ser de ida y vuelta, vislumbrando ya que quizás no habría retorno, obviando que esa marea nos iba a arrastrar a los dos.

Escogiste el vino, tinto y con fuerza, fuiste amable con el camarero, pediste rodaballo a la plancha y yo lenguado a la menier.

Te hablé de mí, aunque no demasiado; tú me hablaste de basura espacial. Al parecer, recogerla era el negocio del futuro.

Nuestras conversaciones fueron siempre así, sin bajar a tierra. Sin embargo, nuestra atención era total. No había un resquicio, un músculo, un nervio, una neurona que estuviera relajada.

¿Cuántas veces pasa que te encuentras frente a alguien que te hace sentir vivo?

Pocas.

Te hablé algo de mis ocupaciones, de mis proyectos de buscar las casas abandonadas más hermosas de Galicia, de reconstruir sus historias o inventármelas, de hacer un libro o un documental, de mi intención de hacer algo más creativo, más personal, de querer perder el tiempo, de mi hija casi adolescente, de mi divorcio tranquilo, de mi hermano, que quiso dejarlo todo y ahora era cabrero y feliz en los montes de Verín, donde reconstruyó la casa olvidada de mis abuelos maternos. Hablaba con esa indolencia que me caracteriza, sin remarcar mucho nada, como si todo a mi alrededor, incluso lo más cotidiano, flotara como las plantas acuáticas.

La gravedad tampoco iba conmigo. Podíamos seguir en el espacio.

«Eres una mujer muy interesante», dijiste, casi entre dientes, hablando más para ti que para mí. No supe a qué te referías, pero me gustó.

Quería gustarte.

No quisimos postre y, cuando te levantaste al baño,

pedí la cuenta y pagué, a pesar de que habías invitado tú y habías escogido aquel restaurante caro. Se te veía tan seguro que era necesario tomarte la delantera. Eso te dejó un poco fuera de juego, me confesaste luego. En general, lo hacía la forma en que tenía de dejarte claro que aquel era un juego entre iguales.

Te conté de mis amantes con esa frivolidad y ese desenfado que enarbolo como una espada. Te dije la verdad, que todos eran hombres estupendos que me daban grandes momentos de diversión. Las mujeres de las que me hablaban mis amantes —y en tu caso tampoco fue distinto — a menudo hacían patentes sus quejas sobre las relaciones que forjaban, como si el mundo fuera un gran saco de basura en el que fuera inevitable encontrarse con algo podrido.

Yo, por el contrario, solo tenía buenas experiencias y esa alegría de vivir, esa libertad que emana sorpresa, un poco de incredulidad y también curiosidad.

El vino y el dominio de la situación me habían soltado la lengua.

Salimos y empezamos a caminar por la acera que rodeaba el pinar. Más allá la playa y más allá el pueblo, derramándose hasta el mar por la colina.

Yo seguía mi perorata, tú me interrumpiste diciendo: «Yo lo que quiero es besarte».

Pues bésame.

Tu madre

He soñado contigo. Estábamos tumbados bajo un castaño, como aquella tarde en Santo Domingo de Bonaval. Hacía calor, pero de repente llegaba una ráfaga de viento y las hojas se derramaban sobre nosotros como confeti. Me hablabas de tu madre, eso no es raro porque siempre me hablabas de tu madre. Me contabas que tenía miedo a perder la cabeza, que se le fuese un día y ya no supiese ni dónde estaba, suponías que había vivido algún episodio de demencia en su familia, quizás su *madriña*, a la que no conociste, pero de la que hablaba mucho, la que la convenció para que no se marchara a Venezuela en busca de su vida y quizás de su amor, la que la mantuvo atada y corta en las redes del chantaje emocional. Puede que fuera esa mujer o alguna otra persona del pueblo o ella misma, porque en alguna ocasión, cuando tu madre iba a visitar a sus hermanas a la ciudad, se pasaba tantas horas dando vueltas por Montealto, eso me contabas, que se perdía por las calles, hasta que la encontraban o volvía en sí, pero sin acordarse de lo que había hecho o dónde había estado, y eso la aterrorizaba más que ninguna otra cosa, más que un accidente e incluso la muerte. Ese perder la cabeza.

Tú ibas con ella a todas partes, incluso a ese laberinto que se le aparecía a veces en la mente, cogido de su mano y también perdido y sin entender qué era perder la cabeza. Te llevó años entender que hasta es más fácil que perder unas llaves o el tiempo y muchísimo más terrorífico, muchísimo más. Ella nunca llegó a perderla, se cayó y se la rompió, pero sí que se le fue esas horas posteriores al tropezón por las escaleras en las que tú la llorabas y ella caminaba hacia

la muerte, inconsciente. Tú también perdiste algo aquellos días, no sabías muy bien qué, algo dentro de ti se fue para no volver. O simplemente se escondió en algún pliegue del corazón.

Entonces me mirabas y desaparecía todo, la hierba, el viejo cementerio, los árboles, solo quedaba tu voz suspendida en la nada diciendo:

—Estos días en que no hablamos sentí algo parecido, un andamiaje desmoronándose, un estar solo en compañía de todos, un no entender nada, un vacío lleno de miseria, un mundo que se va y esa angustia impregnándolo todo, como la lluvia fina, madrugadas con sudores fríos y amaneceres que no llegan, algún temblor y pocas risas.

Yo también tengo miedo a perder la cabeza, a dejarla olvidada en alguna parte, a que se quede enganchada en alguna esquina. Tengo miedo a perder la cabeza por ti, pero, sobre todo, tengo miedo a perderte a ti.

Entonces, desperté.

Síndrome de abstinencia

Llevamos mucho tiempo dejándonos, así que esta vez debería ser más fácil, pero no lo es.

En una de esas ocasiones en que estuvimos sin hablarnos durante un tiempo me dijiste que las hojas del calendario pasaban como espinas y que, si te movías, se te clavaban todas.

«Me estoy destrozando contigo», eso dijiste.

No he aguantado sin oír tu voz y busqué ese audio como si fuese una yonqui rebuscando entre las jeringuillas usadas de un descampado.

En realidad, podría hacer un maratón con tus mensajes de voz. Lo he calculado y tengo grabaciones para pasar trece días, cuatro horas y veintidós minutos. Como siga así, no lo descarto.

Hoy fue suficiente con esos veintiocho minutos, esos y no otros. Quería revivir el momento en el que recibía tu voz y tus palabras después de muchos días sin ellas. Recordaba ese final, esa frase.

«Me estoy destrozando contigo».

Me senté en un bar de San Polo, al fondo, pegada a una pared roja donde colgaba una gran reproducción de un cuadro de Tiépolo. Venecia no se cansa de mirarse a sí misma. Yo tampoco. Los estudiantes gritaban en las mesas de la entrada, pero no me importó. Un jubilado leía *El Corriere della Sera*, o más bien, pasaba las hojas con parsimonia, pero de vez en cuando movía los labios como si hablase con el periódico. Quizás hubo un tiempo pasado en que comentaba las noticias con alguien.

Pedí una cerveza y abrí un libro e hice como que leía, y

te escuché atentamente.

Después de eso, ¿estoy mejor?

No.

¿Quiero que me llames?

No.

¿Te echo de menos?

Terriblemente.

Las acículas

Estaba de espaldas a ti en aquel pinar.

Éramos dos desconocidos que llevaban dos horas besándose. Me di la vuelta para evitar el sol y tus ojos, que me cegaban, y para sentir tus labios en mi cuello y tu erección en mi espalda.

Acabábamos de tener nuestra primera cita, apenas sabías mi nombre y de tu boca ya salió la palabra amor, como una posibilidad que sobrevolaba la tarde y que pendía sobre nosotros como las acículas.

Quise contestar —y ser— como un personaje de Benjamin Black y te advertí: «Soy una mujer de alma caliente y corazón frío».

Mi arrogancia tenía tan poco peso como las piñas. Una cayó de golpe, justo ante mis pies, como queriendo ponerme en evidencia.

Me volví hacia ti. El sol estaba perpendicular y apenas me dejaba verte. Me imaginaba mi rostro bajo ese foco inmisericorde. Mis arrugas, mi vello, mis venas, mi piel enrojecida por el roce de tu barba y tu saliva.

Cerré los ojos, me besaste los párpados, subió la marea.

Era abril.

VIVIR

No sé cuándo me definí a mí misma como hedonista la primera vez, cuándo tuve claro que el placer era un bien en sí mismo y que quizás la vida no ofrecería mucho más allá de eso, de disfrutar de los placeres instantáneos que te ofrece. Parece sencillo, pero no lo es tanto, a veces perdemos la brújula del placer. ¿Está en lo físico o en lo intelectual? ¿En lo emocional o lo racional? ¿Qué nos provoca exactamente? ¿Es una sensación o un sentimiento?

Puede ser un día de sol, sentirlo en la piel, la vista del mar o de un atardecer, una caña fría frente a la fachada de una catedral, la sensación de unas sábanas blancas y limpias sobre un colchón cómodo ese día que tienes sueño atrasado. Supongo que estamos programados para sentirlo de vez en cuando y que está ligado a nuestro instinto de supervivencia. Si no, para qué vivir. Será eso, el punto exacto de nuestro cerebro que nos da o nos quita las ganas de vivir, y no es una cuestión baladí si lo piensas. Quizás la supervivencia de la especie dependa de que tengamos la hedonia localizada o, al menos, funcionando correctamente.

Hay personas capaces para ello, tú y yo lo somos, hedonistas, con cualidades para el placer.

Hedonia y placer. Femenino y masculino, es verdad. Podemos discutirlo. Y también podemos intentar encontrar explicación a las causas que provocan esa excitación de la hedonia cuando me miras, cuando tu mano me roza o tu voz me llega desde algún lado y me parece un milagro.

Solo para mí.

Después de eso, todo palidece y no encuentro estímulos por ningún lado, y todos los placeres posibles me parecen

insulsos al lado de lo que sentía cuando te veía bajar las escaleras de la Quintana casi corriendo para llegar un segundo antes a mí.

Y me pregunto, ¿la emoción es un placer o es algo más?

¿Y el sentimiento?

¿Se trata de vivir más y pensar menos?

Cuántas preguntas que se responden solo en un beso.

Un beso de esos.

Bésame y viviré.

No me beses y...

Invierno en venecia

Mamá lleva todo el tiempo la sorpresa en los ojos. El hotel está cerca de la estación y a veces vemos pasar a gentes de todos los colores, aunque el invierno duro de esta ciudad disuade un poco incluso a los turistas más aguerridos.

Una bruma espesa difumina los contornos. «Esta niebla es de nieve», augura. «En la aldea —dice—, justo antes de nevar, la naturaleza se quedaba en silencio. Ni un ruido animal ni vegetal».

Ella no lo sabe, pero desde aquel día, el último, yo también siento que el mundo ha adquirido la mudez de la nieve.

El frío es atroz, casi tanto como este silencio. El espectáculo, sin embargo, nos pone contentas. Nos sentamos en una *trattoria* que nos recomendó Alessandro, el recepcionista. Dice mamá que el hombre y yo nos miramos más fijamente y más tiempo del necesario. Tiene un bigote como de otro tiempo, sin ninguna intención de ser hípster. Y unos bonitos ojos tristes.

La ventana da a un canal de esos sin barandilla que hay en el Cannareggio. La nieve cae y se deshace en el aire frente a las fachadas desconchadas. Comemos sin prisa, como si todos los secretos de la ciudad estuvieran allí presentes, en una calle vulgar del lugar menos vulgar del mundo.

Dicen que no hay dos copos de nieve iguales, que cada uno, por diminuto que sea, mantiene su particularidad. Sin embargo, son indistinguibles. Las familias también lo somos a veces, todos tan semejantes y siempre un misterio, aunque creemos saberlo todo unos de otros. Mamá no parece tener

ningún secreto, es de esas personas que lleva la respuesta fácil en los bolsillos. Quizás por eso nunca nos hemos acabado de entender, porque yo les doy la vuelta a los míos y solo encuentro interrogaciones. Me pregunto si este viaje es una forma de acercarnos o de perdernos juntas, y si no estaremos condenados todos a ser la suma de dos soledades.

La miro buscando algo en el fondo de sus ojos. Está contenta y eso es bastante.

Cuando acabamos la pasta *alle vongole* y el lambrusco, salimos a caminar por las calles desiertas. Decía Henry James que uno de los placeres de Venecia es eludir a los demás. En el barrio no nos cruzamos a nadie. Llegamos a los Fondamente Nuove cuando anochece. Una ambulancia pasa con mucho estrépito. A lo lejos, San Michele se vuelve oscura. Los muertos no necesitan alumbrado público, aunque se llamen Pound o Brodsky.

Cuando llegamos a Castello ya es de noche. Los callejones tienen una sinuosidad que a mí me fascina y a ella le perturba. Aunque se divierte con este juego del laberinto.

A nosotros también nos divertía el laberinto. Al menos cuando nos encontrábamos de frente en algún recodo. El camino de vuelta siempre era más inhóspito.

En el Campo Santi Giovanni e Paolo, frente a la estatua de Bartolomeo Colleoni, digo en alto, sin nombrar a Gómez de la Serna:

—El que está en Venecia es el engañado que cree estar en Venecia. El que sueña con Venecia es el que está en Venecia.

Mamá contesta que tiene frío.

Quizás ahora, cuando ya no estamos juntos, es, más que nunca, cuando estoy contigo.

Arrepentirse

Aquel día de nuestra primera cita, antes de entrar en el restaurante de Cabanas me saqué una foto en el coche. No sé por qué lo hice, quizás adiviné que aquel iba a ser un día señalado, de esos que quedan siempre marcados en los calendarios, aunque soy de esas personas que apenas recuerda las fechas de los cumpleaños y no suelo estar pendiente de esas liturgias. Pero lo hice, igual que hoy me he fotografiado delante de San Marcos. A mi alrededor apenas había turistas, espantados por el frío.

Vi mi silueta y la de la fachada reflejadas en los charcos. Y también las nubes, que corrían sobre el agua a toda velocidad.

Mamá, frente a mí, me fotografió sin mucha pericia. A pesar del gris, los mármoles brillaban como un festival y yo sonreí, como hacemos casi todos cuando vemos un objetivo. Luego me acerqué a mamá y vi el resultado.

Cuánto he envejecido. Parece que han pasado diez años y no dos, pero también tengo la sensación de haber vivido varias vidas desde entonces, así que no importa tanto que mis ojos estén tan opacos, que hayan perdido toda chispa. Han visto cosas que nunca hubiesen imaginado, por eso el pozo que anuncian ahora es tan profundo.

El reverso del cielo es el infierno. Y ya sabemos qué le pasó a Ícaro por volar demasiado alto.

¿Se arrepintió?

Lo dudo.

Papá

Para este viaje con mamá me he traído mi vieja Leica, la que me regaló papá antes de morir. Hace ya diez años y cada vez que aprieto el botón aún pienso en él. Ahora lo hago sin dejar de pensar en ti. Para él la fotografía no era arte, solo un modo de ganarse la vida. Aprendió el oficio de niño, en Argentina. Apenas tenía once años cuando empezó a trabajar como aprendiz de un vecino polaco. En realidad, el hombre había nacido en Misiones, a donde había llegado su familia huyendo de esos territorios que siempre están en medio de todas las guerras y que cambian de nombre en función de los ganadores; pero papá siempre lo llamaba así, el polaco. El polaco bebía mucho, tanto que siendo un niño era él quien conducía la furgoneta que llevaba el nombre rotulado, «Juan Potocki, fotógrafo», por las calles cuadradas del Gran Buenos Aires. También era él el que se apeaba y llamaba a las puertas o preguntaba en las calles quién necesitaba hacerse una foto de familia.

Papá siempre decía que era un borracho bueno, aunque gritaba y a menudo se gastaba todos los cuartos en alcohol, y que bebía para olvidar al amor de su vida, una bailarina que lo había dejado para irse con un promotor de espectáculos que le prometió un futuro mejor. Seguramente la mujer se fue porque se cansó de aguantar sus mañas de dipsómano, pero papá era así, creía que la vida era como la letra de un tango y le gustaban las historias, como a ti.

Mamá lo sigue echando de menos, y, sin embargo, después de esos primeros años en los que estaba perdida, como un barco a la deriva, parece más tranquila que nunca. Lo he visto en otras mujeres de su tiempo, la viudez

plácida, hasta se les suaviza el carácter. Supongo que después de tantos años acompasando su ritmo al de otro, asumiendo un rol secundario, complementario, plegándose a los deseos y a los designios, cuidando y acompañando, después de toda esa sumisión en nombre del amor, la libertad de la soledad se disfruta, aunque sea un disfrute casi inconsciente, como el del sol en la cara o la brisa un día de calor. No lo piensas, no lo analizas, no lo dices, simplemente está ahí.

Nunca fueron juntos a Venecia ni a ninguna parte. No le gustaba viajar. El gran viaje lo había hecho de niño a bordo de un barco agarrado a las faldas de su madre y pidiendo *patacas*. Seguían los pasos del abuelo, que había salido un tiempo antes, pero no fue buena idea. Los instaló en el sótano de una casa en el barrio de Caballito, pero poco después anunció que se iba de administrador a una finca de la Pampa y nunca más volvieron a verlo. Ni siquiera saben dónde está enterrado.

Tú también te esfumaste, y a veces te imagino así, a lomos de un caballo atravesando una llanura inmensa.

Sin mirar atrás.

Era abril

Intento recordar qué llevaba puesto en nuestra segunda cita y no lo consigo. Quizás fui de vaqueros o tal vez con el vestido rojo, que en aquel momento aún me valía, pero no lo recuerdo. Se ve que el tiempo va pasando su goma de borrar.

Esa vez me citaste en el bar de una gasolinera en un polígono industrial. Era un sitio cómodo, a mitad de camino entre tu lugar de trabajo y el mío, sin atascos de entrada ni de salida, con aparcamiento y un hotel en la esquina.

Nunca te lo dije, pero sentí una leve decepción al entrar en aquel lugar tan feo. Supongo que al instante pensé que era mejor así, dejar los lugares hermosos a un lado y adaptar los espacios a nuestras posibilidades. Siempre hay algo vulgar en los encuentros a escondidas de dos amantes y yo no quería obviar que eso era lo que éramos —o estábamos a punto de ser—, aunque el sábado hubiésemos dedicado toda la tarde a un duelo de canciones y aunque nos pasásemos cada día hablando dos o tres horas por teléfono.

Siempre antes de las seis.

Tampoco recuerdo quién llegó primero. Solo sé que nos sentamos frente a frente en una mesa al lado de la ventana, que un haz de luz nos iluminaba desde la izquierda, que pedimos el menú del día, que apenas probamos, que sudabas ligeramente y te brillaba el rostro, que enrojecí un poco al imaginarme quitándote la corbata, que tuve sed, que tuve miedo, que era martes, que los puños de tu camisa sobresalían de las mangas de tu traje, ligeramente remangadas.

Me mirabas fijamente de esa manera en que siempre me has mirado, con toda la atención y al mismo tiempo con ese aquel de ausencia, como si tenerme, estar conmigo, mirarme, te conectara con alguna parte desconocida de ti hasta entonces.

No era a mí, eras a ti al que descubrías conmigo.

Allá donde quiera que fueses no conseguí entrar nunca.

Aquel día eras mi amante favorito, el que había volatilizado a todos los demás. No me quedaban ni tiempo ni ganas para emplear en otros hombres. Sin embargo, conservaba la consciencia de que aquello únicamente podía ser un juego.

Y yo quería vencer.

Sobre todo, porque tú venías fuerte, desplegabas todas tus armas mientras yo clavaba la vista en ti intentando anticiparme a tu jugada.

«Soñé contigo», dijiste. «Estábamos juntos en Almería. Yo volvía de comprar unos tomates. Los abrí y les puse unas gotas de aceite y sal. Tú estabas leyendo y me sonreíste al verme llegar. Fuera todo era desierto. Preparé una ensalada, nos besamos. Después de comer hicimos el amor allí mismo, en el sofá».

Yo te escuchaba perpleja. Ni siquiera habíamos follado y tú volvías a poner el amor sobre el mantel.

Por supuesto, no me creí ni una palabra, pero, fuese cual fuese, aquel juego era fascinante y los dos queríamos ganar.

Como si eso fuera posible.

Llueve

Llueve, llueve contra el silencio, llueve como lágrimas salvajes contra el vendaval, llueve como todo lo que no se puede explicar, llueve como llueve en las almas que creyeron en algo imposible, como el amor; llueve agua y soledad y una canción de Ricardo Lezón, llueve en la puerta de los bares donde ya nunca suena Chet Baker, llueve un poco en mi corazón, que se inunda como un garaje y se queda flotando como un trasto viejo; llueve, y las siete campanadas de la Berenguela suenan a océano, a barcos hundidos, a ballenas atrapadas lejos de su destino.

Llueve y la luz de los rayos ilumina mi cama, la mano en el teléfono, la pantalla blanca, los dedos escribiendo palabras de amor; llueve y los truenos rugen en algún lugar, están lejos y son hermosos, como tú; llueve y pienso en la belleza de la tormenta, en la belleza de todas las cosas que no podemos entender; llueve y pienso en ti y por mis venas corren agua y palabras feas, como decepción, pérdida, fracaso; y llueve y llueve y la tormenta se aleja quién sabe a dónde y el agua cae más fuerte y con más ganas, cae con desesperación y el cuerpo se me inunda de palabras vivas como deseo, como tu boca, como tu mano en mi piel aquel día, todos los días, palabras temblorosas como el edificio cuando truena, como mi carne cuando me tocas; llueve y el mundo se llena de palabras de amor, de amores improbables que, sin embargo, son.

El desamor en Venecia

Venecia es tan hermosa que duele. Se parece al amor, nunca sabes si es verdad o es mentira, pero ¿quién quiere ser real cuando puedes ser la fantasía de alguien?

Yo siempre fui tu fantasía, aunque tú te empeñaras en decirme que no, que era un amor real, un amor terrenal. A mí me parece bien quedarme en la entelequia, no posarme nunca en el suelo. Lo malo es que algunas fantasías nos hacen elevarnos demasiado y a veces caemos de golpe.

Mamá y yo tenemos la ciudad más bella del mundo. Lo único que quiero hacer en la vida es subir y bajar el Gran Canal en la proa de este *vaporetto*. Instalarme ahí como los moluscos en los pilotes de madera que sostienen los edificios y ver cómo la luz avanza o retrocede cambiando los colores de los palacios.

Vuelvo a pensar en Constance. De todos los fantasmas de Venecia, ella es mi favorito. No sé si se arrojó por la ventana dolorida de belleza o ya inmune a ella. Miro las fachadas intentando adivinar cuál era su ventana, no he encontrado ese detalle en ninguna parte. Le cuento a mamá la historia, que se resume en tres líneas. Le digo que era americana y que escribía, como su tío abuelo, y que tal vez, solo tal vez, estaba enamorada de Henry James, ambos decimonónicos estadounidenses enamorados de Europa. En cualquier caso, eran amigos y fue él quien vino a recoger sus cosas, romper sus cartas y a dejarnos el misterio de la naturaleza de su relación. También le cuento que, una vez borradas las huellas, se subió a una góndola y tiró los trajes de su amiga al Gran Canal. En lugar de hundirse, los vestidos quedaron flotando, desplegados sobre el agua

como enormes y coloridas plantas acuáticas.

Si lo piensas, la literatura también se puede hacer, además de escribir.

Creo que tú me has dado más literatura que todas las páginas que he leído.

Será por eso que me cuesta tanto cerrar el libro.

La vida y la muerte

Papá estuvo poco tiempo enfermo, eso hacemos con el paso de los años, resumir semanas terribles en una frase corta, apenas unas palabras para contar el fin de una vida que se presenta con una molestia, un diagnóstico inesperado y unas semanas donde las familias no sabemos si estamos luchando por la vida o evitando enfrentarnos a la muerte. Él y yo sabíamos que no había lucha posible, que la batalla era solo un eufemismo para evitar la verdad inexorable.

Se le acababa el tiempo.

Él habría preferido no hacer ningún tratamiento y lo dijo, que el Estado debería invertir todo ese dinero en personas con esperanza, en diagnósticos más favorables, pero mamá no atendía a razones, había que «luchar», su manera de enfrentarse a esa situación fue negarla y hacer acopio de sus lecturas de pensamiento positivo, que debían ayudarnos a todos a pasar los días creyendo en la mejoría y finalmente en la cura, aunque nada científico avalase esa esperanza. Papá y yo callamos para respetar su dolor ciego y algo egoísta, porque el que se moría era él y era él quien debía tomar sus decisiones, pero la familia es así, un enorme Frankenstein que debe acompasar brazos y piernas que pertenecen a un mismo cuerpo, aunque tengan naturalezas distintas.

Si al final ellos consiguieron despedirse o se mintieron el uno al otro todos aquellos días, no lo sé, pero sé que cada noche que cruzaba el umbral de aquella habitación de hospital para pasar la madrugada con papá, ambos sabíamos que estábamos disfrutando de nuestros últimos momentos. Lo primero que hacía era buscar su mirada, que

encontraba siempre dirigida a la puerta, como si adivinase el momento exacto en que iba a entrar y estuviera esperando mis ojos tristes cargados de desesperanza, como si solo en mi mirada consciente encontrase algo de alivio, cansado de contestar con educación a los mensajes de optimismo que recibía todo el día.

Mamá se iba después de darme mil indicaciones y yo me sentaba a su lado, con las piernas subidas al sofá, enfundadas en el chándal que compré para la ocasión y que quemé después de su muerte. Le preguntaba si lo habían torturado mucho y me contestaba cada día diferente, «No mucho, hoy solo como los policías de una checa», «Hoy al estilo KGB», «Hoy como lo harían los jemeres rojos», «Hoy como a un preso en una cárcel china», y nos reíamos y yo le besaba la mano que tenía amoratada de todos los intentos de buscar las venas y pensaba en la fortaleza y la fragilidad de los cuerpos, y buscaba los crucigramas en los periódicos que había desmontados sobre la mesilla, con las hojas manoseadas de haber sido el entretenimiento en el largo día, y los hacíamos juntos, los primeros días ágilmente, los últimos a duras penas, porque la muerte quizás es eso, ir perdiendo las palabras, pero incluso ahí, en esas últimas noches, me pedía que siguiera leyendo los enunciados y encajando los resultados sin su ayuda.

Un día leí: «Con cinco letras, perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo real o imaginario».

Miedo.

Lo miré, la delgadez de su rostro, que hacía difícil reconocerlo si no fuera por una escasa llama que apenas brillaba en el fondo de sus ojos vidriosos. Me devolvió la mirada y buscó con sus dedos, reptando por la cama, el tacto de mi mano.

«No tengo miedo a morir —me dijo—. Tengo miedo de que me olvides».

Miedo

Me pregunto si tememos más la ausencia o el olvido.

Amantes que se aman

La primera vez que follamos, al final de nuestra segunda cita, fue como si no hubiera sucedido del todo. Si soy sincera, apenas lo recuerdo, he tenido que esforzarme para traer a mi memoria una imagen de aquel momento. No sé cómo nos desnudamos, no sé qué ropa interior llevaba, no sé cómo entramos ni salimos de aquel hotel. Solo sé que en algún momento estuve encima de ti, que me penetraste, que nuestras pieles se reconocieron y que nos quedamos con la sensación de que allí hubo cualquier cosa menos sexo.

Lo hicimos todo al revés.

En nuestros siguientes encuentros la cuestión sexual no mejoraría mucho, al contrario, fue decayendo, como una vela que se consume sin haber ofrecido nunca una gran llama. Hablábamos horas, cada vez más, comíamos en aquel bar, nos besábamos, buscábamos la manera de hacernos necesarios para el otro, lo conseguíamos, nos íbamos a la habitación del hotel, un hotel de polígono, un hotel triste, a pesar de sus cuatro estrellas; un hotel donde los amantes podrían encontrar la felicidad efímera del placer. Pero eso era demasiado vulgar, como el escenario, o eso te parecía a ti, que el sexo lo ensuciaba todo, y me quitabas la ropa y me acariciabas torpemente, recuerdo tus dedos haciendo giros en mi coño, recuerdo pensar que no me tocabas como un hombre toca a una mujer, sino como un artesano roza el relieve del dibujo de su obra.

Veía al hombre, sentía al hombre, adivinaba al hombre.

Veía al animal, sentía al animal, adivinaba al animal.

El animal solo daba vueltas a mi alrededor mientras el

hombre se enamoraba.

¿Se enamoraba de mí o de su jarrón?

Era la segunda tarde que pasábamos allí. Cuando salimos, la noche era cerrada. Llevábamos el peso de las emociones y el cansancio de las horas. Yo, liviana, dije algo sobre la intensidad de los nuevos amantes. El parabrisas empezó a funcionar solo, siguiendo el estímulo de la lluvia que comenzaba a caer ruidosa como pequeñas piedras sobre los cristales.

Tú me miraste muy serio y me dijiste, casi suplicante:

—Nosotros seremos amantes que se aman.

Palos de ciego

Mientras, das palos de ciego sin necesidad de bastón o buscas tesoros con un detector de metales invisible; mientras, te sumerges en silencios obstinados o necesarios o absurdos o temporales o definitivos o qué sé yo de la naturaleza de esos silencios; mientras, cierras la palabrera y tiras la llave al mar que ves a diario en tu paseo vespertino; mientras, intentas confinarme en algún lugar, quizás con palabras, bajo siete llaves; mientras, te sobreviene el sudor y algún recuerdo intempestivo que ya parece un sueño, un recuerdo matizado por la distancia, por la ausencia, por el paso de los días y de las sombras, y matizado también por la belleza que hace de las cosas que parecen imposibles.

A mí también me pasa, me llega la duda, ¿lo habré inventado todo? ¿Será una quimera de mis tripas o de mis labios o de mis sábanas?

Y en esa duermevela en la que vivo, sin saber cuándo estoy despierta y cuándo estoy dormida, qué es real y qué es ficción, camino por ahí como una autómata, sin hacer nada, o lo que es peor, sin querer hacer nada, sin encontrar interés en nada, ni en la vida misma, que de repente se ha vuelto aburridísima.

En estado de perfecta anhedonia.

Así estoy.

Eso podría ser mi estado de WhatsApp, uno real.

Otro podía ser: «Pensando en él».

Pensando en ti.

Nadedad

¿La palabra «nadedad» existe?

Adoro los neologismos y odio vivir de recuerdos.

Desconocidos

Antes de salir regreso al cuarto a buscar mis guantes. Al volver al vestíbulo, mamá está hablando con el recepcionista como si se conocieran de toda la vida. Nunca dejará de sorprenderme esa facilidad que tiene para entablar conversación con cualquiera, inmediatamente; además, los desconocidos pasan a adorarla. Tú también lo habrías hecho si, como hablamos tantas veces, te la hubiera presentado.

«Nunca conoceré a tu madre». Esta fue una de las últimas frases que me dijiste aquella noche de noviembre en el Atlántico. No supe si era una amenaza o un lamento.

Contigo, como con Venecia, nunca está nada claro.

Sonaban los Doors y bebíamos cerveza. Tú, directamente de la botella. Yo, en un vaso en el que quedó grabada en rojo la forma de mis labios. Desde que salimos de casa no nos habíamos besado.

El recepcionista amigo de mamá no es el hombre de ojos tristes que me clava la mirada. Este es algo mayor y corpulento. Tiene un aire de oso atrapado en un uniforme. También tiene los ojos claros, aunque pequeños y vivos, y una abundante barba pelirroja. No sé por qué me lo imagino con camiseta de tirantes y tatuajes bebiendo cervezas de litro en un bar de carretera. Mamá ha debido de manifestarle su estupor por la posibilidad de vivir en un lugar tan inestable y él le está contando que nació la noche de la gran inundación. No dice la fecha suponiendo que el mundo entero, y desde luego nosotras, la conocemos. Su madre se puso de parto cuando empezó a sonar la sirena, pero no pensó que la subida de las aguas fuera a ser tan

dramática.

Se ve que le gusta contar y añade un poco de dramatismo cuando yo me acerco a escuchar, contento de aumentar la audiencia. En aquel momento muchas mujeres aún parían en casa, además de que salir con aquel temporal no parecía la mejor opción. El padre salió a buscar a la partera, pero no consiguió traerla consigo. La ciudad era un caos, con los palacios convertidos en barcos a merced de las mareas, que habían penetrado en la laguna para recordarles a todos que la naturaleza siempre vuelve a recuperar lo suyo. Los bajos de las casas quedaron completamente inundados y los muebles navegaban por los canales como pecios a la deriva. Algunas personas flotaban sobre su mesa de comedor pidiendo ayuda, otras se dejaban ir sobre los sofás como si fueran góndolas, resignados con un destino que quizás esperaban cada mañana al despertar y sentir la lamedura de las aguas en sus ventanas. La única ayuda que tuvo la madre de nuestro nuevo amigo fue la de su hermana, que por aquel entonces tenía diez años. Ella cortó el cordón umbilical y aún ahora, cuando se enfadan, le recrimina: «¡Calla, que fui yo quien te limpio la sangre!».

Nos reímos los tres. Debajo de su barba tiene una boca grande y acogedora. Mamá le debió decir que soy fotógrafa porque me mira y me explica que en la Casa dei Tre Oci hay una exposición permanente de las fotos de aquel día en el que no necesitaron mucha imaginación para vislumbrar la desaparición de Venecia.

Le pregunto si sigue viviendo allí, en la casa del Fondamenta de la Tana, pero me dice que no, que después de aquello sus padres decidieron vender la propiedad y marcharse a tierra firme. Él llega en barco cada día desde Mestre. Lleva más de treinta años trabajando en este hotel, aunque antes estuvo en Ibiza, por eso habla tan bien español. Se llama Mare y me encanta la reverencia con la que trata a mi madre. A ella también le gusta, claro, y sonríe coqueta, atusándose el pelo que empieza a ralearle en la coronilla.

Dejamos a Mare atendiendo a otros huéspedes, un

matrimonio mexicano que también saluda a mamá como si fuera parte del decorado. Me pregunto en qué momento habrán intimado y me alejo figurando una llamada de teléfono.

Basta de conversaciones con desconocidos por hoy.

De momento, abril

Era abril.

Cada vez teníamos más prisa por encontrarnos, de la manera que fuera, y menos por irnos al hotel. Alargábamos las comidas, les metíamos vermú y vino y nos sentábamos uno frente al otro en aquella mesa de sofá corrido de *skay*, como si fuera la de un *dinner* y nosotros, los protagonistas de una peli americana. Supongo que tú eras Meryl Streep y yo, Clint Eastwood.

El camarero ya nos conocía, tenía un precioso acento de la zona, con ese deje que tienen de cansancio, como si las palabras les pesasen y las arrastrasen con dificultad hasta la punta de la lengua. Quizás le pesaba el trabajo, pero era muy amable. Nos reñía porque nunca mirábamos el menú del día y esperábamos a que él nos lo cantase. Adoraba tu forma de meterte con él. A las personas se las conoce por cómo tratan a los camareros y tú eras amable y simpático, como si él fuese también parte importante.

No veíamos la carta porque estábamos demasiado concentrados en nosotros. Creo que nunca he ido a ningún sitio con tanta ilusión como a verte a ti.

Primero, por la sorpresa.

Después, por la certeza.

En aquellas comidas tú pedías pescado y verduras y yo platos con mucha masa y fritos. Ninguno de los dos pedía postre, excepto un día en que nuestro amigo nos ofreció requesón «casero» que hacían en una granja no muy lejos de allí, en las Fragas do Eume. Creo que fue la última vez que lo vimos. Pero eso fue mucho después, quizás en otro abril. El requesón, eso sí, estaba riquísimo.

Para cuando llegaba el *gin-tonic* habían pasado tres horas y aún no me habías besado. Por fin te sentabas a mi lado y lo hacías, tus labios necesitaban todo ese tiempo para enfrentarte a los míos. Una vez allí, parecía que habían encontrado el molde perfecto.

Hasta en un bar de polígono es posible ponerse cursi.

Tú siempre de traje, yo siempre elegante para no desentonar demasiado contigo, aunque no tanto como para que pareciera excesivamente arreglada. La cara lavada, los labios rojos y tacones, para llegar bien a tu boca.

Recuerdo la expresión de estupor de una mujer que nos miraba una tarde desde la puerta de un taller. Debíamos ser un espectáculo. Siempre lo son un señor y una señora enamorándose.

3803

Me apetece fotografiar a mamá. Cuando se da cuenta, se atusa el pelo con la mano. Si tuviera su cepillo cerca, no dudaría en peinarse. La recuerdo haciéndolo en la playa con dos o tres movimientos rápidos y, ¡chas!, el peine de vuelta a la bolsa enorme llena de trastos y restos de merienda. Cuando llegábamos a casa y la vaciaba, el arenal entero parecía estar allí, pero nunca protestaba, nos mandaba a la bañera y organizaba toallas, cubos, palas.

«¡Tengo unos pelos...!», protesta, pero después posa, con ese gesto en el rostro que no tiene jamás, salvo con un objetivo delante.

Le llaman la atención los telefonillos de Venecia, tan particulares, con sus botones dorados en forma de pezón. A veces lee en alto los nombres y yo juego a inventarme una vida para ellos en función de su sonoridad. Ella ríe y me parece que esa risa dispersa un poco la niebla.

También le sorprende que los números de las calles sean tan largos, como si las enroscaran unas con otras en un bucle infinito. Se para frente a una que pone «3803». Enmudezco.

3803 es el número de correos electrónicos que nos hemos cruzado. Anoche puse tu nombre en mi buscador de Yahoo y me ha dado ese resultado, que por otra parte no he pedido, solo quería deglutir alguna de tus palabras.

No sé qué hago garabateando letras cuando ya todo está escrito entre nosotros.

A escribir empecé yo, por desgranar mis sentimientos y por buscar otro modo de seducirte. Me creía capaz de manejar las palabras con cierto virtuosismo. La sorpresa

llegó cuando tú respondiste, unos cuantos días después de recibir mi primera carta, con una prosa tan vertiginosa que me dejó boquiabierta.

Antes de eso habías respondido solo con frases cortas, simulando estar impresionado por mi habilidad, contento por ser la diana de mis dardos y manifestando tu imposibilidad de estar a mi altura. Seguías diciéndolo todo con canciones, cada mañana recibía una para darme los buenos días y, además de nuestras conversaciones, nos cruzábamos correos que eran como dardos, pero la primera carta extensa la envié yo. No sé si con intención o sin ella hiciste como esos jugadores de billar que simulan ser torpes para llevarse el premio en la última partida, cuando nadie lo espera.

De los dos, el que escribe bien eres tú.

Me pregunto a dónde irá ahora tu mirada, tus ideas enredadas, quién seguirá las huellas que dejas por esos laberintos, me pregunto qué pasará con tu palabrera ahora, si será verdad que solo se abría porque yo encontré la llave que la dejaba a la intemperie, o si se habrá secado para siempre.

Mi palabrera sin ti no existe, no es. Por eso te escribo, supongo, para que no se agote. Cuando todo esto se acabe, me quedaré sola y en silencio.

He estado buceando en todos esos océanos de palabras donde nos perdíamos tantas veces, como si bajáramos a una profundidad tan abisal que, por muy claras que fueran nuestras frases, el entorno hacía que se volvieran oscuras, indescifrables.

«No me ves», me dijiste tantas veces.

«No nos veíamos», te digo yo ahora.

En esas primeras cartas yo creía hablarte de esa gran ola que se me venía encima, del sentimiento y el miedo, y tú ya percibías que algo no iría bien. «Nunca me darás lo suficiente», me dijiste en uno de aquellos primeros correos. Sentías que quería mojarme, pero no meterme más allá de las rodillas y ¡por supuesto que no quería!

¿Quién quiere tirarse al agua sin flotador y con mar de

fondo?

Podías haberme lanzado un salvavidas y tal vez lo habría hecho, pero tú querías la entrega total, el más difícil todavía, la acrobacia sin red. Y eso no podía ser, no debía ser.

Y, sin embargo, fue.

Pero no te diste cuenta.

Desamor

Hace frío y las gaviotas gritan como dementes más allá de los tejados. Me pregunto qué hacen aquí, tan lejos de todo y sin poner nunca el pie en esta ciudad inestable que en realidad no les interesa, solo la sobrevuelan gritando, como hacías tú conmigo, un avión con un cartel con la palabra «amor» que nunca se detenía en mi cuerpo, y me pregunto qué hago yo aquí, lanzando botellas mensajeras al mar del olvido si ni siquiera tengo orilla ni océano ni mucho menos qué decir, solo esta mañana calmosa y tórrida y el amanecer que se acerca acechante y que hace rato se llevó la luna llena que me recordaba a ti, porque todos los cuerpos celestes me recuerdan a ti y los otros cuerpos me recordarán a ti y los objetos animados e inanimados lo harán también, y en eso no habrá tregua y esa certeza se presenta tan diáfana como la luz del día que ya llega, y no hay una pizca de viento y no hace falta que lo haya para que me traiga la palabra «desamor». Desamor no significa dejar de amar, significa saber que no te aman, reconocer el vacío y la ausencia y la soledad y lo poco que valía tu nombre en la boca del amado, la única boca habitable del mundo. Fuera de ella, fuera de ti, mi nombre es una cáscara vacía, una cáscara barroca que esconde la nada, pero es el que tengo y habrá que usarlo para pedir pipas o cuerpos en algún lugar, y los abriré de uno en uno para matar el aburrimiento o la tristeza, y a veces gritaré como las gaviotas, así que deberías saber, cuando escuches a una, que quizás soy yo y que no quiero nada, lo quise todo y no fue posible, nunca tuve la más mínima posibilidad, y ya solo doy vueltas a tu tejado intentando aceptar que este es

mi destino, uno absurdo y enajenado, y me siento bien en esa palabra, enajenada, fuera de mí, yo y otra más, a la que cedo en arriendo la realidad para que haga con ella lo que pueda mientras tú tienes el usufructo de mi corazón y probablemente ni te acuerdes de que existo, probablemente tengas el documento perdido en un cajón, con una goma de borrar y una multa de tráfico y las pastillas para dormir de los tiempos malos, y algún día al tropezarte con él mientras mueves los dedos rebuscando algo, quizás te sorprendas recordándome, puede que el timbre de mi voz o una rugosidad de mi piel en alguna parte o mis ojos cuando se llenaban de lágrimas, como ayer al ver la luna reflejada en el cristal de mi ventana, con todos sus cráteres que me hablaban de belleza y de lugares inhóspitos, que me hablaban de ti y de mí, que éramos hermosos y hostiles, como las flores que nacen en los precipicios; sí, seguro que no entiendes nada de lo que digo y la verdad es que yo tampoco, solo soy esa gaviota que grita, ¿la oyes?

Venecia también es insomne

Por la tarde ha vuelto a nevar. Si este lugar parece imposible un día cualquiera, bajo la nieve es un delirio. Nos pasamos la tarde en un café de la Strada Nuova. La gente pasa rápido, como si huyera, hacia la estación. Me dio la sensación de que no se sentía nadie seguro sobre estos cimientos centenarios que se pudren callados bajo las aguas. Al menos no si en la superficie se anuncia la madre de todas las tormentas. Quizás deberíamos salir corriendo nosotras también, regresar a Milán y esperar allí nuestro vuelo de regreso, pero no quiero. Este ambiente extraño hace la ciudad más hermosa y más acorde con mi particular estado de excepción.

El mundo se derrumba y yo sigo enamorada. Aunque cada vez soy más consciente de que mis palabras son una cáscara vacía. Las voy soltando y, cuando miro atrás, ya no puedo leerlas, descifrarlas, van perdiendo su sentido y se amontonan, como esas huellas de zapatos que emborronan el hielo de la calzada. Las ruedas de las maletas también hacen su trabajo. Los viajeros las agarran con fuerza, casi con furia, como si temieran perderlas y con ello perder su toma de tierra. Qué es de un turista sin equipaje.

Mamá agarra su taza de capuchino y mira el trasiego, cada vez más tenue, como si estuviéramos a la puerta de un coliseo donde se ha celebrado un concierto y viéramos marcharse a los asistentes.

—¿Se quedará alguien aquí? —pregunta.

—Aquí viven cincuenta mil personas —la tranquilizo. Al menos ellas lo harán.

En el bar no hay nadie. Es una *trattoria* de esas

disfrazadas de sí mismas, con los manteles de cuadros rojos y fotos antiguas en las paredes sobre gotelé amarillo. Es agradable, la calefacción está alta y el horno para las *pizzas* nos ofrece su fuego, tan tentador. Los camareros tienen un aire aburrido, pero son amables. A veces discuten sobre algo que no entendemos, juntan los dedos en ese gesto tan reconocible de los italianos que casi parece una representación para el resto del mundo. Igual el tema es muy serio, pero no puedo evitar sonreírles.

Al fondo, una pareja de turistas orientales cena en silencio. Ella parece mucho más joven que él y mucho más triste. El hombre es mayor, casi anciano, podría ser su padre, pero algo me dice que no lo es. Me pregunto si se dará cuenta de que ella no lo ama y también me pregunto si eso en realidad importa.

Decidimos cenar allí, no porque tengamos hambre, pero ya sabemos que el frío y la nieve hacen intransitable la calle y queremos alargar un poco la hora de regresar al hotel. Ella pide una crema de calabaza y yo una *pizza*. No es una buena decisión, pero se me da muy bien equivocarme. Me puede el ansia y el horno es muy tentador.

Tú también lo eras. Lo eres, pero estoy aprendiendo a controlarme. La dieta la dejaré para otro momento, y la vida abstemia también.

Nos tomamos una cerveza, una enorme. A mamá se le desata la risa. Cotilleamos sobre los japoneses. Ella no entiende cómo una pareja puede estar de vacaciones y cenar así, en completo silencio. Cuando el hombre se levanta para ir al baño, ella saca el teléfono del bolso y empieza a teclear a toda velocidad.

—Le está escribiendo a su amante —le digo.

Mamá abre mucho los ojos y dice:

—No lo entiendo.

—Los amantes hacen su función, mamá. Salvan muchos matrimonios. Ya lo decía Oscar Wilde. Las cadenas del matrimonio pesan tanto que a veces hacen falta hasta tres para cargar con ellas.

—Yo no lo perdonaría jamás.

—Supongo que si papá hubiera necesitado una amante alguna vez, habría tenido el buen gusto de no decírtelo.

Una sombra se cruza y sus ojos se oscurecen por un instante. La barbilla le tiembla ligeramente y temo haber estropeado su buen humor, ese momento único, pero en el último instante decide alejarse de sí misma, del peso de su vida y de sus sentimientos y ríe con más ganas.

—Mejor, porque lo habría matado dejándolo. Nunca pudo vivir sin mí.

Más tranquila, veo como el hombre sale del baño. Advierte que ella está escribiendo en el móvil y se detiene un momento, dándole tiempo a acabar. No sé si me gusta o detesto ese gesto de resignación. Cuando entra en la sala lo hace mirando el bodegón de pastas, como si los tallarines o los *pappardelle* saliendo como flores de jarrones de cristal le resultaran de lo más interesante. La mujer lo ve y en un gesto breve desliza el teléfono en el bolsillo de su abrigo.

Cuando él se sienta, ella le sonríe por primera vez.

La novia de mi marido

Este es el título, buenísimo, de la nueva novela de Inma López Silva. A la altura de nuestra segunda cita, tu mujer ya sabía de mi existencia, aunque quizás no sabía todavía que sería la novia de su marido.

Según tú, lo adivinó enseguida.

Estabais sentados en el sofá y advirtió que estabas muy concentrado en el correo. Con una mirada fugaz leyó un nombre y luego inició una búsqueda en el cajón de datos que nos regala la red. Después de estudiarlo, decidió que yo no iba a ser otra de tus aventuras. Te conocía lo suficiente como para conocer tus gustos y tus puntos débiles, supongo. Adivinó, y así te lo expuso, que yo no iba a ser una de aquellas mujeres que pasaban unas semanas en tu vida, y que te ocupaban poco tiempo y no demasiadas emociones, para las que te había dado patente de corso. Ella supo, me dijiste días después, que te iba a sacar de tus casillas, que desestabilizaría vuestra acomodada y sosegada vida y haría estallar por los aires vuestras normas.

Me hablaste de vuestro pacto en nuestro restaurante de polígono. Yo daba vueltas a las judías y tú quitabas las espinas al pescado. Habíais pasado todo tipo de crisis, la vida es larga y cansada, pensaba yo mientras tú enumerabas un reguero de heridas leves como quien enseña las cicatrices en la rodilla o en el codo, aquellos rotos de la infancia que hace mucho que no duelen. Algún año durmiendo en el sofá, algún año durmiendo en el alcohol y algún otro año enamorándote. Al acabar ese primer amor adúltero, siempre acaba, ella volvió a su tranquilidad y tú al «Vale, me quedo, pero necesito airearme, salir por ahí,

descubrir otros cuerpos, entretenerme con otras personas». Tenías libertad para todo ello siempre y cuando fueras discreto, volvieras cada tarde a casa a una hora prudente, no más allá de la hora de cenar, respetaras los fines de semana y acatases la norma más importante: prohibido enamorarse.

Supe en ese instante que erais indestructibles.

Quien es capaz de aceptar vivir bajo esas reglas es capaz de aceptarlo todo. Comprendí que el amor es fragilísimo y el matrimonio que sobrevive al momento en que ese jarrón chino se rompe acaba siendo eterno.

Me pareció bien.

Los futuros son una cosa aburridísima y yo solo quiero presentes intensos.

Los gondoleros silenciosos

Regresamos andando al hotel, un poco achispadas y con miedo de resbalarnos, aunque no estábamos muy lejos. Ya no hay apenas nadie en la calle. A pesar de la corta distancia, el frío se nos mete hasta anidar en nuestros huesos. Casi gritamos de alegría al entrar al calor del vestíbulo. En la recepción está una chica a la que no habíamos visto antes, nos da las buenas noches y las llaves, que van sujetas a un llavero metálico, dorado y pesado. Tiene el pelo exageradamente oxigenado y no puede evitar un bostezo que apenas disimula con la mano. Me fijo en los casilleros, están llenos, así que imagino que el alojamiento, como la ciudad, se ha quedado desierto. La dejamos con su cansancio y subimos las escaleras enmoquetadas hasta el segundo piso sin cruzarnos con nadie.

«Da un poco de yuyu esta soledad», se queja riendo mamá. A mí, sin embargo, me gusta.

Se pone el pijama y yo me quedo en ropa interior. Es negra y ajustada, con el escote y la manga larga transparente, pero suficientemente tupida para disimular los morados de mi piel.

Mientras se lava los dientes, enciendo la tele. No entiendo demasiado, pero capto que el clima está dando problemas en buena parte de Europa. Cojo el teléfono. Desde que no estás ya no le hago demasiado caso, me parece un trasto inútil. Tengo varios chats echando fuego, fotos de la niña en el partido de fútbol, sudorosa y feliz, su padre diciéndome que todo está bien, mis amigas haciendo chistes y un mensaje de la compañía aérea comunicándome que los vuelos desde el aeropuerto de Bérgamo se

suspenden durante unos días debido a la previsión de la ventisca.

Mamá se inquieta cuando se lo digo, pero yo estoy más tranquila que resignada, estoy contenta. «Puestos a quedarse atrapados en algún lugar, ¿dónde mejor que en Venecia?», le pregunto.

Está preocupada por mi hermano, dice que últimamente está despistado, que debe ser esa soledad extraña que ha elegido la que le hace estar siempre lejos, aunque lo tengas delante. Mamá entiende la fascinación por la naturaleza e intenta comprender sus razones para vivir en aquel lugar alejado del mundo donde ella pasó su infancia y donde los inviernos eran mucho más duros que en Venecia, con las casas solo calentadas por los torgos arrancados en las entrañas de la sierra. Se olvida de que ahora tiene calefacción y capacidad para comprar leña, y una cuenta corriente donde no hay millonarios fondos de inversión, pero tampoco números rojos; que dejar la corbata, el maletín, olvidarse de los clientes avaros y de los ahogados por las deudas fue una elección y, tal vez, una liberación, pero a ella le gusta preocuparse. A veces pienso que es su razón de ser, preocuparse. Casi siempre lo agradecemos.

La vida es una mierda si nadie se preocupa por ti.

Hago unas llamadas, mando emails, y compruebo que nos han asignado un vuelo una semana más tarde de lo que teníamos pensado. Bajo a hablar con la chica de recepción. Leo su nombre en la plaquita de su chaqueta azul marino. «Sandra —le digo—, vamos a necesitar la habitación unos días más».

Me dice amable y extrañamente despierta, como si acabara de tomarse un café o como si oír su nombre la hubiera traído de vuelta de algún lugar, que no hay problema, que consultará a ver si nos pueden hacer un buen precio, dadas las circunstancias. Escribe algo en una libreta y me fijo en su anillo, uno con forma de vespa rosa hecha con cristal de Murano. Le digo que es bonito y al sonreír me enseña los dientes algo amontonados, pero más bonitos aún

que su sortija.

Todo está bien.

Mamá se toma un lorazepam y me ofrece dos pastillitas por si me hacen falta. «Son una maravilla», me aclara como si fuera mi camello, uno de voz suave y manos artríticas.

Se queda dormida con el libro sobre el pecho.

Yo guardo las píldoras en el monedero y me tiendo sobre los cojines con un mi ejemplar de *Los gondoleros silenciosos*. Tengo verdaderas tentaciones de llamarte, de contarte que estoy atrapada por la tormenta en la ciudad más hermosa y más extraña del mundo y que te veo en los canales, en los balcones, en las cúpulas; de decirte que pasan los días y que sigo detenida en ti, como las fachadas de los palacios en el tiempo. A punto estoy de mandarte un mensaje, pero sigo leyendo.

En la novela, cuando los gondoleros ven acercarse a la muerte, se suben a su embarcación y se alejan de la ciudad adentrándose en la laguna.

Es importante saber cuándo llega el final y retirarse con elegancia.

Hablemos de deseo

Mis amigas me dijeron: «El día que os encontréis en una cama, a ver quién os saca de ella». Nos habían visto caminar por aquella calle de Coruña, detrás del Palacio de Justicia. Dábamos dos pasos y ya teníamos que parar a besarnos. Parecíamos nadadores buscando oxígeno.

Nuestra relación sexual era un fracaso e, inexplicablemente, a pesar de ello estábamos atrapados en aquel extraño juego que nos tenía febriles. Pero no era normal que evitásemos hablar de deseo. Dejamos de ir al hotel, nos pasábamos las horas hablando y hablando, aunque ahora no sabría decir cuáles eran nuestros temas de conversación. Bebíamos, nos besábamos, nos besábamos muchísimo, pero tú evitabas que nos quedásemos desnudos y cuando por fin sucedía, me tratabas como si temieras que me deshiciera en tus manos.

Me hablabas de amor y no querías follarme. No era que no pudieras o que te hubieras pasado con el alcohol o que siguieras sufriendo problemas de próstata después de aquella infección, no. Era que me mantenías lejos.

Aun así, nos hemos reído tanto aquellas primeras tardes, con esa risa que venía de un lugar nuevo, desconocido, una risa que nos inquietaba por su naturaleza ignota, una risa de alegría irracional que reducía todas las distancias posibles a la nada.

En una de esas veladas surgió una de nuestras palabras clave: «carromato». El carromato era tu forma de soñar una vida conmigo. Nos reímos hasta el llanto imaginando la escena. Yo en bata de casa, una de aquellas acolchadas que ya no existen, el cinturón abrochado sobre la barriga

prominente, las canas sin teñir y tú saliendo a hacer un espectáculo con la cabra para traer unas monedas de vuelta. Nos dolía la tripa de las carcajadas, casi podíamos oír el tintineo de la pandereta e imaginar mis brazos en jarras en la puerta de nuestra precaria casa.

Como en las buenas comedias, había mucha tragedia en aquellas risas. Nuestra manera de fantasear con una vida juntos era perdiéndolo todo.

¿Y cuánto duraría la risa si no te queda nada de lo que has construido hasta entonces?

Un día regresamos al hotel. Te había dicho, un rato antes, que una mujer como yo necesita sentir que la desean.

«Por supuesto que te deseo», aclaraste, pero una nube ensombreció tus ojos, como si mi carnalidad fuera algo que podía separarnos, algo que se interponía entre tú y yo.

Aun así, debía arriesgarme. Nuestras manos se rozaban bajo el mostrador de recepción. Con la otra te aflojaste la corbata mientras esperábamos que nos diesen la llave. Subimos ese único piso en ascensor. A través del cristal pudieron ver cómo nos besábamos, el ansia, la furia. Recorrimos el pasillo buscándonos. Mis humedades, tu erección, toda aquella fuerza latiendo en nuestra ropa interior.

Era personal.

Cuando nos desnudamos, todo empezó a cambiar, como si algo tirase de ti en otra dirección. Yo te gustaba, era obvio, y, sin embargo, un muro se levantaba entre nosotros cuando se manifestaba el deseo.

Soltaste mi cuerpo como si fuera un fardo que te pesara demasiado. Te quedaste bocarriba, mirando aquel techo del cuarto, los estucos blancos algo desconchados, y yo pensaba en aquella canción de Mina, *Il cielo in una stanza*, el cielo alto e inalcanzable de los amantes que se aman.

Quizás no podamos volver a vernos.

Inmediatamente me di la vuelta para darte la espalda. Apoyé la mejilla en mis manos, como una niña vencida por el cansancio a la que por fin le llega el sueño. Vi una araña diminuta meterse veloz en tu zapato. El bichito era negro y

tu calzado de ante. Pensé en salvarla, en sacudir el zapato y dejarla ir. Pensé en marcharme, pero, en lugar de todo eso, me volví hacia ti y te ofrecí mis primeras palabras de amor. Las cogiste como una ofrenda, como un sacrificio y entonces sí, entonces me penetraste y sentí que lo hacías por primera vez. Tu polla y tu mirada clavadas en mí, no sé qué más profundamente, más fieramente. Cuando te corriste, tu cuerpo quedó sobre el mío y me pareció que te habías vaciado, que dentro de ti no quedaba nada conocido.

«Si no es así, no me vale», dijiste.

Supe entonces que no eran mis pechos lo que querías tocar.

Era a mí.

Euforia

Me pregunto si echas de menos la euforia. El diccionario dice que es la sensación exteriorizada de optimismo y bienestar producida a menudo por la administración de medicamentos o drogas o por alguna satisfacción material o espiritual, pero se olvidaba de ti.

Eso nos provocábamos, un estado patológico que en nuestro caso no estaba sujeto a intoxicaciones. O sí.

De todas las drogas, la pasión es la más dura, y como todos los yonquis, nos pasábamos la vida hablando de dejarlo. Tú ibas en el coche, llevabas fruta a alguien; yo, en la cama, perdiendo el tiempo, hablábamos de amor y de dejarnos, cómo, cuándo, por qué, de qué manera, ahora, dentro de un año, nunca, para siempre, poco a poco, con pasión, con razón, con dolor, abiertamente, disimuladamente, estúpidamente, inevitablemente, no sabíamos cómo, pero hablamos de dejarnos y, cuando colgabas y apagabas el coche y cogías la bolsa con las peras o las manzanas, con el mango o con las fresas, yo me levantaba a lavarme los dientes o a buscar unos tenis para ir a caminar, me llevaba el teléfono conmigo al baño, al trastero, a la cocina, porque habías colgado y ya estaba deseando que me llamases una vez más, aunque fuera para decirme, como me decías, «cuando aceptes que esto no tiene futuro, desaparecerás», y no importaba lo que decías porque estabas allí, hablando de dejarnos,

pero ya no estás.

Las manos de mamá

Mamá tiene algo de chamán.

Vamos en el *vaporetto* con destino a Ferrovia. Ha dejado de nevar, pero el suelo firme sigue cubierto de blanco. También las cornisas y los tejados. La ciudad es más fantasmal que nunca, una imagen salida de un cuento gótico.

Ella va dentro y yo en la proa, a merced del frío. Al levantarme me golpeo con algo. He debido de dar contra un hierro con tanta fuerza que llego al interior del barco demudada y pálida. No puedo ni hablar, solo me agarro la rodilla sintiéndome al borde del desmayo. No recuerdo haber sentido ese dolor jamás, ni cuando me desperté de la cesárea. Mamá me pone sus manos en la pierna. Siento ese fuego que me atraviesa, siento esa paz, como cuando era niña y me dolían la barriga o la cabeza. El dolor persiste, atenuado, y el miedo desaparece. Ese calor puede con todo. Nuestra estación queda atrás, pero el destino no importa. Hace sol y la mano artrítica de mi madre tiene poder sobre mi cuerpo.

Paramos en la Giudecca otra vez. Ya puedo andar. No hay lesión, solo un golpe aparatoso que me hará cojear un poco durante un par de días.

Las olas invaden la acera, será por eso que aquí la nieve ya no está. A ella le inquieta un poco esa sensación de acoso en un lugar que por su estrechez parece tan efímero.

En la exigua parte interior de la isla, los vecinos extienden la ropa de un balcón a otro. El pálido sol se refleja en pijamas de Winnie-the-Pooh. Seguramente estos niños duermen con olor a sal. Entramos a tomar un

capuchino. Nos atiende una mujer muy mayor. Lleva el pelo blanco recogido en la nuca en un moño redondo y aplastado como una ensaimada. Seguramente, cuando se lo suelte, le llegará a la cintura. Me la imagino cepillándoselo cada noche, como si fuera la bruja de algún cuento. Le pido también unos sándwiches de espinacas con huevo, los típicos *tramezzinos* de Venecia. Nos sentamos a una mesa de formica frente a la ventana.

«¿Estás bien?», me pregunta.

Estoy bien, mamá.

Es personal

Es personal.

Eso dijiste antes de despedirnos la tarde del pinar. La luz empezaba a marcharse y quedaban los restos del día filtrándose entre las ramas. Creo que hay una palabra japonesa que le da nombre a eso, a los rayos del sol jugando con las hojas. *Komorebi*. Lo leí ayer en algún lugar y me extrañó que nunca la hubiéramos usado. Ni siquiera tú, que te gustaba tanto Japón.

En una de aquellas primeras citas quedamos en tu ciudad, la misma donde nos habíamos conocido. Venías de lejos, del lugar donde trabajabas temporalmente, y yo llegué en tren. Me recogiste a la puerta de la estación. Pensé que me llevarías a algún barrio, a las afueras, a los lugares feos y discretos a donde se lleva a los amantes, pero aparcaste en tu garaje y me besaste allí mismo, entre los coches de tus vecinos. La alarma de un todoterreno rojo sonó y la que me sobresalté fui yo.

Por la calle me agarraste del brazo con una naturalidad pasmosa, como si quisieras borrar todo lo vulgar que tiene lo prohibido y demostrarme que algo —no sé qué— era posible.

Nos sentamos en una terraza que miraba al puerto. Unas nubes bajitas parecían querer jugar a enredarse con los mástiles de los barcos. Me cogías la mano mientras me hablabas de los guerreros japoneses, del harakiri, del bosque de los suicidas, del honor, de los almendros en flor.

Me mirabas a los ojos y me hablabas de Japón, y yo me preguntaba qué demonios significaba aquella tarde, aquella escena, aunque adivinaba que era tu forma de invitarme a

entrar, de empujarme casi, de demostrarme que aquello realmente era personal.

Asistía sorprendida a toda esa actuación, pero no solté mi espada nunca; al contrario, la agarré con más fuerza, impresionada con el contrincante, que parecía sostener una invisible, ligera y letal.

Nos despedimos en el vestíbulo de la estación.

Éramos dos samuráis besándose como si no se fueran a ver jamás.

El invierno en venecia

El *acqua alta* ha eliminado la nieve de las calles, pero sigue pintando los balcones, las góndolas, las cornisas, los toldos que cubren los barcos amarrados en los canales; al menos podemos pasear sin miedo a una caída fatal, aunque una niebla espesa lo cubre todo y hasta los viandantes parecemos sombras.

Nos apeamos del *vaporetto* en la Accademia y nos perdemos por el Dorsoduro. Nos cruzamos con estudiantes que van a sus clases con las mochilas a la espalda y los móviles en las manos. De vez en cuando nos apartamos para dejar paso a los transportistas que acarrean afanosamente los bultos por los estrechos callejones. Sus gritos pidiendo paso recuerdan que este es un lugar todavía vivo, a pesar de todos sus siglos y todas sus condenas, sobre todo la de desaparecer algún día.

Amo esta ciudad, pero creo que siempre volveré a ella en invierno, cuando su decadencia es más obvia.

En el invierno de Venecia habitan todos los fantasmas.

Tal vez la amo solo porque se acaba. Tal vez te amo a ti porque sabía que te desvanecerías y que lo único que me quedaría es el recuerdo de la belleza. Algún día dejará de doler y podré incluso disfrutar de la nostalgia. Por ahora todo es asfixia, ni siquiera me dan aire todos estos edificios etéreos y espectrales, ni la compañía de mamá, que parece estar siempre flotando un poco por encima del mundo.

A veces la miro y me pregunto desde cuándo se ha vuelto tan ligera, me doy la vuelta y por un momento me parece que está a punto de echarse a volar como una brizna de hierba.

«Mamá, te has vuelto evanescente», le digo de pronto frente al escaparate de una tienda de máscaras. Ella frunce el ceño ligeramente, sin dejar de mirar los *souvenirs*, que parecen artesanos, pero probablemente están fabricados en una industria gigante de China. Un montón de arruguitas se dibujan en su labio superior, como los surcos que deja el agua en la arena de la playa cuando se retira. Al otro lado del cristal, los ojos de un maniquí nos miran rodeados del ribetes dorados y plumas negras.

«No sé de qué me hablas», protesta, sin entender una palabra de lo que le digo, ofendida preventivamente.

Caminamos en silencio por las callejuelas. Aún es temprano; sin embargo, la bóveda está tan gris y tan baja que parece que no ha amanecido del todo, que la ciudad se ha quedado atrapada en la penumbra de la madrugada. Me gusta esta sensación oprimente y de irrealidad. Me gusta que mi madre esté siempre a punto de deshacerse como la nieve, ella, que fue siempre tan sólida, tan definitiva, tan cargada de respuestas. Ahora parece haberse liberado hasta de las preguntas, como si se hubiese quedado solo con el amor que guarda en los bolsillos y que siempre está entregando con sus manos.

Cuando Leo decidió irse con su padre y pasar solo conmigo los ratos libres, me miró como si me estuviera viendo por primera vez. Me reconoció en ese instante y no le gusté, y yo la odié por ello y por no ser esa madre que a mi hija le habría gustado tener y que tuve yo, una madre que está contigo.

En realidad, la evanescente soy yo.

Gran garaje

Me doy cuenta de que arrastro muchísimas palabras, aunque vivo cargada de silencios, de que cuando están a punto de salir, algo tira de ellas hacia dentro. Supongo que tienen miedo a la intemperie, a la soledad, a quedarse solas en una calle vacía sin que a nadie le importe, como el cuerpo de ese viejo fotógrafo francés. De frío, sin embargo, no morirían, como aquel fotógrafo congelado en una calle de París, porque arden, porque son fuego y furia, deseo y desesperanza, son una pira donde me quemo.

Me pregunto si es que no mueren nunca las palabras de amor, aunque vivan encerradas en sótanos húmedos y mudos, justo allí donde van a parar los besos que no nos damos. Solo hace falta tener un gran garaje para almacenar lo que de verdad importa. Eso que nunca vas a usar.

Por ejemplo, mis labios, que solo quieren besarte a ti.

VENECIA SE HUNDE

Le he hablado a mi madre de ti.

Estábamos sentadas en un café de la Giudecca. Ella pidió café y yo, vino de la casa. El café siempre está rico aquí, pero nunca lo bastante caliente para nuestro gusto, aunque yo insisto en pedirlo *molto caldo*. El lugar es agradable y poco pretencioso, parece ajeno al peso de los siglos que lo rodean. Mesas de formica, manteles de papel, menú del día. Entran y salen gentes corrientes, vecinos y trabajadores que buscan un lugar donde comer barato. Es un lugar para nosotras. Es temprano, pero decidimos comer al ver al cocinero, que parece llevar allí toda su vida. Tiene una barriga redonda y enorme cubierta con un mandil lleno de harina y se apoya en el respaldo de la silla de uno de sus clientes.

Por la ventana vemos el agua de la laguna agitarse hasta lamer la acera. Está a escasos metros de nosotras. La imagen serena de la ciudad al otro lado matiza un poco la sensación de inestabilidad, aunque la Giudecca es tan estrecha que parece un barco varado más que una isla.

El sol ilumina el perfil de San Marcos mientras los *vaporettos* recogen y dejan pasajeros que se apean con prisa y con frío. A pesar del sol, enero es un mes difícil.

Mamá escoge osobuco y yo, la pasta fresca del día. La comida está tan rica y el momento es tan perfecto que, presa de un impulso optimista, decido hablarle de ti. Hablarle de ti es hablarle de mí, y creo que se lo debo. Ahora que ya todo ha acabado entre nosotros puedo hacerlo.

No sé qué le digo, pero ella se ilusiona como una niña

que ve una comedia romántica, una clásica, de esas que nunca olvidas si la ves a la edad adecuada. Aunque yo, si pienso en nosotros, recurro más a *La gran belleza*. Si Gambardella tuviera el amor delante, tampoco creería en él. Tú y yo no lo hicimos, lo contemplamos incrédulos, como harían unos ateos recalcitrantes asistiendo a la aparición de una Virgen.

Intento encontrar con un puñado de palabras la manera de alcanzar una forma de verdad. Me sorprende que, con unas pocas frases mías, algo inconexas y erráticas, ella haya comprendido de qué estoy hablando. Le brillan los ojos, emocionada por la confidencia, supongo. Siento que algún nudo se deshace entre nosotras. Estar contigo era una manera tan profunda de estar conmigo que me alejaba de todo, también de ella. Lamento no habérselo contado antes, pero sé que ella no podría haber cargado con todos nuestros vaivenes y tampoco yo con sus preguntas.

Este momento de intimidad es hermoso.

El local se va llenando, la gente se sienta sobre esas mesas diminutas o pide en la barra esos expresos que beben en tazas del tamaño de un dedal. Un movimiento de muñeca y el café ya está dentro de los cuerpos. Hombres y mujeres entran y salen, y con ellos ese aire del norte que agita las aguas con furia helada. Aun así, dentro hace calor. Mamá tiene las mejillas coloradas. Le dice a la camarera que la carne estaba deliciosa, habla muy alto, como si la diferencia de idioma se solucionara con elevar la voz. La chica no entiende nada y nos reímos. No eres mayor mientras eres capaz de reírte así. Da igual la edad que tengas, una hija siempre necesita ver reír a su madre. Siento ese apego feroz, como cuando era niña y ella se levantaba de la siesta cansada, lista para volver a sus ocupaciones, que no acababan nunca, y yo la miraba de reojo esperando, deseando que se fuera aquella sombra que se interponía entre nosotras, una sombra invisible que hablaba de la vida secreta de las madres, que increíblemente podían tener emociones que iban más allá de ese vínculo sagrado.

Una madre tiene la obligación de ser feliz. O parecerlo.

Detrás de la ventana una gaviota nos mira desafiante. Una niña con una mochila de *Frozen* corre hacia ella y el animal sale corriendo antes de volar. La niña parece decepcionada. Espera a su madre, que llega cargada de bolsas. Al otro lado, las fachadas del Fondamenta delle Zattere brillan de manera inusitada.

Parece mentira que pueda haber cotidianidad en este escenario tan hermoso.

Entre nosotros la belleza era tal que lo cotidiano parecía imposible.

Supongo que lo excelso está destinado a morir.

La cama

Era tan personal que cuando conseguimos follarnos lo hacíamos con tanta desesperación que el deseo no se acababa nunca.

Mis amigas tenían razón cuando decían que, si conseguíamos llegar a la cama, no saldríamos nunca de ella.

Había lujuria cuando estábamos desnudos, pero era una lujuria atávica, ancestral, como si fuéramos los primeros pobladores de la tierra, Adán y Eva descubriendo el sexo, sin demasiada imaginación, porque la fuerza de lo que sucedía allí era suficiente y no hacía necesario demasiado atletismo. Sobraba todo lo que no fuera tu piel y mi piel y todo aquel deseo que se escurría entre mis piernas y se endurecía en tu polla una y otra vez, como si no hubiera fondo en esa marmita oscura en la que habíamos caído.

Nuestro deseo, como nuestro amor, tenía algo de violento y oscuro. Oscuro porque no acabábamos de comprenderlo del todo, y violento porque iba más allá de nosotros mismos y nuestras fuerzas.

De repente se nos manifestaba ahí, en mi triángulo mágico, y nos arrastraba, ya no podíamos pensar en otra cosa. Yo no podía pensar en otra cosa. Era una mujer a los pies de los caballos.

Era violento y disimulado en formas suaves. Lo animal escondido en guantes de seda.

Te abría la puerta y nuestra mirada ya era una declaración de guerra, no importa si era de arrobo o de misterio, siempre estaba el combate. El huracán formándose, tomando posiciones en todos los nervios de mi

cuerpo. Me extraña que no me pusiera en rojo, literalmente, o que no me crecieran las garras.

«Es como follarse un tigre», me dijiste una vez.

Yo estaba debajo de ti, como siempre, con poca posibilidad de movimiento.

Y sin embargo.

Quería devorarte. Esa era la verdad. Hacerte líquido y beberte entero. Que te deshicieras dentro de mí, en mí, y que cada vez fuera más pequeña la parte de ti que no llevara mi nombre.

Quería poner banderas en tus rincones mientras te cabalgaba y apretaba mi coño contra tu polla, y aunque a ti no te gustaba, porque siempre querías mirarme a los ojos, querías que tuviera claro que eras tú el que me poseías, porque eras eso, un cromañón poseyendo a su hembra; aunque no te gustaba, también podía estar de rodillas contra ti mientras agarrabas mi culo y me inmovilizabas sobre la cama, y así seguir conquistando tus territorios, anular un poco tu voluntad.

Convertirte en un hombre que solo piensa en follarme.

Follarme a mí, personalmente.

Extinción

Venecia tiene algo de violento, supongo que siempre lo tiene aquello que desprende una afición excesiva al lujo, a la pompa, al derroche, a la exhibición constante de poder. Hay algo violento en querer ser siempre la más deseada, la más hermosa, la más rotunda. Hay algo violento en querer ser única, definitiva, y estar construida sobre pilotes de madera.

La belleza nos coloca siempre muy arriba, nos eleva a otra dimensión, pero para vivir hacen falta palabras feas, como práctico, común, cómodo, asequible, diáfano, transitable.

A Venecia, y a la pasión, no le interesa lo cotidiano, por eso sus habitantes huyen poco a poco, empujados por las ganas de encontrar un lugar donde pasar los días tranquilos y no espoleados por las visitas esporádicas de los que necesitan su dosis efímera de síndrome de Stendhal y acuden en masa al lugar que la garantiza.

Los venecianos y los amantes son una especie en extinción.

El ojo y el alma

Inge Morath se convirtió en fotógrafa al visitar Venecia. Supongo que sintió la necesidad de apresar todo aquello que estaba viendo, de hacer inmortales sus sensaciones al mirar. Venecia no es una ciudad que pisas, es una ciudad que vives. Si no es así, no te la mereces, deberías irte a otra parte, subirte al crucero que te trajo o seguir el camino por Italia haciendo el chequeo en los lugares *quehayquevisitarunavezenlavida*.

Y ahora no hablo contigo, hablo conmigo misma y con todas esas personas que quieren ver la belleza, pero son incapaces de sentirla. Tú sabes bien que la belleza no es un enunciado, es algo que te muerde por dentro.

Antes de fotografiar, Inge Morath escribía en la agencia Magnum. Llegó a Venecia y sintió la necesidad de representarla, de detenerse en ella. Supongo que eso hago ahora contigo.

Ella decía que la fotografía es una cosa extraña, que confías en tu ojo y lo único que puedes hacer es desnudar tu alma.

Quizás con las palabras pasa lo mismo, intentas explicar algo y en realidad te estás explicando a ti, mostrándote en cada coma y en cada punto y aparte y hasta en la elección de los tiempos verbales.

¿Nuestro pretérito es perfecto o imperfecto?

Creo que solo te fotografié una vez porque sabía que entre nosotros todo era a vida o muerte, a cara o cruz, a un solo disparo. Miraste a la cámara como a mis ojos, como si quisieras penetrar en ella y de paso dejarme encerrada dentro, como en aquella leyenda que me contaste, la de los

habitantes de una tribu africana que creían que nunca se puede mirar al coño de una mujer porque te quedarías allí atrapado para siempre.

Cuando vuelva quizás le enseñe a mamá esa foto que sigue colgada de las pinzas en el estudio de revelado, y ella verá tus labios finos y el esbozo de una sonrisa acabando en los pliegues de las mejillas y la frente amplia y los ojos oscuros como pozos de petróleo y me verá a mí por allí, al fondo.

Saber jugar

En un rincón de Castello, unos niños juegan a la puerta de lo que parece una iglesia, pero que probablemente sea un colegio. Ha vuelto a caer una nieve ligera, unas hebras blancas que se depositan suaves y heladas sobre la piedra de las plazas.

Los pequeños corren de un lado a otro con mucho estrépito, con la felicidad que les da el recreo y la nieve. Mamá y yo sonreímos, la escena nos gusta más que si hubiéramos encontrado un Caravaggio de esos que vamos buscando en las capillas de las iglesias.

Las ciudades tienen una posibilidad si hay niños jugando en la calle.

Inevitablemente, he pensado en mi hija, que ya no es una niña. Sigo necesitando abrazarla fuerte. Cuando me la cruzo en el pasillo o en cualquier lugar de la casa, la achucho y le digo siempre lo mismo: «Podríamos estar así una eternidad, o dos». Solo siento eso con ella y contigo, ese afán de perpetuidad de la piel.

Pero nunca me gustó jugar.

Cuando ella era pequeña, me preguntaba si yo ya habría nacido mayor porque no entendía ni un poco su lenguaje infantil, no recordaba haberlo practicado nunca. Creo que sufría una depresión postparto cada vez que tenía que llevarla al parque. Me resultaba el lugar más hostil del universo. Su padre, en cambio, lo hacía de manera natural, como si siempre se hubiese estado preparando, o mejor aún, como si desde su vida adulta hubiera estado esperando el momento de poder regresar a una infancia donde había sido tan feliz.

A lo mejor es eso, aprendemos, o no, los códigos de un tiempo y, según eso, sabemos manejarnos, o no, con el entorno y el momento que nos toca vivir.

Correspondencia

Mi primera carta decía así:

La mujer que vino del frío:

Estoy tumbada en mi cama. Me gusta mi cuarto al atardecer. El sol lo pinta de amarillo y me abstraigo de la lectura para quedarme mirando como una boba las partículas de polvo suspendidas en el aire y a punto de detenerse en los muebles de Ikea, en los libros, en los collares que no me pongo nunca, en la pulsera que me regalaron mis amigas en una fiesta sorpresa en mi cuarenta cumpleaños.

Cuánto tiempo hace de todo.

Esa pulsera —de plástico— y una taza de Duralex que arrastro de casa en casa desde mi infancia y los libros son las únicas posesiones que me dolería perder. Y mis cámaras, claro.

Es una suerte no tener nada o, al menos, no tener apego a nada. Y es una suerte poder encontrar belleza en los lugares más insospechados. Desde mi ventana se ve el pabellón de hormigón de un instituto y tras él un hotel construido al más puro estilo de los setenta. Algunos días una formación de nubes o un anochecer rojo le dan a la escena el aire de un cuadro de Hopper.

Quizás solo sea que a las mujeres frías como a mí nos gusta pensar que lo hermoso es feo y lo feo es hermoso.

El mundo es menos inhóspito si en el momento más inesperado recuerdas una frase de *Macbeth*.

Quizás esa capacidad de encontrar la belleza hasta en los lugares más anodinos es mi manera de templar un poco

mi gélido corazón.

Para qué sirve mi alma caliente y todas estas ganas locas de vivir si sé que nadie va a «tocarme» nunca. Nadie que no sean apegos feroces que salieron de mi vientre o vienen desde el pasado, y que son capaces de darme la eternidad en un abrazo.

Si lo piensas, es triste. Si no lo piensas, es cómodo. En cualquier caso, hay que aceptarlo.

Y así estaba yo, con toda mi pasión, celebrando la vida —y despidiéndome— antes de convertirme en la vieja de los gatos que en realidad ya soy, metiendo a hombres estupendos en mi cama y deseando siempre que se fueran antes del amanecer, encontrando cada noche irreprochable y cada mañana absolutamente indiferente. Hasta que llegaste tú y las cosas han dado un giro inesperado.

Las noches contigo no existen y la indiferencia, tampoco.

Estoy, cuando menos, desconcertada.

Mi última carta decía:

Dices que nuestro amor está expuesto al sol y a las inclemencias, sufriendo, desgajándose y agitándose, como mis geranios. Es curioso, porque ayer pensé en pedirle a mi amiga María que me comprara unos geranios nuevos y desatados de flores. Los míos están recios, con las raíces retorcidas y muchas hojas que no paran de salir y caerse y volver a salir, pero sin una sola flor. Siempre con unos brotes a punto de abrir y siempre sometidos a una inclemencia que los frena.

Necesito color en mis geranios, pensé.

Luego salí y me olvidé de regarlos, así que cuando vuelva ya no quedará mucho de ellos, aunque no habrán muerto, eso seguro. Mi amor por ti, tampoco.

Creo que tú has tirado la toalla en algún momento y estás con los brazos caídos esperando ver pasar nuestro cadáver. Y deseando que entonces esa visión ya no te duela mucho.

Mientras tanto yo tengo miedo. Miedo a perderte, miedo a haberte perdido, miedo a que no me quieras y miedo a que nunca me hayas querido, miedo a despertarme un día y pensar que lo he soñado todo, que solo fui un pasatiempo, la típica historia, la más vulgar, miedo al dolor que me causa pensar eso, miedo a no volver a besarte, miedo a tus silencios, miedo a los míos, miedo a no poder amarte sin que me duela.

Encajar

De niña yo nunca encajé del todo, era torpe y poco atrevida, y me quedaba siempre en las orillas. Mamá siempre dice que se pasaba la vida en el ambulatorio curando heridas que se hacían mi hermano y los vecinos, todos menos yo.

Si no te atreves, no te haces daño. Tampoco pierdes.

Yo solo quería pasarme las tardes en el estudio de papá viendo cómo fotografiaba a señoras con el pelo cardado y de vez en cuando a niños vestidos de comunión con escapularios en las manos. Me quedaba quietecita en un rincón con los ojos muy abiertos y un libro en la mano, del que leía una frase de vez en cuando.

A veces, si papá estaba de buen humor, me dejaba entrar en el cuarto de revelado. Era el mejor momento del día, de la semana. Me fascinaba ese instante en que las imágenes se iban dibujando como por arte de magia y aparecían aquellos rostros, en los que encontraba matices que no había visto antes cuando las personas estaban sentadas frente a la cámara. Algunos retratistas son capaces de hacer eso, de tirar de un hilo interior que los rostros esconden y que, la mayoría de las veces, las personas ni conocen de sí mismas. Creo que mi padre no reparaba en su habilidad, no le daba importancia, pero inventaba una vida a partir de aquellas imágenes que se nos aparecían y ese era mi juego favorito, elucubrar cuáles serían los secretos que escondían aquellos ojos que miraban a la cámara fijamente o, en su mayor parte, se mostraban huidizos. Al final del día papá y yo hacíamos un recuento de las personas que sabían mirar de frente, mirar a los ojos, que es una forma de

prestar atención, pero sobre todo es una forma de mostrarse, si es que alguien se atreve a su vez a mirarte a ti. «Hoy ganan los valientes», se congratulaba papá. O bien, «Hoy son legión los cobardes». Por mucho que hubiera armonía o equilibrio en los rasgos, solo había belleza en aquellos retratos de los que sabían mirar, a pesar de que tuvieran una nariz aguileña o unas cejas demasiado juntas o los dientes torcidos.

El único cuarto de juegos que recuerdo es aquel. No fui capaz de encontrar uno para mi hija, no le interesaban las exposiciones, ni pasar las hojas a mis libros de arte, era una niña normal, alegre, llena de vida, con una energía física inagotable. Lo sigue siendo. Quería subirse a los columpios y aprender a jugar al fútbol. Tampoco se me dio bien cuidar, organizar los horarios, llevar la cuenta de las vacunas y de las actividades escolares, y preparar una merienda lo bastante sana y apetecible que ofrecer a los pies del tobogán como hacían las otras madres, siempre las madres, cortando los pedacitos de bocadillo y metiéndolos en las bocas de sus retoños como si fueran pájaros recién nacidos.

Lo hice todo, en realidad, pero con la misma desmaña con la que aprendí a andar en bicicleta, porque no me quedó más remedio.

Adoraba, eso sí, cuando se metía en la cama conmigo y sus piececitos fríos buscaban mi cuerpo, y adoraba cantarle cada noche la misma canción, de la que no se cansaba nunca. Aún a veces, cuando pasa el fin de semana conmigo y está mimosa, nos acurrucamos en el sofá y me dice, «Cántame, mamá».

Amar no significa saber querer.

Ella lo supo, creo que lo entendió, que vio en mí a la niña rara de la trastienda del estudio de fotografía. Poco tiempo después de separarnos y de cambiarse de casa cada semana, me dijo que prefería quedarse todo el tiempo con su padre, que yo podría recogerla cada mañana que me viniese bien y acompañarla al cole, o llevarla a tomar chocolate con churros al muelle, como hacíamos los

miércoles, y a Numax, a ver alguna de esas películas en versión original en las que se sigue quedando dormida.

Mi hija tenía once años cuando mantuvimos aquella conversación. No recuerdo otra tan madura ni tan importante, quizás lo habría sido la que nunca tuvimos tú y yo.

Me pareció bien, entendí que era lo mejor para ella y que hay distintas formas de maternidad, que no estar todos los días no es abandonar, que los padres llevan siglos marchándose y que nunca han dejado de ser padres. Acepté mi amor como es, absoluto, demoledor y totalmente defectuoso, ajeno al canon. Desde entonces, constantemente me enfrento a la mirada de reproche o displicencia o desprecio de la mayoría de la gente a la que le hago un resumen somero de cómo son las cosas entre mi niña y yo.

A ti te lo conté enseguida, como queriendo enseñar cuanto antes el polvo que escondo bajo la alfombra. Si me ibas a juzgar por eso, que fuera rápido, que nos ahorrase camino de vuelta.

No pareció importarte demasiado, quizás porque no tienes hijos, nunca os apeteció, me explicaste. Una vez, sin haberlo planeado, habías estado a punto, pero un aborto natural os llevó por otro camino y nunca lo lamentaste.

Muchas veces me he preguntado si realmente me entendías por tu falta de instinto paternal o si en el fondo mi capacidad para marcharme, para no agarrarme a nada, ni siquiera a mi hija, te inquietaba como a todos los demás.

Amor fracasado

Hay amores que nacen fracasados, nosotros lo sabíamos.

De repente teníamos alma de bolero, una que no había aflorado nunca, y estábamos dispuestos para el final, uno trágico y en alto que nos convirtiera en eternos, así que, cuanto más conscientes éramos de nuestra ausencia de destino, más nos enamorábamos, histriónicos amantes de lo trágico.

Éramos un camión lleno de dinamita, sin frenos y lanzado por un barranco, eso decías tú.

Y nadie al volante, digo yo.

Los dos en el furgón de cola follándonos desesperadamente sin que el deseo ni las palabras se nos agotasen nunca.

Te fuiste, me fui, nos fuimos, nos deshicimos en la noche de noviembre, pero la lluvia no se llevó el deseo ni las palabras. Con ellas lleno estas hojas, pero con el deseo, ¿qué hago con el deseo?

Después de tantos titubeos, una de aquellas noches de primavera —¿o era verano?— la pasamos juntos en nuestro hotel de polígono. No era la primera, sí la más sexual.

Quedamos en el bar de la gasolinera, a una hora diferente, ahora no recuerdo de dónde venías, creo que de una caminata con tus compañeros o de cualquier otra cosa que te permitió pasar la noche fuera. Llegué antes y pedí la habitación, la misma donde ya había pasado muchas noches sola después de que te fueras a recorrer los cien kilómetros de regreso a tu hogar.

En lugar de subir me esperaste allí, en la terraza cubierta con vistas al aserradero. Llevabas deportivas y

pantalón corto, y bebías cerveza con las piernas cruzadas. ¿Por qué me acuerdo de eso? No lo sé. Atardecía sobre la maderera, aunque el sol aún tenía unas horas por delante. No recuerdo cuántas cañas nos tomamos ni cómo llegamos al hotel, solo sé que esa noche la pasamos en blanco, sin cerrar los ojos más que un instante de placer, y que fuiste capaz de correrte hasta siete veces. ¿Es el sexo una yincana? No, no lo es, pero esa ansia por seguir despiertos, por continuar sintiendo, lo hacía posible. Acabar y volver a empezar. Más allá del sueño, más allá del cansancio, más allá de nuestros cuerpos mayores y supuestamente gastados, más allá de lo razonable, más allá de lo que habíamos conocido.

Me senté sobre ti, y debajo de ti, y de espaldas a ti frente a aquel espejo de la puerta del armario, y no creo que quedara ninguna parte de nuestros cuerpos sin rozarse, y cuando nos descabalgamos de aquella escena porno que nos devolvía al azogue volvíamos a duras penas a la cama, con las piernas temblorosas y la risa a flor de piel.

Que corra el aire, nos dijimos entre risas. Dejemos de tocarnos o vamos a morir.

Tocarnos era arder sin saber muy bien qué provocaba la deflagración.

Nos quedamos allí desnudos, agotados, pero resistiéndonos a dormir, a perder esos minutos de disfrute. Así, separados por unos centímetros, exhaustos y sudorosos, te pareció bien hablarme de Roma. Roma y sus modos de lucha, Roma y sus soldados, Roma y sus enemigos, a los que llevaban, cuando eran vencidos, a pasear encadenados por las calles de la capital del imperio.

«Como hizo César con Cleopatra», dije yo, que te escuchaba darme tu clase magistral sin pensar, como pienso siempre, cómo os gusta escucharos a los hombres. A una mujer no se le ocurriría jamás compartir conocimientos no solicitados, y menos aún suponer que el que tienes delante los desconoce. Te diste cuenta y te sobrevino algo de inseguridad. Quizás entonces te volviste a enganchar a mi cuerpo, trabándome como hacías siempre, con tu nariz

pegada a la mía y tu pie inmovilizándome el tobillo. Siempre analizabas nuestro lenguaje no verbal, ese que resultó ser mucho más elocuente que todas las palabras que salieron incontinentes y obtusas de nuestras palabreras durante todos los meses que jugamos a amarnos.

Aquella noche nuestros cuerpos tuvieron fuerza para un séptimo asalto y quizás en él, mientras tu polla entraba sola en mi vientre, que estaba deshecho como un río desbordado, con las fuentes de mi deseo y con los restos de tu semen como una catarata entre mis piernas, atónitos por esas ganas inéditas de otro ser humano, ambos elucubramos sobre quién de los dos sería Roma y a cuál le tocaría ser Egipto, pero lo cierto es que tu perfil era el de un general romano, con tus rizos y tu nariz aguileña pero proporcionada, y esa piel oscura y suave como la pulpa de una aceituna, y yo pensé, mientras restregaba mi cadera contra la tuya y te empapaba con todas las esencias de nuestro sexo, que puestos a ser la víctima, una Cleopatra humillada frente al pueblo, sería bonito que tú fueras mi Marco Antonio y olvidaras tu patria y tu proyecto y no pensaras más que en bajar el Nilo en mi barco, bebiendo vino al atardecer y haciendo el amor bajo la mosquitera, aunque eso te llevara a morir en Alejandría y por tu propia mano.

Los viernes

En aquel tiempo empecé a odiar los viernes.

En la nevera que me metías hacía mucho frío y en la mía solo había yogures caducados.

Era la única persona del mundo a la que no le gustaban los viernes y la única mujer del universo que hacía la compra a las once de la noche en el supermercado de la gasolinera. A veces iba a por leche y la olvidaba. Recuerdo un día que me llevé un par de plátanos que me comí por el camino. Sabían a plátanos de estación de servicio —tal vez el sabor de las incongruencias—, verdes y mazados al mismo tiempo. Un señor que me crucé por la calle me gritó: «¡Que aproveche!». Y yo le contesté con la boca llena, seguramente de un modo perturbador: «Graaazzzziiasss».

Me pregunto, ya sin ti y sin ningún plátano en la boca, por qué me dabas las gracias tan a menudo. ¿Por mi atención? ¿Por mi presencia? ¿Por mi encanto infinito? ¿Por mi forma de comer chocolate como sustitutivo de tus besos?

No importa, estoy siendo sarcástica. Solo es que me arrepiento de haberme comido el pan, los plátanos, el chocolate todas aquellas noches de los viernes en los que mi dieta prosperaba tan divinamente como mi proyecto de no enamorarme de ti.

¿Te acuerdas de cuando te dije que tenía miedo a detenerme y a que acabaras ocupándolo todo?

Pues sucedió.

Ahora temo que no se pase nunca y que los plátanos nunca vuelvan a estar dulces.

TUS LÁGRIMAS

La primera vez que te vi llorar era mayo.

La primavera avanzaba y los días se alargaban sobre la fábrica de madera que estaba frente al bar del polígono. Esa era nuestra vista, que llegó a parecerme tan hermosa. Supongo que habíamos hecho el amor y regresamos a tomarnos esa caña con la que nos despedíamos. Cuántas veces esas despedidas duraban una hora o dos, a veces de pie en el aparcamiento bajo aquellos cielos endrinos en los que iban apareciendo las estrellas y a veces la luna, y a veces nada porque las nubes lo cubrían todo y solo quedaban las luces de neón del taller de neumáticos, pero con cielos despejados u oscuros nos besábamos después de habernos besado, ahora vestidos, pero cada vez más desnudos, más descubiertos, más a la intemperie.

Esa tarde estábamos sentados en la terraza, las sillas eran de plástico, aún había luz en el horizonte y tus ojos se llenaron de lágrimas. «Tú y yo tenemos un lío de cojones», me dijiste un día, no sé cuándo, y allí estaba el lío, los viernes ya eran una montaña que costaba subir y los sábados yo me los pasaba estirando la madrugada, alargando las resacas, buscando las risas y las barras que me hicieran olvidar el frío de aquella nevera en la que me metías cada fin de semana y en la que nunca se me iba el frío a pesar de los sudores y del calor de los bares, y a pesar de ese fuego cruzado en forma de cartas que nos tenían enganchados y ardiendo frente al litio. Yo sufría y frivolizaba, si finges mucho lo consigues, y solo a veces te enseñaba mis rasguños, que en general prefería lamerme sola.

Y ahí estabas tú, llorando porque te ibas de viaje a alguna isla del Mediterráneo. La vida sigue a pesar de los amantes que se aman, y esos días futuros en los que no podríamos hablarnos se nos clavaban como agujas por anticipado. Aunque, en realidad, no tengo ni idea del motivo de tus lágrimas porque hablando de ti y hablando del amor todo es imaginación.

«¿Estás triste?», te pregunté.

«Un poco más que triste», me contestaste.

Y no hablamos más, creo, y en mi recuerdo nos quedamos allí, mirando cómo la oscuridad venía a borrar el perfil del aserradero y a asentar la soledad entre nosotros, constatando que estar juntos nunca iba a ser más que la suma de dos soledades.

Éramos como esos personajes de Hopper.

Al día siguiente cogiste un avión y llegaste a algún lugar cargado de historia y de tragedia. También de belleza. Desde un baño del aeropuerto me enviaste tu primer mensaje de voz. Catorce segundos que me aprendí de memoria.

«Todavía no me he ido y ya te echo de menos. Eres mi amor».

De fondo, el ruido de la cadena.

La zozobra

Me he quedado demasiado absorta. Los niños abandonan sus juegos y se meten bajo un portalón inmenso. Sobre el dintel hay esculpido un dragón alado. La zozobra a veces es eso, un dragón mordiéndote las tripas. Eso decías siempre, que conmigo no sentías mariposas en el estómago, sentías dragones peleándose.

Mamá me adivina, supongo, y me coge la mano, que se me ha quedado helada, y me la frota con sus dedos artríticos.

Me gustaría tanto ser como ella, saber permanecer en alguien...

Circe

Me decías que ya volvías. Y yo te esperaba sin querer esperarte. Ni siquiera era Penélope, no valía para ello ni está escrito en mi destino y debía conformarme con el papel de Circe. Soy capaz de convertir a todos mis amantes, amigos o enemigos, en animales.

A todos menos a ti.

Tú tienes el antídoto. O lo tenías. Eras capaz de revertir todos mis poderes. Te quedaste en mi isla un año o dos. Fuera el tiempo que fuera lo fue de placer. Y de belleza. Luego te ayudé a encontrar el camino de vuelta. Eso hacen las diosas con aquellos que saben amarlas.

Al fin y al cabo, «es así como se despide un Dios. Si estoy en su cabeza para siempre, estoy en su vida para siempre».

Recuerdo la noche que te leí poemas de Louise Glück justo después de hacer el amor. Tu semen aún deslizándose entre mis piernas y mis pezones tan sensibles que me dolían con solo rozarlos.

A veces me dueles, me dueles en forma de aburrimiento, que es la peor de las condenas. Te vas y el mundo se vuelve tan anodino que me cuesta reconocerlo y situarme en él. No importa que el día sea espléndido, pero no salgo del barrio, me tomo un vermú en el bar de abajo, leo una novela de aventuras, por complacer al autor, por leer en gallego, porque algo tengo que hacer además de beber al sol.

Subo colorada, un poco borracha, un poco perdida.

Quería hacerme a la mar y que fueras tú el que me echa de menos.

La tierra

Visitar iglesias es un bonito pasatiempo y también vale para resguardarnos del frío y arroparnos de belleza. En el Frari me fijo en un turista que toma notas frente a la tumba de Tiziano. Dicen que el pintor estaba trabajando en una Piedad que pensaba destinar a eso, a adornar su lugar de reposo eterno, pero no es el conjunto escultórico que estamos viendo. Me gustan las personas que visitan las tumbas de los muertos ilustres, aunque nunca esté claro si ahí abajo queda algún resto de lo que fueron. Mi favorita aquí es la de Monteverdi, que no se yergue sobre la tierra. Solo una lápida de piedra sobre el suelo de mármol.

El templo, más allá del ábside y bajo la figura de su esbelto campanario, tiene un jardín donde crece algún árbol. Adelfas, granados, azahares de China. Supongo que esos metros de tierra donde crece una exigua forma de naturaleza les haría felices a los nobles antiguos. Al revés de lo que sucede en otros lugares, los aristócratas venecianos no poseían tierras, o no todos, o no demasiadas. No las necesitaban. Eran comerciantes mucho antes que los burgueses, pero mejor. Más austeros ellos y más concienzudos, más aplicados, obedientes, morales y honestos.

Menos preparados para la alegría de vivir.

Atravesamos el bonito campo de San Tomà y seguimos hasta el embarcadero que lleva su nombre. Frente a él está el Palacio Mocénigo. Ahí pasó Byron su estancia en Venecia, también él en su declive, pero no por ello abandonando la máscara y el artificio ni las ganas de estar vivo, de morder hasta el delirio. Le cuento a mamá que una

de sus amantes más famosas fue La Fornarina, que se llamaba así porque su marido era hornero. Era joven, morena, hermosa e impetuosa. Cuando el lord se cansó de ella, la subió en una góndola para devolvérsela a su esposo. Ella, como tantas otras, se lanzó a las aguas. Pero no murió. Solo se la tragaron los callejones de Venecia.

El *settecento* fue el siglo de la decadencia veneciana. Pero si todo se desmorona a tu alrededor, es cuando más debes hacer por disfrutar, por estirar tu hálito, por hacer de tu existencia leyenda, por estimular el espíritu y la carne, por cumplir uno a uno los pecados capitales y luego ir a confesarse a una de las quinientas iglesias de la ciudad.

Supongo que eso hago yo ahora, intentar expiar mis pecados.

¿O eran errores?

Y supongo que eso hacíamos, vivirlo todo puesto que todo estaba perdido.

Devorarnos uno al otro hasta que no quedara nada.

Difícil de creer si no estabas allí

En nuestro calendario hubo muchos días marcados. Días en que la belleza era tan extraordinaria que nos dejaba boquiabiertos, boqueando como pececillos asustados. Son tantos que la memoria los va perdiendo, como las piezas de un puzle antiguo que se quedan atrapadas bajo el sofá y no vuelven a aparecer jamás.

Me gustaría pensar que, a pesar de esos agujeros, seremos capaces de sostener la imagen del castillo, aunque sea uno abandonado, con los torreones derruidos, el agua seca en el fondo del foso y los cuadros torcidos cubiertos de telarañas, pero que quede algo que podamos recordar.

Me gustaría pensar que te olvidarás de mí, pero no de lo que sentías por mí.

Que no te olvidarás, al menos, de aquella noche difícil de creer si no estabas allí.

Tú le pusiste ese título. Era mayo, habías vuelto de tu viaje y yo del mío. Mis amigas y yo habíamos paseado por alguna ciudad europea mientras tú cenabas con tu mujer en restaurantes con vistas al Mediterráneo. Me escribías todas las noches y todas las mañanas, y a veces me mandabas una foto con subtexto.

«Este tío está pensando en ti».

En la foto había una fuente barroca o una fachada renacentista y tú estabas sentado mirando a alguna parte. Y yo veía tu cara seria, tu mirada concentrada en algo, y ampliaba la imagen y pasaba los dedos por tu rostro buscando huellas de mí en algún lado, una pista que me hiciera entender qué significaba todo aquello.

En alguna de aquellas cenas con mucho vino y la vista

de alguna ruina ella te preguntó: «Esta te gusta mucho, ¿verdad?».

Lo que no sé es lo que decías tú en aquellas conversaciones. De eso solo tengo titulares, pero entiendo que seguramente hablabas mucho más de lo que tú creías, al fin y al cabo, te apetecería hablar de mí, como me pasaba a mí. A mis amigas las tenía aburridas con el mismo tema, les leía tus emails, les ponía tus canciones, durante meses fuiste mi único tema de conversación. Menos mal que tu ausencia coincidió con nuestro viaje y las tenía a ellas para reírnos por las calles de Varsovia.

Luego vendrían otras ausencias más difíciles de gestionar. Pero eso sería más tarde.

En ese momento era mayo y nos enamorábamos.

Una noche por fin pude recibirte con la misma parafernalia con la que solía recibir a mis amantes. Compré flores, velas, foie, un bogavante y me puse un liguero rojo bajo mi vestido camisero de raso.

Me apetecía, como era lógico, ser tu anfitriona después de tantas comidas en la gasolinera, pero hasta el último momento no creí que fuera a suceder, pensé que habría algo que lo impediría. Era sábado y tú vivías a doscientos kilómetros. Imaginé que al final llamarías para cancelarlo, pero no. Cuando me avisaste de que salías, solo entonces, me arreglé y preparé la mesa. Rodeada de libros, fotos y con la luz adecuada estaba preciosa, puesta con la mezcla perfecta de estilo y descuido. Quería pensar que mi casa y yo te causaríamos la misma buena impresión.

Te vi llegar por la ventana. Estabas guapísimo. Habías vuelto muy moreno de tus vacaciones y tu piel se veía oscurísima contra la camisa blanca. Te vi sin que me vieras. Te colocaste la americana tirando de las solapas, acomodándote en ella. Era una chaqueta de verano de un azul Klein que nunca te volví a ver.

Yo también tenía mis normas, pero igual que tú te saltaste las tuyas, yo me salté las mías. Un poco después de entrar nos besábamos en el pasillo, aunque mi protocolo exigía evitar el contacto hasta los postres. Todo saltaba por

los aires entre nosotros, sobre todo las buenas intenciones.

Me rozaste con tu mano, desde arriba hasta la cadera, y ahí percibiste las huellas del liguero. Nos reímos, abriste mucho los ojos y la cena se fue a la mierda. La risa y el deseo pudieron con ella. Te llevé a mi cuarto por primera vez. Aquella habitación del cuarto piso que a veces añoro. El viento sacudía las hojas del abedul y dibujaba sombras en la pared.

Me sentaste a horcajadas sobre ti y me dijiste, no sé por qué, «Tú eres una diosa, y las diosas escogen a sus compañeros».

Lo que no hacen las diosas es arroz con bogavante. El crustáceo quedó allí, muriendo lentamente sobre la encimera, al lado las verduritas cortadas y el caldo que había preparado por la tarde.

Volvimos a la sala. Era de madrugada y bailamos desnudos como si estuviéramos borrachos. No nos había dado tiempo a beber nada. A las cuatro de la mañana nos sentamos a la mesa, uno frente al otro. Abrimos la botella y comimos los entrantes. Me hablaste mucho rato de tu vida en un pasado remoto. Sería una constante en ti esa manera de irte muy atrás, como si estar conmigo fuera una forma de volver a un hombre que ya estaba en el presente. Me hablaste de un antiguo amigo. Llevabas años sin verlo y, al recordarlo, se te ocurrió que tal vez con él podrías haber tenido algo. Creo que me enamoré de ti en ese momento, cuando me hiciste aquella confidencia. Tú, un señor de otro tiempo, recio y testosterónico, tan elegante y tan masculino. Y tan capaz de sentir.

Te amé instantáneamente.

«No sé cómo voy a hacer, pero yo quiero vivir esto. Tengo que vivir esto». Lo dijiste mirando hacia la ventana, más para ti que para mí, quizás estabas viendo tu propio reflejo en el cristal y buscando dentro de ti una fórmula de evasión.

Un poco después te tiraste al suelo y yo me tiré detrás y amaneció como todos los días, y nosotros estábamos despiertos, exhaustos, agotados, emocionados. E

insatisfechos.

Nunca era suficiente.

A las diez de la mañana te fuiste. Te quedaban dos horas de camino y unos meses de zozobra, aunque lo segundo solo podías adivinarlo.

Te vi marchar con la americana al hombro y la camisa sin meter en los vaqueros. Me recordaste a aquel anuncio de un coche de los años ochenta. Un hombre salía del casino al amanecer después de haberlo perdido todo, con el esmoquin desarreglado, los bolsillos vacíos y la elegancia intacta.

VIDAS ÉPICAS

Antes de salir, mamá y yo desayunamos en el salón del hotel. Aunque no es lujoso, las mesas de formica están cubiertas de pulcros manteles blancos y están adornadas con unas palmatorias. Las velas sostenidas por angelotes dorados. Un estuco coral que vivió mejores tiempos cubre las paredes que aquí y allá tienen apliques con luces amarillas parpadeando sobre los espejos. Adoro este kitsch veneciano.

Hoy mamá se ha levantado sin energía y yo me pregunto si este viaje es tan buena idea. Tal vez sea solo el efecto de la pastilla que se toma para dormir.

Vivir acaba resultando agotador.

A cierta edad todos necesitamos de sustancias que acompañen nuestra existencia. Yo aún prefiero evitarlas, también ahora que tu ausencia se me clava como una saeta. «Saeta» era una palabra que usabas mucho en tus correos. Dice la RAE en su tercera acepción que saeta es «en una brújula, la flecha que se vuelve hacia el polo magnético». No tengo brújula, y mi saeta sigue apuntando en la misma dirección.

Almorzamos con ganas y sin prisa. De este viaje me gusta el tiempo lento, la sensación de que cada paso es importante y al mismo tiempo intrascendente, como cuando caminas por la naturaleza y te empapas de los olores y de la belleza sin tener prisa por llegar a alguna parte. Me gustaría morir así, como Robert Walser, y que alguien fotografiase mi cuerpo tendido sobre la nieve.

Miro el correo. No tengo la esperanza de ver tu nombre y, sin embargo, siento cierta aprensión cada vez que lo

abro.

¿Se puede sentir decepción y alivio al mismo tiempo?

Cada día de silencio es un paso más hacia la victoria, el silencio definitivo, cuando el dragón deje de rugir en las tripas.

Me escriben de la galería Metro. Quieren hacer una exposición con las fotos de casas abandonadas. Empecé con esto antes de conocerte, siempre me fascinaron los lugares y las cosas que guardan la memoria de otros que se fueron, que ya no están.

Las casas abandonadas tienen algo de civilización perdida. Puede que sus moradores no hayan construido grandes imperios, pero cada vida tiene su propia épica.

¿Seré yo parte de la tuya?

Herida

Aquel domingo, después de la noche difícil de creer, regresaste al coche, condujiste todo aquel largo camino de vuelta a casa sin haber dormido nada, aupado por la adrenalina. Te imagino bajando la velocidad en los últimos kilómetros, quizás abriendo las ventanillas para sentir el aire en el rostro, para combatir así la falta de sueño y para ahuyentar mi recuerdo un poco, matizarlo al menos o enfriarlo un ratito mientras abrías la puerta de tu casa y te enfrentabas a la mirada de tu mujer, que sería de reproche o de indiferencia en función de sus ganas de fingir, pero sobre todo sería una mirada de alivio porque estabas allí, habías vuelto al hogar y eso era lo único importante.

Qué sabe nadie de los motivos de Penélope.

En otra ocasión, más adelante, cuando venías a pasar alguna noche conmigo y traías tu muda para la jornada siguiente, te llevaste por error mis bragas, las metiste en tu bolsa con el calzoncillo y la camisa del día anterior por las prisas y el aturdimiento de la mañana después de aquellas madrugadas intensas e insomnes.

«Estuvo ella en casa», te dijo.

Tú lo negaste firmemente y por un instante quizás se ilusionó pensando que era la ropa interior de otra. Te la ofreció y la guardaste para devolvérmela. Venía dobladita y olía a vuestro suavizante. La cogí extrañada. «Qué clase de mujer lava las bragas de otra», me pregunté.

Quizás una que quiere dejar claro la insignificancia de esa otra mujer y del hecho de que su marido quiera refocilarse en ellas.

Seguro que tenía razón.

Pero eso fue meses después. Era la primera noche que pasabas fuera y aunque no habías dicho que venías de mi casa, era fácil suponerlo.

Al regresar te la encontraste despierta y dolorida. Se había caído, aunque no había salido de casa, y los postigos cerrados dejaban atrapado el olor a alcohol y a angustia que daba cuenta de lo larga y oscura que había sido la noche.

Me imaginé la botella vacía sobre la encimera y el blíster de pastillas sobre la mesilla. También el tropezón en la escalera.

Te pasaste la mañana haciéndole las curas con sentimiento de culpa por haberla dejado sola.

La herida se había infectado.

Supongo que a estas alturas habrá dejado de supurar.

INSOMNE

Pensé que por fin se habían acabado las noches en blanco, pero el insomnio persevera. Creo que es directamente proporcional a tu capacidad para perpetuarte en mi mente. Intento deshacerme de ti para seguir durmiendo —a mi piel ajada le vendría bien—, pero te has colado por rendijas recónditas a donde mi razón no consigue llegar y retirarte. Me gustaría hacerlo con un corte limpio que no dejase sangre ni recuerdos ni vísceras desparramadas, pero sé que eso ya no es posible.

No sé nada de ti y contemplo la escena con estupor, como si la protagonista de estos desvelos no fuera yo y no alcanzase a comprenderla, y con las ganas de apresar la emoción antes de la edad de hielo y quedarme en una canción, en una mirada, en una conversación, en un beso, en cada vez que aún cierro los ojos y deseo que metas la mano en mis bragas.

¿Alguna solución para todo esto?

Razón, aquí.

Desvelar secretos

La primera foto a una casa abandonada la hice hace muchísimos años, una vez que fui con mi padre a visitar el lugar donde había nacido. Yo tenía poco más de veinte años y acababa de abandonar la carrera de Derecho, donde me había matriculado por satisfacer a mi madre, que soñaba con tener hijos letrados, nunca entendí por qué, y también por intentar emular a mi hermano, que siempre iba abriendo camino con su perfección.

Mamá no se disgustó demasiado porque ya entonces empezaba a salir con el que sería mi marido, un hombre joven, serio, ordenado y formal, palabra que jamás he comprendido y que a ella le encanta. Era mayor que yo y estaba preparando oposiciones a notarías. Mi fracaso como estudiante quedaba compensado por mi capacidad para enamorar a un chico ideal. Cuando unos años después nos casamos con toda pompa y boato y nos fuimos a vivir a aquel piso heredado de la Rúa Nova, a mamá le pareció que todo estaba en su sitio, que había llegado al final del camino, como si en lugar de ser una joven con toda la vida por delante fuera un peregrino.

Papá nunca me vio fracasada, veía mis dudas y mis vueltas como riquezas, como si mis idas y venidas no fueran más que la demostración de mi fuerza, de mi capacidad para elegir. «Nunca es tarde para dar la vuelta», me decía, y era curioso porque él llevaba toda la vida haciendo lo mismo, transitando por el mismo camino y, sin embargo, comprendía mi alma llena de meandros como nadie.

Hasta que llegaste tú, que me veías por dentro como si no tuviera carne. Pero todas mis incertidumbres te dieron

miedo.

Me da rabia, pero no recuerdo por qué fuimos juntos aquel día hasta allí. Yo ya trabajaba con él y seguramente fuimos a hacer un reportaje a Ourense y al acabar decidimos hacer esa excursión. Pero no lo sé en realidad, los recuerdos apenas son aproximaciones.

De las características inevitables de la naturaleza humana, el olvido me resulta de lo más cruel.

Tengo la imagen, una real, del resultado del revelado de entonces y otra de cuya naturaleza no puedo estar segura en mi cabeza. Ambos estamos frente a una ruina, los restos de una casa pequeña que puede que en otro tiempo hubiera tenido un patio trasero. Imposible aventurarse en la maleza que hay detrás. El techo y parte del muro se han caído. Una escalera diminuta conduce a ninguna parte, como si fuera una de esas creaciones de arte efímero. Un árbol de hinojo crece dentro y alcanza los azulejos de lo que habrá sido una cocina o un baño. Los helechos, descontrolados, avanzan por todas partes, cubriendo vigas derruidas que se amontonan como troncos sobre una hoguera de hierba. Una silla carcomida se mantiene erguida en el único resto estable del piso superior. En ese momento ya nadie vivía en ese lugar, todo el pueblo era ya un sitio abandonado, un camino mal asfaltado con una hilera de casitas comidas por el tiempo. Pudimos caminar hasta el río, donde su abuelo le daba agua con la gorra cuando era casi un bebé, antes de irse a Argentina. Me pareció que aquel lugar guardaba toda la memoria perdida de mi familia, que me entroncaba con las generaciones pasadas, condenadas al olvido en las familias humildes, que son incapaces de recordar los nombres más allá de una generación.

Me encantaría contarte que aquí, sobre esta mesa del desayuno en un hotel cualquiera de Venecia, percibí un recuerdo que tenía sepultado. Aquel día que visitamos la casa de la infancia también fuimos al cementerio, y mi padre depositó sobre una tumba una fotografía de aquellas que yo recordaba haberle visto revelar con mucho cuidado.

Nunca supe quién era. Si la foto la había hecho él, no estaba yo presente, pero recuerdo que me llamó la atención porque no era un retrato azaroso y común como los demás. Supongo que los niños tienen un sexto sentido que les hace percibir la realidad.

Miro a mi madre, que come una macedonia de fruta muy poco de temporada, y estoy a punto de preguntarle si recuerda a una mujer llamada Carmen. Entonces levanta la vista y me sonríe, como si hiciera horas o días que no nos vemos. Hay paz en esa mirada y creo que es mucho mejor no avivar ciertos recuerdos.

Y mucho menos desvelar secretos.

El amor de la gente mayor

A ti, como a mi madre, también te gustaba hablar con cualquiera. Te seguirá gustando, supongo.

Antes de venir a Venecia me crucé con el chico que trabajaba en aquel bar de la Rúa do Franco. Habíamos salido después de haber pasado la tarde navegando en mi cama. ¿Te acuerdas?

Tú te pusiste mis bragas y yo tus calzoncillos, y nos fuimos a charlar apoyados en las barras. No sé cómo, entablaste conversación con él, lo hacías con la misma naturalidad que mi madre. Tenía el pelo largo y se lo retiraba de la cara de una forma muy graciosa, con las dos manos. Llevaba un crucifijo grande colgado del cuello y nos contó que era de su padre, que cuando era niño lo usaba para abrir los mejillones en la playa.

Eso fue hace mucho y no había vuelto allí desde aquella noche. Me extrañó que me reconociera, pero al mismo tiempo no me sorprendió: esa noche desprendíamos luz, parecíamos antorchas, o mejor, luciérnagas.

Parecíamos animales en extinción.

Al salir nos besamos allí mismo, apoyados contra el muro de piedra, como si no hubiéramos pasado la tarde entera haciéndolo en mi habitación. Una pandilla de chavales pasó a nuestro lado. Uno dijo en alto:

—Qué bonito es el amor de la gente mayor.

La primavera dentro

Entre todas aquellas canciones había una que era la nuestra. Tú lo decidiste en alguna de aquellas primeras semanas enviándomela una y otra vez.

Contigo.

«Y la casa en calma, el corazón contento, diciembre está en la calle, la primavera dentro», decía José Mercé con aquella voz que ofrece un nuevo significado a las palabras, como si se estiraran y se llenaran de contenidos que van más allá de su acepción concreta. Eso hace la música, supongo, y la voz de algunos es un instrumento poderoso.

No he podido volver a escucharla.

Aquella primavera se nos quedó metida dentro y estallaba en todas aquellas horas que pasábamos juntos y que se nos desvanecían entre los dedos como dientes de león. Nos íbamos siempre con la sensación de que un hechizo nos había robado el tiempo, que se evaporaba como la lluvia de aquella tarde mítica que pasamos besándonos en la playa. El orballo no cesaba, caía sobre nosotros como si fuera pegamento invisible, nuestras ropas empapadas y nuestras bocas incapaces de separarse, solo para reírnos un poco o para vernos los ojos justo en el momento en que nuestros labios se daban una tregua. Raro momento, porque éramos incansables, inasequibles, incombustibles.

No conocíamos la palabra «pereza» ni la palabra «fin».

Aquel día no fuimos al hotel, no sé por qué, seguramente yo tenía la regla, y después de comer en nuestro lugar de siempre, fuimos en tu coche a dar un paseo hasta el mar, que no estaba muy lejos. Aparcamos y

salimos ajenos a la humedad, al gris y a todo, excepto a la belleza. La belleza del entorno y nuestra propia belleza. Podría haber empezado la tercera guerra mundial y nos habría sido indiferente.

La playa era enorme y salvaje. El mar era una fiesta ruidosa, con su confeti blanco saliendo de las olas. Caía una lluvia suave y tenaz. En la pasarela solo nos cruzamos con una chica con paraguas que atravesó la duna y se metió en la arena con su libro en la mano. Nos extrañamos y nos reímos, como si quedarnos allí de pie sobre el puente de madera abrazándonos durante horas fuese un comportamiento más normal que el suyo.

Cuando nuestras ropas estaban completamente caladas, volvimos al coche, a trompicones, andar a dos es difícil, y separarnos unos centímetros no parecía una opción. El camino estaba rodeado de duna, de brezo, de hinojo marino.

Al llegar pusiste la calefacción, abriste las ventanas y me dijiste que te casarías conmigo en ese instante.

Una bandada de pájaros echó el vuelo. Seguí con la vista la figura matemática que dibujaban en el cielo.

Nunca he entendido cómo son capaces de hacerlo.

Futuro

Quizás en aquella primavera albergamos algo de futuro, aunque nos pesaba tanto que no fuimos capaces de sostenerlo.

«Voy a por ti», me dijiste una noche, una de esas insomnes e infinitas que se nos escurrían entre las manos con su cruel brevedad. Estábamos en una casa prestada, en tu ciudad. Saliste a cenar con tus amigos y yo te esperé allí. Te abrí la puerta y al verme te tiraste al suelo, tuve que recogerte entre risas del pasillo. Te había impresionado mi belleza, decías, me veías y colapsabas, decías, te parecía una diosa o una Virgen, decías.

Yo era una señora bastante corriente, quizás atractiva y con cierta sensualidad, pero normal. El amor lo convierte todo en extraordinario. Lo cierto es que yo me hubiese tirado encima de ti en aquel corredor, como hicimos otras veces en lugares poco indicados, pero me dio reparo alterarle el vecindario a mi amiga Mónica. Nos pasamos la noche dando vueltas en aquella cama, como si nosotros mismos fuéramos la saeta de esa brújula que nunca se detenía.

Voy a por ti.

Lo recuerdo bien, estabas sobre mí y, al menos en mi memoria, ya había amanecido. Los edificios del otro lado del patio de luces se recortaban contra el sol de la mañana, la cama estaba totalmente revuelta, con el edredón y las almohadas por el suelo. Detrás de ti, sobre la cómoda, veía la sonrisa de mi amiga vestida con un sari dentro de un marco de madera. Te apoyaste sobre un brazo y con el dedo de la mano derecha me tocaste la nariz.

Hablaste, como hacías a veces, como si el mundo entero dependiera de tu voluntad, como si tu ofrecimiento fuera una limosna.

Me hirvió la sangre y saqué mi espada.

—Puedes esperar de mí amor, pero no seguridad.

—Cómo me dices eso.

Te enfadaste, aunque no dejaste brotar tu ira, que se te dibujó como una mancha en los ojos, un vertido de petróleo que inevitablemente lo ensuciaría todo. Duró un instante, pero recuerdo bien el negro tiñendo tu mirada. Solo te contuviste porque en aquel momento todavía tenías pánico a perderme.

Y yo a ti.

Cada palabra fuera de lugar entre nosotros era un terremoto y el miedo nos hacía volver a nuestra esencia, siempre regresando a nuestra lucha, como si nuestra naturaleza de tigres se impusiera siempre a nuestra capacidad de amar.

El mismo instinto que nos hacía estar buscándonos sin denuedo nos hacía separarnos cuando estábamos a punto de fusionarnos.

Para amarte tanto como te amaba no necesitaba tus dádivas de futuro y tampoco quería ofrecerte el mío, ni negártelo.

Yo quería tu presente sin darte avales de futuro.

Tú querías mi futuro sin darme avales de presente.

JARDINES

En el parque Savorgnan no hay nadie. Solo las copas desnudas de los árboles. Parece increíble que puedan sobrevivir a este invierno crudo, pero lo harán.

Están los abetos, que mantienen sus hojas tristes y oscuras. No sé por qué alguien se empeña en plantar árboles de hoja perenne. Odio esa capacidad de permanecer siempre igual, solo crecer un poco, imperceptiblemente, y seguir ahí, cada día igual que el anterior. Odio su estabilidad, que escamotea la belleza del cambio, de la caída, del resurgimiento, de la melancolía del otoño y del renacimiento de la primavera, de la austeridad del invierno.

Aun en la escasez del frío, mamá reconoce las hayas, las encinas, un roble diminuto, un tilo americano. Parecen centenarios y totalmente excéntricos. Ellos han sabido crecer sin tener dónde echar raíces.

Mamá pone nombre a las plantas y yo recuerdo aquella tarde en Santo Domingo de Bonaval. Era otoño, un otoño incipiente que asomaba en ramas amarillas. Nos tumbamos bajo un castaño y enseguida estábamos besándonos como adolescentes, pero no nos fuimos a casa a follar, nunca queríamos hacerlo si no teníamos por delante muchas horas. A ti te molestaba que yo sugiriera uno rápido y sucio.

¿No es eso lo que hacen los amantes?

Lo habíamos intentado una vez, follar con prisas, reducirlo a un calentón, al principio de todo, en tu coche, ¿te acuerdas? Solo teníamos que apartar las bragas un poco, sentarme encima de tu polla, un par de empujones y ya. No fue posible. Me bajaste la falda, que se había dado la vuelta

como una sombrilla en la playa, y saliste a colocarte la camisa dentro del pantalón mientras yo recogía mis cabellos uno por uno, como si fuera una forense, para no dejar huellas.

No le di importancia, pero tú me explicaste un poco más tarde que así no podía ser, que tú necesitabas otra cosa de mí, que para follarme necesitabas cerciorarte de que eras tú y solo tú, asegurarte de que mi cuerpo solo atendía a tu llamada, que debías saber que tú no eras uno más en la lista inacabable de mis amantes.

Bajo el castaño de Bonaval ya ni siquiera me importaba el sexo. El deseo lo ocupaba todo, se extendía milimétrico por mi cuerpo, que parecía haber desarrollado nuevas membranas de arriba abajo.

Nosotros enteros éramos animales en celo, verdaderos salvajes, tanto que tú querías convertir lo que fuera que sucedía entre nosotros en casto, suavizarlo, hacerlo infantil, al menos juvenil, algo menos primario y más primigenio, el principio de algo, la posibilidad, el sueño, la prolongación. La ternura.

Aun así, no dejaste de meterme la mano en las bragas. Mi coño parecía una fraga. Un niño pequeño se acercó y se quedó mirándonos. Lo ignoramos y seguimos besándonos. Un viento arrastró las hojas que llovieron sobre nosotros como el confeti en una fiesta de cumpleaños. Nos reíamos de pura felicidad, una felicidad inconsciente y antigua que surgía de alguna parte profunda, como las raíces de aquellos robles centenarios que nos daban cobijo.

No sé qué día fue ni por qué no pasamos la tarde en casa, seguramente la niña estaba conmigo y solo teníamos unas horas para estar juntos. No sé cómo llegamos allí ni qué hicimos después. En mi recuerdo solo está aquel escenario verde y ocre y las tumbas vacías a lo lejos.

Así me he quedado yo, como uno de esos nichos de Bonaval que ni siquiera tienen huesos de otros siglos, solo un agujero oscuro.

«Mamá —le digo de pronto—, hoy iremos a ver todos los árboles de Venecia».

YA ES EL FUTURO

Ya es el futuro y llevo cincuenta y cinco días sin verte. Cuento los días y te cuento cómo es mi presente sin ti. Quizás tú también me escribas alguna vez sin darle al botón de enviar. Solo por la costumbre, por la inercia, por la fuerza que arrastra a un cuerpo incluso después de echar el freno.

Mi abuela me contaba la historia de una mujer de su aldea. Se llamaba Dosinda, hay nombres que nunca se olvidan. La pobre Dosinda se puso de parto. Entonces y en aquel lugar el médico no era una opción. Casi puedo ver la casa de mampostería, una puerta con los marcos torcidos y un cristal estallado por donde sibila el viento. Al cruzarla, una estancia pequeña, la *lareira* con los restos de la lumbre. Al fondo una cortina y detrás de ella, una alcoba sin ventana. No sé por qué me la imagino sin ventana. Al lado del catre, un orinal de cerámica. Es blanco con el borde azul. El suelo es de tierra pisada. Sobre el colchón, Dosinda se retuerce de dolor. El marido, porque habría un marido, ha ido a buscar a la partera. Cuando llega pide agua caliente, como en las películas. Hay más mujeres en la escena y una que sabe. La que sabe se da cuenta enseguida de que el bebé está atravesado en el vientre. Que fuese capaz de verlo no significó que fuese capaz de revertir la situación. Después de horas de sufrimiento, la embarazada desiste y exhala su último suspiro.

Durante unos instantes, la criatura siguió moviéndose en la barriga de su madre muerta.

Nosotros estamos muertos y una criatura sigue viviendo en mi cuerpo. Paso las horas esperando que se dé

por vencida, que abra los ojos en mi vientre y vea que no hay nada que la alimente, que se ha roto el cordón umbilical o ese hilo rojo que me unía con una vida que ya no existe. Que me falta tu aliento, tu voz, tus besos, tus historias, tus silencios, tu ausencia, cuando era reversible.

A veces ese hilo que nos unía se escondía en el laberinto y allí dentro se volvía invisible. Eran los días de neveras o de distancias, eran los días de silencios y de huidas, pero nunca, ni siquiera en aquellas ocasiones, soltábamos las puntas al otro lado, aun sin vernos, aun sin entendernos sentíamos esa corriente que corría a través de él. Cuando por fin nos teníamos frente a frente, el hilo se ovillaba en nuestros labios y cosía nuestras bocas con aquel beso que nunca acabamos de darnos.

Ahora lo hemos soltado, tú lo has hecho, yo lo he hecho y, sin embargo, cuando abro la mano aún lo encuentro ahí.

VIRGEN CON NIÑO

Con esa nada silenciosa atravesada en mí, entro con mamá a la Scuola Grande di San Rocco. Sentimos la calidez, aunque la temperatura no alcanza el calor de las calefacciones intensas de los restaurantes. Me imagino que la temperatura será siempre la misma, verano e invierno, una velocidad de crucero calórico que proteja las obras de arte que hay por todas partes.

En las escaleras me detengo ante una lápida de piedra que recuerda el año de la peste. No sé de cuál, porque en esta isla a donde llegaban todos los barcos cada dos por tres había un año de la peste. Mirar al mar y a los mundos lejanos a veces trae esas cosas. Hubo una particularmente dura y, después de ella, se levantó este edificio en honor a san Roque, un hombre que se contagió después de haberse dedicado en cuerpo y alma a atender a los enfermos. Lo salvó su perro, que sale con él en todas las imágenes.

En la primera planta hay pinturas de Tintoretto por todas partes. Cogemos uno de los espejos que ofrecen para mirar al techo. Los personajes parecen a punto de caer sobre nosotras, que reímos en el espejo donde se nos ven las papadas arrugadas y la piel ajada y enrojecida por el frío bajo aquella cúpula de obras maestras.

Me río, pero podría llorar. Esta vez no por ti, sino por el paso del tiempo. Mamá lo aceptó siempre de forma natural, como todo en la vida. Nunca se tiñó el pelo y, a medida que le nacía blanco, primero como un rayo que le atravesaba la cabeza de medio lado y que poco a poco le cubrió toda la cabellera como lo harán las nieves en el Serengueti, parecía cada vez más hermosa.

Se lo digo, que cada vez está más guapa, y se ríe más añadiendo lo que dice siempre. Que ella nunca lo fue, que nosotros salimos así por papá, que de joven era como un actor de Hollywood, que la belleza tiene mal otoño y que a cambio de esa juventud insulsa puede ahora envejecer bien. Y que guapa o no, está cansada. Es decirlo y sentarse en una silla. Es una de esas plegables y de tela que está en una esquina. Seguramente es el lugar de descanso del vigilante, pero da igual. Allí la dejo.

En el camino hacia la sala del tesoro coincido con una chica que carga a un bebé. Me fijo en ella porque es bastante joven y porque le va leyendo a su criatura el folleto explicativo. Se lo susurra como si fuera una nana, sin levantar la voz, pero casi cantando. Delante tenemos un Giorgione esplendoroso bajo un Tiziano que me gusta menos. Ninguna de las dos dedica mucho tiempo a mirar los cuadros. Ella porque está muy concentrada en estimular los sentidos de su hijo, o simplemente quiere pasar un rato tranquila y sin llantos, y yo porque los tengo a ellos captando mi atención. Ella, delgada y firme; él, rollizo y suave. Ambos rubios y de ojos azules. Una Virgen con niño. Y la magia que la voz de esa madre produce. Un efecto sedante y multiplicador.

Como hacía tu voz en mí.

Voz azul

Tu voz, tu voz, echo de menos tu voz, que me susurres como hacía esa madre hoy con su niño. Lo llevaba agarrado a su pecho, sostenido por una mochila que se cerraba a su espalda. Frente a nosotras aquel Giorgione tan hermoso, un Cristo con su cruz muy delicado, como la voz de ella que le hablaba y le hablaba al niño, quizás le explicaba el cuadro o le explicaba la vida con su timbre de madre. El bebé era gordito y bastante grande, tendría siete u ocho meses, y sobresalía mucho sobre su cuerpo joven, rubio, delgado, fibroso, francés. Me pregunté qué haría allí una mujer sola cargando con una criatura en la ciudad menos práctica del mundo. Me pregunté qué hago yo cargando siempre con tu recuerdo, que no es un recuerdo, es una presencia, un fardo enorme que me acompaña a todas partes. Deberían cobrarme doble en los trenes y en los aviones y en las butacas del cine donde voy a veces a llorar, y en la iglesia de San Simeone, donde tal vez vaya mañana o pasado a escuchar *Las cuatro estaciones* de Vivaldi y a meter una moneda en la ranura y que se haga la luz sobre *La última cena* que pintó Tintoretto allá al fondo, o más bien al principio, que todo depende de por dónde entres y por dónde salgas, y yo también recuerdo la última vez, nuestra última vez, aunque no sé quién era Jesús y quién, Judas. Te recuerdo a ti diciendo «Te quiero» y diciendo «Adiós», nuestra última vez confundida con la primera, como me confundo yo con las puertas de las iglesias y con los pintores venecianos que nacieron en casas de color naranja que asomaban a canales verdes y a cielos azules, cielos azul de Prusia, como decías que era mi voz cuando estaba seria,

cuando te hablaba de un libro, una foto o una exposición, de una guerra o de un artículo sobre la peste que asoló Venecia y la dejó casi muerta como tú me dejaste a mí. «Tienes la voz azul», me decías, como el cielo pintado tras la figura de los emperadores montados a caballo, un azul armadura, un azul poder que te pone lejos, que viene de lejos, de este sitio donde estoy, bordeando el agujero que dejó el meteorito que aterrizó cuando te fuiste, que no sé cuándo fue porque siempre nos estábamos yendo y del espacio nunca cayó la kriptonita que nos habría hecho invencibles y yo allí, subida sobre el corcel, solo pienso en el miedo a todas las batallas y en el color rojo de mi voz cuando te hablaba de amor, cuando te suplicaba y me arrodillaba sobre reclinatorios invisibles y tú seguías pensando en el azul eléctrico de las tormentas, aunque el rojo se asomaba a veces, pocas veces, pero muy rojo, teatral como las telas de Fortuny, y quizás entonces, cuando aparecía el grana en mi voz, pensabas en meterme la mano en las bragas y susurrarme o gritarme al oído que soy tuya, y así estoy, quieta esperando tu voz, como ese niño espera la de su madre, obediente y sumisa y llena de brumas, como el rostro del Cristo de Giorgione, que lleva su cruz envuelto en niebla. Como yo.

La vida no es una novela

Si esto fuera una novela, debería contar esta historia con orden, de manera que la pudieras entender, pero la vida no es una novela, no se rige por las normas de planteamiento, nudo y desenlace, y los capítulos rara vez son autoconclusivos, sigues adelante arrastrando las preguntas sin responder, sigues adelante esperando que llegue el día en que dejes de buscar respuestas. En el amor, además, es ridículo buscar explicaciones. Ni siquiera sabemos por qué dos personas se encuentran y tienen la necesidad de echarse a correr una hacia la otra, por qué sucede con esa persona y no con otra. Yo sé por qué me gustas, por qué me gustarás siempre, puedo explicarlo como puedo explicar el mecanismo de una cámara de fotos. Papá destripó una para mí cuando era pequeña, la desmontó con cuidado, como un forense haciendo una autopsia.

Supongo que eso es lo que hago yo, apartar todos los elementos con el escalpelo y examinarlos uno a uno, pero es la emoción la que lo distorsiona todo.

HOTEL EUROPA

Cuando atardece estamos a los pies de la Salute. En el cielo de Venecia solo quedan los últimos colores de la jornada, unos que el universo parece guardar solo para esta ciudad, tan imposibles como ella misma, capaz de pasarse del naranja mandarina al rosa cereza y llegar en un suspiro a un púrpura clerical que la envuelve como una casulla.

Mamá y yo nos quedamos quietas y en silencio a la orilla del canal, no sé si paralizadas por el frío o por la belleza. Algunos turistas revolotean por allí, nerviosos, intentando aprovechar los restos del día, la ausencia de lluvia, pretendiendo apresar las imágenes reflejadas en su retina para compartirlas en Instagram.

Misión imposible, como es imposible explicar el sol o la mecánica del amor.

También yo debería dejar de intentar contarnos, contarme, contarte, y decirte solo que nada parece perturbar la perfección de este instante, ni siquiera el motor del *vaporetto* que se detiene ahora mismo a unos metros de nosotras. El hombre que ata y desata los cabos grita el nombre de la parada, pero nadie se baja. Los turistas se adentran con prisa en el barco temiendo la noche que se acerca, pero mamá y yo seguimos quietas, apenas mecidas por un temblor, como los pilotes de madera que protegen a las góndolas en los embarcaderos que desde aquí parecen lanzas en un cuadro de Velázquez.

Al otro lado del canal está el hotel Europa. Ahora lleva además el nombre de una gran cadena de establecimientos turísticos, pero sigue siendo el lugar donde se alojó Proust en su viaje. No estuvo demasiado tiempo aquí, pero unos

pocos días de estancia fueron suficientes para que la ciudad estuviera muy presente en su búsqueda de los tiempos perdidos.

He visto una foto suya sentado en una vieja terraza de madera que ya no existe. Tiene el codo apoyado en el respaldo de una sencilla silla de mimbre y extiende la mirada hacia lo lejos, quizás hacia la basílica diseñada por Palladio, pero no parece ver nada. Con la mano en la boca en un gesto ausente, parece estar ausente. Dicen que se pasó el viaje pensando en Albertine y leyendo a Ruskin, y como en esa imagen no está leyendo, imagino que estaba pensando en ella, en la mujer soñada y vestida de Fortuny que, como tú, también era un fantasma en Venecia.

Un olor

No hace mucho mi amiga María me habló de un hombre al que amaba. Era una de esas pasiones que no se explican muy bien, hay algo que las desata y, aunque enseguida nada parece tener sentido, ya no hay manera de volver atrás.

«Ahora está muerto y enterrado», me dijo. Sonreí pensando que ojalá no le lleve flores a la tumba a su cadáver. No se lo merece, nunca se lo mereció. Solo era un narcisista que quería jugar. Aquel tipo ni siquiera merece tener una lápida en el cementerio.

Hablamos de eso, de esa ola que te arrastra y en lugar de querer volver corriendo a la orilla, lo único que deseas es nadar un poco más.

Me contó que en las ocasiones en que durmió a su lado, al despertarse percibía su olor e inmediatamente empezaba a sentir una angustia terrible porque sabía lo que venía después, la indiferencia o el desapego, la pérdida, la ausencia de ese cuerpo, ese y no otro, que desprendía ese aroma que parecía estar destilado solo para ella. Lo aspiraba y sentía la furia y la falta, la fuerza y la flaqueza, el cielo y el infierno, como en un soneto de Lope de Vega.

Quizás el amor es un olor. Solo eso.

Se juega

Hace tanto frío que no tengo problemas para encontrar sitio en la proa del barco. Mamá me advierte: «Vas a coger una pulmonía». La ignoro y me siento con las manos en los bolsillos del plumífero.

El último instante que pasé contigo también tenía las manos en los bolsillos. Ibas a abrazarme, pero al ver mi gesto lo imitaste.

Llovía, siempre llueve en las escenas de adiós.

Ahora no llueve, aunque el frío parece una presencia corporal, una fuerza que cambia el ritmo de la sangre y te araña los labios, pero yo resisto la intemperie.

El *vaporetto* avanza despacio en dirección a Piazzale Roma. Los trabajadores vuelven a sus pisos de Mestre después de sus jornadas y los turistas ya estarán cenando *pizza* en los restaurantes de sus hoteles.

Las luces de los palacios se reflejan en el agua, que parece estar llena de bamboleantes peces amarillos.

La fachada del casino luce esplendorosa. Allí trabajaba la protagonista de *La pasión*, esa novela perfecta de Jeanette Winterson. La joven pelirroja e hija del barquero que también remaba por estas aguas sedosas y llenas de escamas se enamoró de una mujer casada. En aquella casa donde solo pasó nueve noches, perdió su corazón.

Siguió adelante sin él.

«Se juega, se gana. Se juega, se pierde. Se juega».

La ternura

Me gusta esta esquina de Castello en la que no estuve nunca, sus edificios ordenados, que tendrán algunos siglos menos que en otra parte, pero dejan ver sus ladrillos corroídos y la ropa tendida de lado a lado a la que no le encuentro demasiado sentido más que el artístico, porque la humedad es feroz y dudo que este aire pueda secar nada, más bien empapar del olor a sal que llega cuando sube la marea, me gusta caminar por la orilla de este pequeño canal y ver las mesas de ese bar desplegadas en la terraza a pesar de que el agua penetra en cada embestida, me gusta cruzarme con ese anciano con andador y pensar en lo cruel que es a veces la belleza, y ver la fachada de esa iglesia que aparece cuando menos te lo esperas y cómo tuerce la esquina una chica muy bien vestida, haciendo honor al pasado elegante de esta ciudad, la ciudad de las tres mil prostitutas que, quién sabe, quizás vivían en casas como estas y se asomaban a las ventanas, como esa señora que llama a gritos a alguien que debe de ser su padre. El viejo se gira con parsimonia y sigue retirando las algas de una red que parece tener cien años, como él.

«Debe estar conservado en frío», le digo a mamá, que se acerca a preguntarle qué es lo que pesca.

Tú también lo harías, estoy segura.

No se entienden lo más mínimo y levantan mucho la voz, como si su problema fuera de sordera y no de lengua. El viejo le enseña una pieza, un pescado grande que agarra orgulloso por la cola, y mamá le hace muchas fiestas con su risa contagiosa. Admiro esa capacidad de tratar con las personas, de tener siempre una mano tendida, de construir

puentes, aunque sea en otro idioma, de poseer la ternura, ese lenguaje universal. La observo y pienso que he pasado demasiado tiempo de mi vida intentando no parecerme a ella, creyendo que la dulzura es sumisión, que la ternura es debilidad, que la bondad es vulnerabilidad.

Tanto tiempo equivocándome.

No puedo evitar elucubrar que, si la hubieses conocido, quizás te habrías quedado conmigo.

El verano

Nunca me gustó el verano. Desde pequeña siempre me pareció que era una fiesta para otros, a los que les sucedían cosas maravillosas, mientras yo empleaba las horas extendiendo la vista sobre la ciudad y sobre el jardín, que era bonito sobre el papel y lo es ahora en la memoria, pero entonces solo era escenario de aquellos días larguísimos, que se volvían pegajosos como refrescos que se han quedado demasiado tiempo en el vaso sin que nadie los beba. Yo leía novelas debajo del sauce y añoraba el otoño, que siempre me gustó más, como si la lluvia y la caída de la hoja albergara una promesa que solo me pertenecía a mí.

Cuando te conocí, la llegada del verano se convirtió en una amenaza aterradora que hacía que nos afilásemos las uñas de aquella forma tan sofisticada y sutil, siempre preparados para la batalla y siempre listos para arañarnos sin perder la compostura, haciendo como que no pasaba nada. El verano suponía una nevera larguísima y yo ya te había advertido que no pensaba pasarme un mes intercambiando mensajes de amor con un hombre que tomaba el sol a mil kilómetros de distancia con su mujer al lado haciéndole cosquillas en la pantorrilla. Así me lo imaginaba.

Mi declaración de intenciones te pareció de guerra. Estábamos sentados uno al lado del otro en el mismo asiento de *skay*, en el bar de la gasolinera que bien podría haber estado en una carretera perdida de Wisconsin, solo faltaba el azucarero de cristal y la camarera con mandil blanco y el pelo mal teñido pasando la jarra de café. Era más patrio, con jamonera en la barra y pinchos de tortilla

con la caña, y un resto de migas y servilletas por el suelo de terrazo.

Se te cruzó la ira por el rostro a toda velocidad, vi tus ganas de mandarme a algún lugar lejano detenerse en tu cuerpo, que de repente se tensó como un arco. Antes de enviar la flecha te levantaste y te fuiste a la barra a pedir otro *gin-tonic*. Cuando volviste a la mesa brindamos y cambiamos de tema, uno cualquiera que no nos hiciera colisionar.

Siempre fuimos dos trenes a punto de embestirse. Deseábamos estar allí más que ninguna otra cosa y deseábamos huir de allí con más temor del que nunca habíamos tenido.

Me gustaría pensar que un día podremos hablar de todo aquello, del amor y la furia, del deseo y la competición. Las escenas de amor, de pasmo, esos momentos en los que boqueábamos como pececillos ante nuestra propia sorpresa; esas nos las contamos muchas veces, pero las de derrape no, las de caos no. Siempre era interior y disimulado.

Un tigre no muestra las heridas hasta que está moribundo.

Recuerdo una noche que pasamos juntos. Era julio y agosto se nos venía encima como un alud. Quizás nosotros gobernábamos el Titanic y desde el puesto de mando ya veíamos el iceberg y sabíamos que no podríamos hacer nada para evitarlo. Estábamos dispuestos a ser como los músicos y tocar imperturbables hasta el final, pero a veces nos salía la mezquindad de los ricos que se lanzaron a los botes salvavidas.

Fuimos excelsos y patéticos, aquel verano.

«Si te lías con alguien este verano, se corta esto y ya. Se hace un torniquete y ya se curará la hemorragia».

Después de soltar aquella bomba en la cama, saltaste de ella hacia el baño como quien huye de una explosión. Yo me callé para que aquel edificio no saltase por los aires y te dije sin abrir la boca:

«Pero quién coño te crees que eres».

Carnaval

Hace tanto frío que ya ni lo siento, y no es el frío de fuera que se cuelga en las copas desnudas de los árboles y en las caras de piedra que parece que se retuercen en las cornisas de los palacios, quizás riéndose de los turistas que intentamos huir por un rato de nuestras miserias caminando por ciudades llenas de pasado que ya lo han vivido todo y no nos necesitan para nada, solo para acentuar su decadencia, para escenificar su tiempo, que ya pasó.

Quizás eso nos pasó a nosotros, todo este deseo a destiempo cuando ya nada era posible porque teníamos todo hecho. O lo tenías tú, más bien. Yo deshago los nudos constantemente, excepto este, que me aprieta el pecho como si estuvieras tirando del cordón del corpiño, uno como este que veo ahora en un escaparate de Rialto.

Es un vestido dieciochesco, uno de verdad, con las telas gruesas de brocados de seda y vivos de encaje por todas partes, con sus enaguas y su miriñaque a los lados y una gran piedra imitando a una gema preciosa en el escote. Parece estar pensado para que un caballero refocile su rostro allí tras el cortinaje del fondo mientras suena música de Monteverdi que otra dama canta para los invitados en un *palazzo* cualquiera.

Le digo a mamá que me gustaría ponérmelo y ella me anima a que vuelva en Carnaval, y quizás lo haga, pero para eso alguien tendría que invitarme a alguna fiesta. Incluso ahora no dejo de ser así de fantasiosa: llego a una ciudad y me imagino que me invitan a todas las fiestas, aunque llueva a cántaros y no haya taxis en ningún lado y

todo salga mal, como les pasaba a los cronopios en los cuentos de Cortázar.

De todas maneras, me sorprende que me empuje a salir, a vivir, ella que siempre ha tendido a los lazos cortos, a la contención, a señalarme caminos estrechos y de poco recorrido. La miro de reojo, sorprendida, pero ella sube ligera las escaleras entre unas docenas de turistas que sacan fotos, ansiosos, al recodo más famoso de la ciudad, que parece inhóspita por todas partes menos allí.

Enseguida descendemos hacia el otro lado. Está anocheciendo y el amarillo de las luces escintila en el canal, que tiene el trasiego de la jornada que casi se acaba.

Allí, en una casa naranja, pasó Goethe una primavera, al menos eso reza la placa que hay en la fachada. Le digo a mamá que ese señor escribió una obra sobre un hombre que se quitaba la vida por amor y que estaba tan bien escrita que una ola de suicidios recorrió Europa. De repente todos querían ser el joven Werther y pegarse un tiro con pistolas prestadas porque no soportaban ver a la mujer amada con otro.

Mamá mira el edificio y luego me mira a mí, por un instante parece preocupada. Debe estar calibrando la naturaleza de mi dolor, que intento disimular como si llevara puesta la máscara más sofisticada de Venecia, una con una nariz enorme y puntiaguda y llena de plumas que no dejan ver el rostro, apenas un brillo turbio que inevitablemente arroja la pupila.

Enseguida descarta la posibilidad y la carne de los pómulos se le distiende, ahora relajada. Debe haber calibrado que siempre he sido una persona demasiado viva y no le falta razón.

Son todas estas ganas de vivirte a ti las que me están matando.

TODO LO BELLO ES TERRIBLE

La belleza es ver cómo me miras, o me mirabas, o mirarnos y saber que estábamos viendo el infinito y que el infinito se nos escapaba de las manos, pero sabiendo también que no podemos dejar de mirarlo, de intentar apresarlo, aunque sea un instante, ese en el que nos besamos y al separarnos la noria sigue, y seguimos siendo profetas del mañana y seguimos huyendo, porque siempre estamos huyendo, pero nunca nos vamos porque nadie en su sano juicio da la espalda a la belleza, o a lo mejor es al revés, nadie en su sano juicio la mira de frente, como nosotros hicimos, porque, si te asomas demasiado, se queda en ti para siempre y no habrá descanso hasta que asumamos, hasta que yo asuma, que la belleza debe morir.

Sol de invierno

Ha salido un sol tibio que ha teñido los cielos de un añil hermosísimo que me parece que solo existe en Venecia. En Venecia y en aquel aparcamiento de polígono donde nos despedíamos bajo cielos endrinos frente a las puertas de un taller de ruedas de camiones. Nunca un cielo me parecerá tan bello como aquel; en su defecto, están los cielos de Venecia.

Mamá florece con el sol, como si sus huesos recuperaran el calcio perdido. Pronto mi menopausia hará lo mismo conmigo, pero por ahora estoy bien, arrastrando este cuerpo lleno de vida.

Los turistas aparecen con el sol, como salidos de la nada. La Riva degli Schiavoni es un burbujear de gentes. Quizás salen de los barcos que están amarrados un poco más adelante, frente a los *giardini*. La fachada palladiana de San Giorgio Maggiore refulge de blancura y belleza, las gaviotas revolotean sobre las góndolas y los gondoleros esperan abrigados a los huéspedes del hotel Danieli.

Le digo a mamá que la próxima vez que venga me alojaré ahí. Ella lo mira de reojo y con cierta aprensión. Aprecia su grandiosidad, pero le hace sentir pequeña. Jamás iría, aunque pudiera permitírselo. Su austeridad y las buenas elecciones de papá hacen que ahora yo no tenga muchas preocupaciones.

Quizás por eso pierdo el tiempo en el amor.

¿Hay algo más burgués?

No me interesa el lujo, pero tal vez cuando vuelva me aloje una noche ahí, en ese lugar que guarda la memoria de los amantes de Venecia. En realidad, George Sand y Alfred

de Musset no llegaron aquí en su mejor momento. Le cuento a mamá la historia, el resumen superfluo que recuerdo. Ella era mayor que él, estaba casada y tenía hijos, pero decidió marcharse a vivir la vida literaria y romántica. Obviamente, eso sí que era burgués, pero también valiente, porque ella, por mucho seudónimo que usara, era mujer.

De Musset era más joven que ella, talentoso y brillante, y ambos se enamoraron de esa manera loca, o no, que hace que nunca quieras que acabe, incluso cuando acaba.

En Venecia, el joven Alfred enfermó y su amante lo cuidó devotamente, preocupándose de que lo atendiera cada día el doctor Pagello. Me lo imagino entrando con su maletín de auténtica piel veneciana, que es lo que rezan los carteles de las tiendas que hay por todas partes, y auscultando al convaleciente antes de tomarse un té con la dama, que lo observaba cada día más interesada en que fuera a ella a quien tocasen esas manos medicinales.

Creo que un día le escribió una carta de amor y así se enteró el doctor de que había ligado, o, dicho en decimonónico, conseguido el favor de la dama.

Enfermo y todo, De Musset se dio cuenta del papel que le había tocado en la trama y, con la fiebre recuperada de golpe, salió por patas.

George se quedó con su amante veneciano y más tarde lo llevó a París, hasta que Pagello se dio cuenta de que hay relaciones que no se rompen tan fácilmente, que se entierran sin estar muertas o se mueren sin estar enterradas.

Sacrificio

Sacrificio es una peli de Tarkovski. Me enviaste la escena de la que hablabas, una de las más hermosas que habías visto. La música, la belleza, toda la locura, todo el miedo, toda la esperanza.

Decías que te habías tropezado con ella por casualidad, como conmigo, que quizás la hubieras estado buscando siempre, como a mí. Que la habías visto antes y que la olvidaste, que creías recordar el amor, haberlo vivido, haberlo sentido, aunque seguramente le había faltado la música, como a esa escena que en YouTube se te apareció con los acordes de Bach al fondo.

La música, unas pocas palabras y dejar hablar al fuego. «Que hable la pasión —decías—, que hable la vida». Incluso en un árbol seco puede renacer la vida, puede haber una primavera inesperada y también que los árboles más frondosos sacrifiquen sus flores y se abran las venas para dejar salir la savia y volver a brotar con todo su esplendor por una nueva esperanza.

Yo no entendía nada, pero te escuchaba hipnotizada.

Ahora busco la escena mientras en la habitación solo suena la voz de mamá, su tarareo y el secador de pelo, y el ruido de mis pensamientos, que se aceleran con los recuerdos.

¿De qué sacrifico hablabas? ¿Eras tú el que se sacrificaba o era yo la ofrenda para algún otro sacrificio?

Busco el mensaje, es así como me documento para este exvoto con el que no sé si pretendo hacer que te mueras o que sigas vivo.

Abro el enlace y me envuelve un fragmento de *La*

pasión según san Mateo que acompaña tan bien a esas imágenes de desolación, sí, unos campos anegados y una casa en llamas, y un hombre perturbado por el dolor que se deja caer de rodillas en el limo de esa tierra oscura y de penumbra, y luego corre desesperado sobre esa hierba ahogada en fango porque quizás es su mano la que ha prendido el fuego y da vueltas intentando rehuir un destino de locura que lo alcanza y lo lleva en una ambulancia antigua y psiquiátrica que atraviesa la escena camino hacia la nada.

Y sí, es hermosísima esa mirada desquiciada, pero no sé dónde está la primavera ni la savia nueva ni el renacer de los árboles muertos ni si eres tú o soy yo la de la camisa de fuerza, pero la imagen es perfecta para mí.

Pura desolación.

Censura

Mucho después de irse de Venecia, Sand escribirá sobre su vida, todos los escritores lo hacen en mayor o menor medida. Quería publicar la correspondencia entre ambos, pero corregida, pasada por su propia censura. Queremos mostrarnos, pero no tanto.

Lo que de verdad sucede entre dos amantes es tan absurdo, tan carente de sentido y tan vergonzoso que ha de quedar necesariamente entre dos.

Ella quiso dejar la mejor versión de sí misma, y no sé si lo consiguió del todo. Unos la vieron como una manipuladora que quería disfrutar de su nuevo amante sin cortar los hilos que la unían con el anterior. Otros, en cambio, la ven como la víctima de una pasión desaforada en la que el que marcaba las cartas era él y ella solo seguía el ritmo, como quien sigue los pasos de un minué.

Y esa diferencia de criterios la tuvieron las gentes al leer los mismos textos.

Cuál es la versión que ella habría preferido, qué imagen pretendía dar, no lo sé, pero casi nunca podemos escoger lo que los demás opinan de nosotros, por mucho que nos empeñemos en dirigir la mirada hacia los lados. A veces incluso escogemos mal la dirección del foco y la luz se muestra precisamente en el sitio menos oportuno para el fin que queríamos conseguir.

Yo quería que me amases sin necesidad de fiarte de mí.

Y lo hiciste. Jamás confiaste en mí.

El evangelio según nuestras cartas

Dice aquel poema de Margarit que nunca debes deshacerte de las cartas de amor porque algún día serán la única literatura que tengas. Según esto, soy rica en literatura, tanto que aún no he sido capaz de releer todo lo que nos escribimos. Es tal la abundancia que podríamos habernos quedado sepultados bajo palabras.

Quizás fue eso lo que sucedió.

Aquella segunda primavera, la de la desesperanza, nos escribimos más que nunca, si es que ese «más» era posible.

Allí estábamos, enredados en nuestras palabras, en nuestro amor, que tal vez era real, aunque la realidad se empeñaba en esconderlo. Nos mandábamos el enésimo correo, el enésimo grito, la súplica, una batería de deseos escondidos entre el mar y las gaviotas. Tú me hablabas del Somme, por el insomnio y también por la batalla, por aquella carnicería de tamaño gigante y también por nuestras trincheras, hablábamos de nuestras guerras galantes, de aquellos generales que se citaban para las batallas y acudían al campo a la hora indicada ataviados con uniformes de colores e incluso con plumas en ellos, del frío, del barro y del agua, y del silbato que en cualquier momento sonaba y entonces nos preparábamos para salir con la bayoneta calada a tierra de nadie, intentando avanzar entre los muertos, que éramos nosotros, procurando no enredarnos con alambres ni pisar ninguna mina, porque incluso muertos teníamos pánico al último obús que nos hiciera desaparecer para siempre.

Luchábamos contra la madrugada y contra la memoria, insomnes en medio de un campo de batalla que nadie

conoce y esperando al siguiente combate, recordando el último disparo en forma de correo, la última ráfaga en forma de canción, intentos de negociación telefónica y alguna carga a pecho descubierto en camas que escapaban de forma tan violenta y tan hermosa que hasta el armisticio daba miedo.

Nuestras cartas, en realidad, no explican nada, muy al contrario, son tan oscuras como nosotros.

INSOMNIO VENECIANO

Me gustan los hoteles, aunque no sean lujosos como este, que no lo es, pero tiene como todos ellos el encanto de los lugares efímeros y también posee ese aire decadente de haber vivido tiempos mejores, como la ciudad entera. Supongo que me empiezan a gustar las cosas cuando ya no son del todo, cuando ya no están en su mejor momento.

En el amor las cosas no funcionan así, lo que primero es fuego enseguida se convierte en carbón, lo que quema luego tizna, ensucia. Eso decía aquel personaje de *Vida y destino*. O el narrador, no lo recuerdo. Pienso, mientras me revuelvo en la cama, que apenas tengo lecturas para los próximos días, aunque es verdad que no puedo eludir el insomnio leyendo por no molestar a mamá, que duerme sosegadamente acunada en los brazos del omeprazol.

Me levanto, me pongo las zapatillas de hotel y una chaqueta gruesa sobre la combinación y salgo al pasillo. Los únicos sonidos son los del viento al sacudir aparatos en los patios o la tela de los toldos en las cornisas, y la madera que cruje y estalla aquí y allá. No hago ruido porque piso la alfombra granate que cubre corredores y escaleras. De vez en cuando un espejo borroso me devuelve mi imagen bajo la luz cálida de los apliques de cristal. Estoy despeinada, con el pelo hecho un nido en la parte superior de la cabeza. Solo me faltan los pájaros, aunque algo me dice que siguen allí. Si arrastrase una botella agarrada por el cuello, sería la viva imagen de una perdedora de película, una *looser*, como dicen mis sobrinas.

—Que conste que una copa de vino si me tomaba.

Lo dije en alto, a veces hablo sola, ya sabes, y una voz

contestó a mi espalda. Era Alessandro, el recepcionista. «Casi me matas de un susto», protesté, agarrándome el pecho con la mano e ignorando que estaba semidesnuda.

—Podemos tomar ese vino —me dijo—. Ven.

Lo hice.

Nunca dejará de fascinarme la seguridad que tenéis los hombres, que no dudáis de vuestras posibilidades aunque no haya ningún motivo para creer en ellas, hasta que, a la hora de la verdad, salen todas las cobardías. Pero no deja de llamar la atención esa herencia patriarcal que se ha convertido con los siglos en huella genética, y sigo observándola siempre como una entomóloga observaría a un bicho desconocido atrapado en el ámbar.

Bajamos dos pisos, pasamos frente a la recepción y caminamos hasta el comedor. Estaba cerrado, pero él metió la mano en un bolsillo y sacó un manojo de llaves, como si fuera la mismísima Rebecca en Manderley. En aquella estancia la temperatura era ligeramente más baja y me cerré la chaqueta con las manos. Solo ahí me di cuenta de la pinta espantosa que ofrecía y de que iba en ropa interior. No me importó demasiado, solo lamenté no haberme puesto crema en las piernas, que de repente sentí tirantes, como si la piel se me hubiera secado de golpe, pero me encogí de hombros y lo seguí en la penumbra. El espacio se veía diferente sin la luz del día, con ese aire de abandono que tienen los lugares trasegados cuando se quedan a solas. Me pregunté si para Alessandro yo también tendría esa misma apariencia.

Me indicó dónde sentarme y yo obedecí sin rechistar, creo que lo habría hecho igual aunque hubiese señalado el suelo. Lo observé retirarse a la cocina. Empujó unas puertas batientes y desapareció unos minutos para regresar con una botella. Llevaba el traje perfectamente arreglado a pesar de que eran las tres de la mañana. Parecía uno de esos hombres metódicos que se retiran con cuidado y precisión cualquier mota que se atreva a posarse en su vestimenta.

Me lo imaginé doblando la ropa y colocándola cuidadosamente sobre la silla antes de follar. Qué horror.

Las únicas luces venían de fuera. Tras las ventanas estaba la terraza, con sus plantas sufriendo con el viento. La lluvia velaba los cristales y solo se veían luces amarillas, sombras inciertas y la silueta fantasmal de los edificios al otro lado del canal.

De un aparador cogió un mantel y dos copas. Para extenderlo lo hizo volar muy alto, agarrándolo con suavidad y firmeza por las esquinas. Era todo extraño, como si yo fuera una espectadora de una película de esas que apenas tiene guion y que yo detesto porque en la vida real las personas hablan, aunque no digan nada. En general, tenemos horror a los silencios.

Cuando por fin se sentó, con las piernas cruzadas y la silla algo alejada de la mesa, y tuvimos vino en las copas, levantó la suya e hizo un brindis.

—Por las tormentas.

—Por las tormentas. —Levanté mi copa mirándolo a los ojos.

Al beber, los cerré.

Lo oscuro

Me paso el tiempo recordando la belleza, lo luminoso, el resplandor de la alegría, la electricidad de la piel, el latido de la carne, las burbujas de la sangre, que solo espesaba cuando te ibas y en mi cabeza empezaba a tomar forma lo oscuro.

Aquel día de felicidad y funeral, en algún momento debiste de mandar un wasap a casa para avisar que no ibas esa noche a dormir, algo escueto y a escondidas, de la misma manera que te esconderías en casa para escribirme a mí aquellos largos emails diarios. Siempre me he preguntado cómo lo hacías, pero de ese tema no hablamos nunca, no me pertenecía.

Lo cotidiano siempre estaba vetado en nuestras conversaciones. Edificábamos nuestra existencia en un limbo extraño.

Cuando estabas conmigo, me tratabas como si no existiera nada más que yo, nada que esconder. A veces me daba pudor que me llevaras de la mano por Santiago. Tú eras tan fantasma en mi vida como yo en la tuya. Apenas un puñado de amigas sabían de tu existencia y alguna menos de tu importancia, que yo siempre relativizaba.

Una mujer educada no va por ahí enseñando sus tripas.

Temía que nos viera la niña, sus amigas o mi exmarido, pero al mismo tiempo estaba contenta, era lo natural, caminar y besarnos en cualquier esquina.

También en tu ciudad nos hemos besado. En la estación de tren, en el monte de San Pedro, frente a la iglesia de San Nicolás, tirados en el suelo aquella madrugada en la calle Orillamar, con la policía pasando y a

punto de parar, frente a la puerta de un colegio en Juana de Vega una tarde en horario escolar.

Recuerdo una mañana que estábamos enroscados en aquella calle triste del barrio de Barcelona y una mujer agarrada a sus bolsas de la compra nos dijo: «*E logo, non é moi temprano para iso*».

Lo cierto es que nunca era temprano ni tarde, solo existía la presencia y la ausencia. Nos besábamos sin disimulo y no importaba dónde, cuál fuera el escenario, si mi casa o una calle cualquiera, céntrica o de barrio, porque cuando llevábamos un rato juntos, te envolvía una niebla que hacía que se te olvidase todo, que había otro mundo, otra vida, tu verdadera vida, que no era yo.

Nunca fui yo.

Aquella forma tuya de no esconderme me hacía sentir muy bien, pero también me confundía.

Tenías que haberme metido en el trastero donde en verdad estaba, no pasearme a la luz del día y despedirme besándome en un parque lleno de rosales que olían a mi infancia.

Los besos

Nosotros, como Venecia y el derecho mercantil, estábamos hechos de palabras. La frase se la robo a Félix de Azúa, ya sabes, leo, camino con mamá y pierdo el tiempo y el dinero. Ambas cosas son finitas y conviene gastarlas a tiempo, mientras se pueda.

Sin embargo, las pocas veces que te hacía preguntas, preguntas concretas que esperaban respuestas comunes, corrientes, sencillas, me contestabas con frases ampulosas rechazando la fuerza de la palabra que, según tú, no podía sustituir jamás a la explicación que contiene un beso.

Utilizabas mil palabras para esconder tu incapacidad o tu no deseo de decir las palabras sencillas, pegadas a la tierra.

Sí, a quién le interesa la explicación científica de lo que es el Sol cuando tiene la explicación poética. Estoy de acuerdo, pero si hablamos de hechos, nosotros apenas existimos. Nosotros fuimos el universo de palabras que creábamos constantemente para explicar lo que no entendíamos o para darle forma a algo que no sabíamos si queríamos vivir. Era mejor escondernos en esa bóveda de frases que no se acababan nunca y, de vez en cuando, alimentarla con los hechos.

Y sí, nada como un beso.

Besarnos se nos daba tan bien que un fotógrafo no se resistió aquella noche a captarnos con su cámara. Esperó a que nos separáramos un instante y nos pidió permiso. Supongo que imaginó que esa pasión adolescente en cuerpos maduros era adúltera. No era difícil, toda aquella ansia no parecía muy compatible con la vida cotidiana.

Supongo que todo se reduce a la simpleza y el nihilismo de volcarse en la novedad que provoca el amor sabiendo de antemano que solo es posible la decepción, pero mientras esta no llega, todo es épico, pletórico y, además, no me vale esa explicación cínica; llegará, pero no la quiero ahora que aún veo esa foto y siento tu boca dándome aliento, tu boca como el único lugar habitable del universo, tu boca que encajaba perfectamente en la mía, como si en otra vida ambas hubiesen formado parte de una misma pieza, dos fósiles que se encuentran de nuevo después de eras geológicas separados, perdidos.

Eso era un beso, y no nos llegaba la palabra, no me llega ahora que hace tanto que no te acercas, y no hay palabra en aquella imagen nocturna de dos amantes que le pedí a mi colega que me mandase. Él no sabe que llevábamos mucho rato juntos, nadie puede imaginar al verla que ya habíamos reído, comido, follado, bebido, hablado y besado durante horas.

No me canso de mirarla. Tiene toda la fuerza del instante, se ve la noche húmeda de Compostela, casi se oye la música, quizás nuestros latidos sonando al ritmo de la Berenguela, la piedra nos acoge, nos envuelve como un útero, y se aprecia muy bien que no existe ninguna otra cosa en el mundo, solo están los amantes y su beso.

Leo

Al final mamá me lo ha dicho. Llevaba todo el día un poco rara, evasiva y al mismo tiempo más entusiasta que de costumbre. Ella, que es de emoción fácil y curiosa, pero nunca histriónica y nada estentórea en sus expresiones, siempre dulce y amable, pero contenida.

O más bien conteniéndome a mí.

Creo que siempre le ha asustado mi alegría insatisfecha, mi búsqueda de algo que ni yo misma sé qué es, mi nihilismo y mis ganas de vivir, como si temiera que un exceso de deseo vital es siempre sinónimo de decepción, es perseguir lo que ya sabes que no existe. Nunca entendió mi tendencia al exceso y al mismo tiempo mi distancia con todo. No la culpo, yo tampoco la entiendo, no me entiendo, pero entiendo mucho menos a los que tienen el sendero marcado, los que nunca se equivocan, los que ordenan su mente como Marie Kondo los armarios.

Y hoy estaba expansiva, no en su amor, que me demuestra siempre de esa manera tan natural, que da como si fuera ese su destino, amar. Me refiero a que estaba empujándome, dándome alas y no cortándomelas, no recordándome lo importantes que son las madres para sus hijas y más si son adolescentes, no recordándome que debo ahorrar, aunque ahora hayamos vendido el solar que heredamos de papá y tengamos una vida, sin lujos, resuelta, advirtiéndome de que bebo demasiado vino, aunque delante de ella apenas tome una copa, reprendiéndome porque pierdo demasiado tiempo en proyectos artísticos que no van a ninguna parte mientras debería estar haciendo más bodas y bautizos, como la hija de su amiga Nieves, que

se está forrando en Vigo.

Hoy no, hoy me ha preguntado si tengo ya la fecha de la exposición, si voy a ir pronto de viaje con mis amigas, si voy a tontear un poco con Alessandro, el recepcionista.

Estábamos sentadas en un bar de *cicchetti* de la calle del Traghetto, frente a un lateral de la iglesia de San Tomà. Era moderno y bien iluminado, con el suelo de mármol en dos colores que tienen todos los lugares de Venecia: las iglesias, los hoteles, los comercios y hasta los bares de carretera si hubiera carretera.

Yo pedí un vino tinto y ella, una cerveza *alla espina*. Le dio un trago largo y la espuma se le quedó dibujada en la boca. Me recordó a Leo en aquel viaje a París. Guardo por ahí una foto que le saqué, con el bigote que el chocolate le dejó en los labios. Era otoño y tampoco aquel fin de semana paraba de llover. Se lo dije a mamá, con la voz nostálgica que se nos pone a las madres cuando hablamos de nuestros hijos, que ya no están porque nunca más serán esos niños.

Se revolvió en la silla y le dio otro trago a la cerveza. La calefacción estaba muy alta y nos fuimos quitando capas de chaquetas. Mi menopausia también ayuda a pasar el frío.

Y por fin lo dijo.

Que era muy rica Leo, que estaba creciendo adorablemente, que lo había hecho muy bien como madre.

Eso me puso en guardia, porque sé que, si algo cuestiona ella, es mi forma de ser madre. La miré para que siguiera, me cogió la mano. Si hubiera sido una comedia, habría dicho que se mascaba la tragedia.

—Yo la llamé ayer, pero no me contestó. Me mandó un wasap lleno de emoticonos y, de remate, un «Te quiero», como suele hacer cuando se me quiere quitar de encima. Ahora los adolescentes se pasan la vida diciendo «Te quiero». No saben lo malo que es manosear una palabra —le dije.

—Pues sí, hablamos —siguió mi madre—. Estaba contenta porque Julia y su padre se van a casar.

Me pareció que Venecia se hundía un poquito más bajo mis pies.

JULIA

Sé quién es Julia, pero le he dado tan poca importancia que no te he hablado nunca de ella. Tampoco a mis amigas. Me dirás tú que qué me importa lo que haga mi exmarido y es verdad, no debería importarme, pero todo estaba bien así. Él haciendo su vida, yo haciendo mi vida, la niña cambiando de casa y pasando cada vez más tiempo en la suya, comiendo todos juntos de vez en cuando, poniendo un único árbol de Navidad, en su casa, por supuesto, que mis guirnaldas son tristes y desganadas y compradas a toda prisa en los chinos. Hacerlo porque Leo me dice irónicamente, y con esa sonrisa de medio lado que le marca un hoyuelo en el lado izquierdo y la hace irresistible, «Por supuesto que ponemos el árbol, que somos una familia tradicional», y nos reímos, nos reímos ella y yo, cómplices en el desastre, en mi desastre, y el día elegido me abren la puerta, y Pablo lleva un mandil lleno de harina y en la casa huele a bizcocho y a naranja y yo, como siempre, no llevo nada porque estoy ocupada pensando en algo, pensando en ti, pero entro con mis manos vacías y vamos juntas al trastero y trasegamos entre los restos de la familia que fuimos, y encuentro aquella figurita que compramos en un viaje a Viena, cuando estaba tan embarazada que tenía que parar a hacer pis en todos los cafés, y le cuento a Leo una vez más que de Viena apenas vi nada, salvo los baños de todos los lugares y la tarta Sacher que no paraba de comer, acuciada por el hambre y por las hormonas, y que era muy feliz de llevarla allí dentro a visitar los escusados de los palacios, y ella se ríe y le sacamos el polvo a la pastorcilla, que lleva una cesta con ropa limpia o con ropa sucia, eso no

lo sé, y un escote generoso que hará que se le vean las tetas cuando llegue al río y por eso la compramos, porque a Pablo le recordaba a la noche en que nos besamos por primera vez, que siempre dice que le costaba mantenerme la mirada porque le era imposible desviar la suya de mi canalillo y yo creo que exagera, pero qué es la vida sin hipérbole y sin memoria y sin un lugar al que volver, y cuando acabamos y nos sentamos juntos a ver *Love Actually* por enésima vez, siento que aún pertenezco a algo, que aún tengo un lugar a donde volver, aunque haya ido quemando mis naves y papá ya no esté; papá, que era la red invisible que me permitía estar siempre allá arriba, saltando como un gato por los tejados; papá, que me adoraba y me hacía sentir segura, invencible, inmortal, pero murió y aún no me lo explico, y algo se rompió dentro de mí, se hizo añicos, pero quedaba Pablo y esa casa de la que me fui, y a veces me pregunto por qué lo hice, y a veces, después del champán que tomamos porque el árbol nos ha quedado precioso y la pastorcilla está sola sobre la chimenea esperando a que alguien le mire las tetas; a veces me cuelo en las habitaciones y abro los armarios y alguno aún guarda un resto mío y la ropa blanca está ordenada y todo parece estar en su sitio, y en el baño de Leo hay un *gloss* de labios y me sorprende, porque igual está creciendo y yo aún no me he enterado, y en el de Pablo está su perfume de siempre, el mismo que utiliza desde los veinte años, no como yo, que cambio de colonia constantemente y no le tengo apego a nada, pero me gusta pensar que aún queda un lugar al que volver, quizás sin puentes y sin naves, pero volver a nado y que me den una toalla para secarme y un albornoz para quitarme la ropa, y me arrebujaría en una esquina, como el gato que vuelve de sus aventuras consciente de que las sietes vidas ya pasaron, pero al lado del perfume ya no hay solo un cepillo de dientes, sino dos, y seguramente eléctricos porque Julia es protésico dental, que podía ser cualquier cosa, qué sé yo, escritora o bailarina o visitadora médica y pasarse el día comiendo en restaurantes y sufriendo la gota de las comilonas, pero no,

es protésico dental y en sus ratos libres, nutricionista, y ahora preparan un menú equilibrado y van juntos a correr y se besan frente a la estatua de Valle-Inclán, para recordar el día en que se conocieron allí mismo haciendo estiramientos con sus músculos perfectos, y Julia es guay, eso me dice Leo, y yo me alegro por ella y por Pablo y por la higiene dental y por la diabetes que no tendrán, me alegro mucho, de verdad, solo es que ya no tengo un lugar a donde volver.

Funerales

Estuve a punto de contárselo a mamá, pero me detuve a tiempo, no puedo decirle a nadie que el día más feliz de mi vida fue aquel en que fuimos juntos a un entierro.

En aquella época estabas trabajando en esa ciudad de puerto y glorioso pasado y yo iba a despedir a la madre de una amiga.

Organizamos una cita para comer. Era un poco obscena la ilusión con la que cogí el coche para ir hasta allí, lejos de Santiago, un compromiso que solo tienes por el amor que le profesas a la persona que pierde la tierra firme bajo sus pies. Eso es la orfandad. Yo quería abrazar a mi amiga, claro, pero, aunque me avergonzaba un poco, lo cierto es que estaba contenta de tener una excusa, por otra parte nada necesaria, para acercarme a ti.

Reservaste en algún sitio en el centro, no recuerdo cómo se llamaba, pero sí recuerdo nuestras manos unidas sobre el mantel en la sobremesa. Tus manos, que adoro por esa forma que tienen de echarse a volar y porque son la única parte de tu cuerpo que denota tu edad.

Creo que hasta tengo una foto de ese momento. A nuestro lado hay una mancha púrpura en el mantel. Supongo que comimos pescado y vino tinto y las horas pasaron en un suspiro.

Llegó la hora de irnos, siempre llegaba demasiado pronto, yo debía ir a la ceremonia y tú, de vuelta a casa.

En el bar ya no había nadie, solo los camareros recogiendo y nosotros intentando estirar el tiempo. Recuerdo que llovía y que en la puerta nos miramos a los ojos y, sin hablar, robamos un paraguas. Salimos casi

corriendo, como si fuéramos delincuentes, y sin parar de reír.

Solo lo hicimos para besarnos.

«Voy contigo», dijiste. Y paraste un taxi, porque el paraguas, una vez abierto, era un desastre. Le dimos la dirección con alegría y sabiendo que ya llegábamos tarde.

Nuestro talante era totalmente festivo, nada acorde con el lugar a donde íbamos, pero no podíamos evitarlo. Nos besamos mucho rato antes de entrar en la iglesia, como si tuviéramos que hacer acopio para aguantar una larga travesía. Por fin entramos y nos sentamos al fondo, al lado de un chico que tocaba un organillo. El recinto era moderno y muy iluminado, nada que ver con las iglesias oscuras y llenas de telas e imágenes barrocas que hay por todas partes en Galicia. El dolor de los que habían perdido a su madre, a su hermana, a su amiga, a su mujer, era el mismo, pero yo solo podía sentir aquella felicidad que me estallaba en el pecho. Tú me cogías de la mano y de vez en cuando nos besábamos furtivamente como dos colegiales.

Al acabar la misa saludamos a María, que estaba desolada y sorprendida de verte allí: «Pero ¿es él?». El resto de los amigos no sabían de tu existencia, el único hombre con el que me habían visto sin que fuera para irme con él en la madrugada, era mi exmarido. Te saludaron muy amables y tú a ellos. Nos fuimos a tomar una cerveza para alargar el momento de acompañar a alguien que ha perdido a un ser querido. Departimos aquí y allá, abracé a María, que me preguntó cómo es que habías venido, yo me encogí de hombros, no sabía qué responderle. Marta me dijo: «¡Qué guapo es!». Y yo me sentí más orgullosa que cuando me lo dicen de mi hija, un orgullo absurdo que surge de un lado completamente irracional. Tú hablabas con alguien que se ocupó de darte conversación en un sitio que no era el tuyo y luego nos despedimos de todos, que se quedarían pensando que, por fin, después de tantos años, empezaba a salir con alguien.

Se equivocaban.

Pero aquella noche salimos de allí y nos besamos en

todas las calles, dando vueltas con nuestro paraguas robado y roto, y fuimos a cenar tortilla a un bar en el que solo había una señora con el pelo cardado y vestida de lila que bebía en silencio mirando a la tele apagada.

Después nos fuimos a un hotel, uno de esos pequeños y céntricos que seguramente habrá construido un emigrante retornado en el solar que compró con sus ahorros de largos años trabajando en Suiza o en Alemania, y sin reformar desde los años setenta. Tú ni siquiera llevabas cepillo de dientes ni una camisa para cambiarte al día siguiente.

No recuerdo si follamos una, dos o tres veces, pero recuerdo las cortinas blancas, la persiana casi cerrada y tus ojos abiertos sobre mí a la mañana siguiente, tan felices y despiertos como la noche anterior.

«¿Te apetece fornicar?».

Y la risa de nuevo, y el sexo de nuevo, y tú duchándote y saliendo a trabajar y yo quedándome un ratito más entre las sábanas, regocijándome, y un poco después salir a buscarte para desayunar.

El bar donde quedamos también era setentero, porque todo en esa ciudad parece de otro tiempo, y cuando llegaste me pareciste el hombre más guapo del universo, aunque llevabas la misma ropa del día anterior y tu boca no olía a dentífrico. Me besaste en los labios y sonreíste a la camarera, que no parecía tan seducida como yo y siguió hablando con una clienta de una compra que pretendía hacer en Amazon.

No había nadie más que nosotros y, en lugar de comprar a sus vecinos, que a su vez irían más a consumir allí, la mujer compra por internet. Nos pareció absurdo, pero más absurda era esa felicidad arrolladora que permanecía en nosotros en ese lugar trasnochado y feo, sentados a una mesa de formica y tomando café en tazas desconchadas.

Te acompañé hasta la puerta del trabajo y nos besamos allí mismo.

—Qué bonito es esto —dijiste.

—Hoy parecemos novios —dije yo.

—Somos novios.

Me lo creí hasta que encendí el motor del coche. Ahí, con el rugido del viejo trasto de papá, se rompió el hechizo, pero, había sucedido.

Nunca podré confesarle a mi amiga que el día que enterró a su madre fue el más feliz de mi vida.

El fantasma de Venecia

El hotel está casi vacío. Lo sé porque en el desayuno apenas nos cruzamos con nadie y porque me lo dice Alessandro. Puede tomarse el vino conmigo porque sabe que todos los huéspedes ya están en sus cuartos.

—Y dónde si no, con este tiempo desolador y esta oscuridad recalcitrante que luce Venecia por las noches.

Creo que no entiende el adjetivo, aunque habla bien el castellano, estuvo un año trabajando en Lanzarote y otro en Mallorca, también ha trabajado en Cerdeña y en Irlanda para practicar el inglés. Se ve que es un hombre de islas.

Las islas se forman por la erupción de un volcán. Nuestro volcán fue devastador, pero creó dos islas. Siempre fuimos dos islas. Nos encontrábamos a mitad del puente que construimos para unirlas, pero volvíamos indefectiblemente a ellas, sabiendo que nuestra naturaleza juntos era esa.

Me gustaría vivir este momento sin que estuvieras presente.

Que dejases de ser el fantasma de Venecia.

Una mujer normal no puede admitir que ve fantasmas, así que bebo vino y me intereso por Alessandro. Hay algo en él que me recuerda a ti, aunque no os parecéis en nada. Es más joven, tiene la tez y el pelo más claros que tú, bueno, eso no, porque tus canas empiezan a cubrirlo por completo. Quizás cuando vuelva a verte, por una casualidad de esas que la vida nos ofrece, lo tengas ya blanco. Espero, al menos, que ese día imaginario ya no sienta deseos de meter mis manos en tus rizos.

El cabello de Alessandro es liso y abundante. La barba

también, aunque más recia. Le pregunto si de pequeño era pelirrojo. Me mira sorprendido. Le he interrumpido con mi absurda pregunta mientras me hablaba de otras cosas. Me disculpo con una sonrisa y me acerco para señalarle un pelo rojo. Lo toco sin saber muy bien por qué me atrevo a ese gesto de intimidad que lo cambia todo. Noto como se modifica su expresión corporal, como se relaja y al mismo tiempo se infla imperceptiblemente, y se acerca a la mesa hasta poner los codos en ella, aunque yo inmediatamente vuelvo a recostarme en mi silla y a cruzar las piernas dispuesta a escuchar su historia. Lo animo con preguntas. A todos nos gusta que nos escuchen, pero los hombres solo queréis tener un auditorio. Para ligar no hace falta más que eso, saber hacer las preguntas adecuadas y simular un interés inusitado por el individuo que tienes enfrente. A otros se les da bien dibujar o hacer gimnasia y a mí se me da bien seducir porque sé que el secreto no es lo que yo sea, sino lo que les hago ver de sí mismos. Si se gustan cuando están conmigo, les gustaré yo. Y hacer eso con un hombre es tan fácil como atarse los cordones de los zapatos.

No me interesa nada Alessandro, ni nadie; si se levantase y se fuese, me daría exactamente igual, y si se queda y dentro de un rato me besa, también me dará exactamente igual, pero habré vivido, alguna sensación habrá recorrido mi piel y, tal vez, quién sabe, de algún placer disfrutará mi carne. Pero no es nada de eso. Lo hago de un modo natural, instintivo, sin que medie el pensamiento, y sé que es narcisista por mi parte alimentarme de ese deseo fugaz que sé despertar en el otro, pero ¿y qué?

La lluvia y los amantes

En las películas de Woody Allen la lluvia siempre es protagonista. También Nueva York, claro. Con esos dos elementos y actores guapos, ya no necesitas mucho más para construir algo bonito.

Nosotros no teníamos Manhattan, pero éramos agradables de ver y Santiago tiene su encanto incluso bajo el aguacero.

En la mayoría de aquellas tardes y aquellas noches llovía, de una manera o de otra, con los mil nombres que el agua al caer de las nubes tiene en Galicia. Quizás llovía para acompañar a nuestro propio torbellino, los paraguas servían como excusa para apretarse bajo una lluvia que te va a mojar de todas formas, de un modo total, porque aquí la lluvia no es solo arte, también es esencia, como el amor, que no entiende de creencias, no entiende de paraguas ni de entelequias, está ahí, como la crisis permanente que siempre nos acechaba a pesar de toda la belleza que vivíamos, que emanábamos, una belleza masticable, una belleza que llevaba a cuestas la derrota.

Llovía por todas partes, llovía sin tregua, llovía desde arriba y también desde afuera.

El amor, como la lluvia, siempre nos pilla en plena calle, desprevenidos, cuando menos lo piensas y sin protección, pero dará igual, como la lluvia también nos mojará, nos empapará y desearemos cambiarnos de ropa.

Recuerdo una tarde en que yo deseaba pasear a pesar del chaparrón. Me hubiese gustado llevarte por la marquesina de Juan XXIII y caminar por los jardines que dan al Auditorio, dar de comer a los patos, qué sé yo. Era

otoño y mi ciudad está hermosísima en otoño; además, nos hubiésemos ahorrado el alcohol, pero ya se veía a la legua que tú no estabas para garbeos bajo los árboles por mucha hoja caduca que lucieran, ni para sacudir hojas amarillentas con tus zapatos de ante. No era por el calzado, claro, ni por la amenaza de chubascos, sino por tus propias nubes.

Venías envuelto en la tormenta.

Y era rotunda, de vientos huracanados y granizo como bolas de billar golpeando fuerte. Ni siquiera eras capaz de besarme. Tus labios estaban duros, parecías un pájaro picoteándome los labios.

Todavía no sé qué pasó, qué hizo que cambiaran los vientos. Empezaron a soplar fuerte desde el oeste, que son los cálidos y mis favoritos. Traen humedades y un punto de locura.

«¿Vamos a un callejón?», me dijiste.

«Vamos», respondí.

Tal vez fuera un callejón sin salida, pero estabas tú y estaba yo, y eso ya era bastante.

Para la vida

Después de la primera copa Alessandro se vuelve más locuaz. La tristeza se le queda en el fondo de los ojos, muy atrás, pero en la pupila le brilla esa chispa que aprovechamos todos cuando la vida nos ofrece una novedad, por muy trivial que sea. Me sirve más vino, Es un *soave*, hecho no muy lejos de allí, me explica. No es gran cosa, me imagino que no es un establecimiento tan bueno como para tener grandes vinos, o será que no es posible sustraer una botella muy cara sin llamar la atención.

El vino —y que somos extraños— permite las confidencias, al menos esos raros resúmenes que hacemos de nuestras vidas. Casi siempre lo importante se queda fuera del relato.

Lleva ya diez años trabajando allí, que es como trabajar en casa. Vive al otro lado, en Mestre, la parte de Venecia que no le interesa a nadie. Su padre trabajaba en el astillero de Vizianello. Sufrió un accidente laboral, una máquina se le vino encima y estuvo muchas horas atrapado bajo aquellas toneladas de hierro. Cuando consiguieron sacarlo de allí, aún vivía, pero sus piernas estaban hechas papilla. Se las cortaron. Aquella mitad de sí mismo sobrevivió un tiempo. Cuando parecía que lo había superado y que finalmente podría adaptarse a su nueva vida, quiso ir a visitar a sus compañeros. Su madre lo acompañó. Había aprendido a manejarse muy bien con la silla de ruedas, aún era un hombre fuerte, aunque no tan joven, los músculos de sus brazos movían las ruedas con facilidad, pero el mundo está lleno de obstáculos para los que no tienen todas sus extremidades, así que necesitaba

ayuda para moverse. Al llegar le pidió que lo esperara fuera, no quería que sus antiguos colegas lo vieran necesitado de niñera. Ella se dio una vuelta, fue paseando hasta el muelle de Fusina, que está muy cerca de allí, ese día había niebla cerrada y la Serenísima se había borrado del horizonte. «Se lo he oído contar tantas veces que me parece haberlo vivido», me dice Alessandro. Cuando regresó, esperó un tiempo en la puerta, pero, como no volvía, entró a preguntar por él. La estaban esperando. Sandro había saludado muy jovial, había hecho bromas sobre su velocidad, se había reído y dijo que quería darse una vuelta por allí, para despedirse. Lo dejaron ir. Luciano, que había estado durante treinta años a su lado en la arenadora, lo vio coger velocidad con la silla, primero sonrió pensando que estaba jugando, pero se le heló la sonrisa cuando adivinó sus intenciones.

—Demasiado tarde: papá volaba sentado en su silla, un vuelo corto que acabó en el fondo de la laguna. Lo sacaron enseguida, pero ya estaba muerto. Se ahogó con la rapidez de un bebé en una piscina, como si en sus pulmones ya no le quedase aire.

—Qué historia —le digo, fascinada por encontrarme a alguien que sabe contar.

Su madre cayó en una depresión, no sabe si por el suicidio de su marido, por su ausencia o por el peso de la crueldad que la vida había descargado sobre ella los últimos meses.

Él vivía en Dublín por aquel entonces, jamás se lo confesó a nadie, pero sintió alivio con la muerte de su padre, no soportaba verlo así, una caricatura de lo que fue. Y una carga. Supongo que me lo dice a mí porque no soy nadie, solo un espectro en una noche de tormenta.

Habla despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo, yo le hago preguntas para que siga haciéndolo. No es un truco, es que de verdad me gusta este momento. Escucharlo, la penumbra, la madrugada, la rareza.

Es hijo único, así que hubo de regresar para intentar sacarla de ese pozo, o al menos acompañarla en él. Se lo

sugirió su vecina. Lo llamó para decirle que llevaba semanas sin apenas salir de la cama, sin ducharse, que tenía que hacer algo. Y lo hizo, volvió. No es difícil encontrar trabajo aquí si te dedicas al turismo, así que solo tuvo que decidirlo. Lo que no esperaba era enamorarse como no lo había hecho nunca.

Abro los ojos y me acerco a la mesa, el amor siempre es el punto álgido de cualquier narración, aunque incluya tragedia y muerte. Sirvo las últimas copas y sacudo un poco la botella, ya inútil, en la mano. Me dice que puede abrir otra, pero niego con la cabeza. No quiero perderme Venecia mañana. Lo insto a que siga.

Su amor se llama Nicoletta y es su vecina y acaban de romper. Se conocían de siempre, pero ella es unos años mayor y, cuando eres joven, esa diferencia hace que la vida vaya por distintos recorridos, aunque siempre le gustó, me dice. Al hablar de ella se le encienden los ojos y al mismo tiempo la tristeza vuelve a aparecer. Cuando volvió, la encontró más hermosa que nunca, con esa belleza que confiere la madurez a algunas mujeres. Está casada desde muy joven, pero su marido trabaja en una plataforma petrolífera y se pasa casi todo el año fuera, así que, cuando se quedaron detenidos en una mirada, pudieron dejarse llevar sin problemas.

Ahora Alessandro ha decidido que quiere ser padre y Nico es mayor para eso, además de que nunca tuvo instinto maternal. Por eso se han dejado.

—Es la mujer de mi vida —me dice—, pero no es la mujer para mi vida.

Qué tonto eres, Alessandro.

El primer adiós

La primera vez que nos dejamos era julio. Nos citamos para decirnos adiós pasando la noche juntos, que supongo que es una forma de decirse que en realidad no quieres decir adiós. Quizás no era definitivo, pero yo debía encontrar alguna forma de pasar ese agosto conservando algo de dignidad, o fingiendo que me quedaba alguna.

Era un día entre semana, quizás un miércoles o un jueves. Cuando llegué, aún estaba el sol alto, cogí las llaves del cuarto, dejé mi exiguo equipaje y te esperé en la terraza del hotel. Bueno, en realidad los hoteles de polígono no tienen terraza, era solo una mesa puesta al sol frente al aparcamiento sobre unas baldosas ocres. Una piedra de gravilla se me quedó encajada en la cuña de la sandalia. Eran unos zapatos preciosos de color cereza. Llevaba las uñas pintadas del mismo color y un vestido blanco. Pedí una cerveza y, mientras la camarera iba a buscarla, me saqué la china incrustada. Llegaste justo cuando estaba en medio de esa operación perdiendo toda la elegancia que quizás nunca he tenido. Me recompuse y me levanté para saludarte. Tal vez al subir a la habitación a dejar tus cosas hicimos el amor, pero no lo recuerdo. La memoria es curiosa: ¿por qué guardamos una imagen y no otras?

En mi recuerdo ya es un poco más tarde, deben ser más de las diez porque ya es de noche. Voy en el asiento delantero de tu coche, en el que me he sentado unas cuantas veces, siempre con aprensión, sin sacudirme nunca la sensación de usurpadora. Tú conduces por el pueblo. Es uno de esos pueblos feos que ha crecido como alternativa barata a lugares más costosos, una ciudad con más pasado

que curiosamente ahora no tiene a nadie, solo la sombra de lo que fue. Habías reservado en un restaurante, uno de verdad, uno al que habías ido en algún momento del pasado cuando trabajabas por allí. Aparcamos en un descampado bajo unos eucaliptos enormes. Estábamos felices, como si aquello fuera el principio de algo y no el final.

Una no escoge una ceremonia de despedida para lloriquear, sino para que no la olviden.

Cenamos solos. El salón era pequeño y acogedor, demasiado elegante para ese lugar, quizás por eso estaba tan vacío. No hace falta recordar para saber que tomamos vino y pescado y que hablaste mucho. Te fuiste muy atrás en la memoria y nos achispamos mucho por el albariño o porque recordamos cuando éramos jóvenes, mucho antes de conocernos.

Cuántas vidas son posibles y qué breves nos parecen todas.

Cuando volvimos al aparcamiento, las copas de los eucaliptos se movían con el viento, seguramente refrescaba, pero no lo percibimos. Allí, bajo el cielo estrellado y en un descampado que olía a menta, iniciamos los juegos procaces de todos los amantes. Quizás me arrodillé para desabrocharte el pantalón y quizás metiste la mano en mis bragas. Tal vez llegué al hotel con ellas en la mano y quizás dejé dibujado en la tapicería de tu coche un mapa del deseo del tamaño de Nueva Zelanda.

La habitación 115 fue nuestro cuarto de jugar, como en la canción de McEnroe. Aún tengo aquel vídeo que nos grabamos. Yo leo un poema de Louise Glück y miro a la cámara. Tengo el rostro iluminado por el sexo, soy una piel roja y hambrienta de carne. Leo mientras tú me penetras, fuera de cámara. En medio de los versos emito pequeños jadeos, apenas perceptibles. Cuando revisamos la grabación, tumbados sobre aquella cama giratoria, vemos que la sombra de tu cuerpo se mueve en la pared. Cualquiera diría al verlo que hemos dedicado horas a preparar la escena. El guion, la luz, la posición de tu

cuerpo, mi piel encarnada. Nada parece azaroso.

El poema decía:

El gato circula por la cocina
con el pájaro muerto,
su nueva posesión.

Alguien debería debatir sobre
ética con el gato, mientras investiga
el asunto ese del pájaro cojo:

en esta casa
no experimentamos
la voluntad así.

Dile eso al animal,
sus dientes ya hincados
en la carne de otro animal.

Poco antes del amanecer te quedaste dormido. Ronroneabas como un gato en tu lado de la cama. Me fui al baño, me duché y me vestí. Esa vez de negro. Al salir me senté a tu lado. Estabas despierto.

—¿Te vas?

—Sí.

Por una vez quería ser yo la que se fuera y tú el que se quedaba solo en esa habitación de hotel. Más tarde me dijiste que te pasaste allí mucho rato, incapaz de moverte, destrozado por verme salir de allí escenificando el fin, pensando si habrías cometido el mayor error de tu vida.

Quizás da igual las veces que te despidas.

La primera es la definitiva.

La carne

Cuando Alessandro me besó, pensé en ti. Seguramente, él pensó en ella. Según esto, fue el beso más triste del mundo, pero algo me dice que hay mucha gente por ahí besando en diferido, besando por labios interpuestos, como si esas bocas que se abren esperando otras bocas fueran empresas opacas donde esconder amores imposibles en lugar de fortunas ilícitas.

El amor imposible es algo decimonónico. Ya no hay razones que impidan a nadie cambiar su destino. Digo «destino» y yo misma me voy de mi propio texto: si lo estuviera leyendo, lo tiraría por la ventana por exceso de palabras ampulosas e hipérboles cursis.

Ahora el destino lo llevamos dentro y de ese es muy difícil salir.

Para Alessandro el destino son sus ganas de ser padre; para mí, mi naturaleza libre; para ti, tu afán de tenerlo todo bajo control.

En las copas había un resto de vino y por algún motivo nos quedamos en silencio un instante. Se oía el runrún de las neveras y quizás nuestra propia tristeza. Miré hacia la terraza. Nevaba, nevaba copiosamente sobre las jardineras, sobre las lámparas, sobre el canal, una nieve gruesa, casi redonda, como si fueran copos dibujados de un trabajo infantil. Nos pusimos muy contentos, con esa alegría que da la nieve en lugares donde no se la espera. Dentro hacía calor, en nuestros cuerpos también hacía calor, nos levantamos y como niños pusimos las narices en el cristal, nos miramos sonriendo y nos besamos, como si no pudiéramos hacer otra cosa. Me acercó hacia él y me gustó

sentir el calor de su cuerpo. Olía ligeramente a sudor, pero en su piel todavía quedaba un resto del perfume, uno que en la mañana había sido muy rico. También me gustó su boca, su forma de moverla despacio sobre la mía, hasta que mis labios se volvieron blandos y encajaron bien en los suyos. Nos separamos un instante y abrimos los ojos. Ninguno de los dos estábamos allí del todo, toda esa ausencia reflejada en nuestras pupilas, pero nuestros cuerpos respondieron a pesar de todo.

Cuando tienes el sentimiento muerto, solo te queda la carne.

Agosto

A veces las cosas son como se esperan y aquel agosto fue un asco, aunque no tardaste demasiado en llamarme, cuatro días, creo recordar. Sonó el teléfono y ya mi decisión de no alimentar esa farsa de hablar de amor a mil kilómetros de distancia saltó por los aires.

No quería esperarte, pero te esperaba.

Salí mucho aquel verano, siempre había una fiesta esperándome en alguna parte y una amiga con la que beber y reír y llorar para adentro porque las amigas saben de tus dramas, aunque nos pasemos las noches bailando nuestro *hit* favorito, el aire acondicionado nos alborote la melena y en la barra Checho cada noche nos ponga otra ronda de chupitos de tequila.

Para sentirme rebelde, dueña de mí misma y no una vulgar mujercita que se cree las palabras de amor de un hombre casado, alguna noche besaba a hombres en los bares. No recuerdo sus caras ni supe nunca sus nombres, pero recuerdo las escenas. La verdad es que eran divertidas. Nunca hubiera podido imaginarme que era tan fácil que eso sucediera. Las mujeres nos pasamos la vida dudando de cosas de las que no debiéramos dudar nunca. Deberíamos hacerle caso a Caitlin Moran cuando dice que a los diecisiete descubrió que una puede follar siempre que quiera, al margen del tamaño de su cintura. Y también te puedes besar en la barra de un bar, aunque tengas tantas arrugas como algunas de las madres de los individuos que te rodean. Me convertí en una artista del beso inmediato y fugaz. Lo mejor eran las risas de después, porque algunas cosas de las que hacemos mejoran mucho cuando las

compartes, y lo peor era saber que el único hombre al que me apetecía besar estaba a mil kilómetros tomando paellas con su mujer y escondiéndose en el baño para escribirme largos mensajes de amor que yo a veces leía en las esquinas de los antros donde me dedicaba a olvidarte.

Creo que yo nunca te perdoné tu ausencia y tú nunca me perdonaste los besos que me encargué muy bien de contarte. Te parecieron vulgares e innecesarios, y tal vez lo fueron, pero, a pesar del desastre, no me arrepiento.

ALESSANDRO

Alessandro ha usado sus influencias o su libertad de acción y nos ha cambiado de habitación. Tal vez lo habría hecho igual si no nos hubiéramos besado la otra noche. En realidad, eso es lo que prefiero pensar. Me molesta que de un acercamiento personal surja una prebenda. Siempre me ha incomodado pensar que mi libertad sexual pueda acarrear algún beneficio y detesto cuando alguien hace un comentario sobre otra mujer en ese sentido. Una vez que hemos eliminado la cuestión moral, sigue sobrevolando sobre nosotras la sombra de la ambición. Nuestro cuerpo no puede servirnos simplemente como vehículo de nuestro placer, siempre parece al servicio de un interés mayor.

En cualquier caso, era imposible resistirse al ofrecimiento. El cuarto es precioso, armonioso, con ese encanto veneciano de telas púrpuras y de dorados fluyendo por un espacio amplio, espacioso, de techos altos y luces cálidas que acaban en tres ventanales sobre el Gran Canal. No hemos salido del edificio, pero en cierto modo es como entrar en otro planeta. La vista lo cambia todo. Es un cuarto piso y a lo lejos se ven un buen puñado de los campanarios de Venecia y sobre ellos ese cielo desteñido y lila.

Mamá está emocionada y algo abrumada, como siempre que la rodea un lujo que le parece que no le pertenece. He aprendido de ella que conviene no olvidar nunca de dónde vienes, que eso es más importante que saber a dónde vas, pero me gustaría que disfrutase un poco más de su presente.

En realidad, no hay lujo en este hotel, pero la habitación derrocha encanto y belleza. Una belleza

decadente y algo desconchada, como la propia Venecia. Me parece perfecto. Me gustan las cosas viejas, muy usadas, que han pasado por muchas manos, que llevan las huellas dactilares y emocionales de muchas vidas, que arrastran el cansancio y la esperanza y los sueños rotos, que tienen los bordes gastados y aun así mantienen la elegancia, una dignidad que no da el dinero y que desde luego no tienen los turistas ricos que nos encontramos saliendo de las tiendas de firma con enormes cinturones dorados con las iniciales de la marca, como grandes carteles publicitarios que hacen ostentosa demostración de su precio y de su vulgaridad.

A mí gustaría ser así, como este cuarto de hotel, acogedora y pasada de moda, un lugar fuera del tiempo al que tú siempre quisieras volver.

Camas

¿Sabes? Tengo en mi móvil muchas fotos de camas, imágenes de lechos abandonados justo después de la batalla, con las huellas de combates cuerpo a cuerpo que hemos vivido tan apasionadamente que cualquiera diría que eran duelos a vida o muerte. Alguna imagen de aquellas noches del inicio, tú te ibas y yo me quedaba a solas con todos mis trastos desperdigados, y el estupor: ¿qué demonios había pasado allí?

Está la foto que sacaste tú aquella mañana de julio en nuestra primera despedida, «Llegaste de blanco y te vas de negro», me dirías después, siempre atento a la simbología. Tenía prisa por irme de aquella habitación, aunque un poco de mí se quedó allí para siempre.

Volveríamos mucho, allí hicimos un pícnic la tarde en que te comunicaron tu traslado. Fue un poco accidentada por ese hecho inesperado, pero qué bonito fue brindar por la vida y por los cambios imprevistos que de pronto daban un giro al camino.

Allí, en aquel cuarto anodino de suelos de terrazo y cortinones grises, pasaríamos muchas de esas noches juntos en las que nos resistiríamos a dormir.

Pero hubo otros muchos. En uno de Coruña, donde nos reconciliamos aquella vez, la cama sale completamente arrastrada. Aún estaban abiertas las heridas, pero fuimos felices en aquel colchón que acabó bajo la ventana.

Estaba yo pensando que nunca había fotografiado una habitación ni me había molestado en mirar atrás. Será que uno se resiste a abandonar el escenario donde ha tenido lugar el amor.

También tengo una foto de mi antigua cama completamente ensangrentada. Me gusta pensar que el día de mi última regla hice el amor con el último hombre al que amaré. Era diciembre y te ibas otra vez.

El único viaje que deberíamos hacer es ese que hacía el somier a través de la habitación.

El viento que construye locuras

Hay vientos que construyen locuras y hay locuras que no amainan, muy al contrario, avanzan a gran velocidad y en mar abierto se encuentran con una corriente distinta o nueva que las engulle y convierte en una vesania mucho mayor y entonces se forma el huracán que borra las huellas de todo lo demás.

Llegó septiembre y regresaste. Por el camino, en unos de esos largos kilómetros, tal vez cuando ya los cielos se iban cubriendo de nubes y anunciaban la vuelta al noroeste, tu mujer te pidió que no vinieses a verme al día siguiente. No parece mucho pedir. Tú le hiciste caso solo a medias, para evitar que se enterara, no fuiste a trabajar e hiciste cuatrocientos kilómetros en una mañana, doscientos de ida, doscientos de vuelta, cuatro horas en coche y dos horas para besarme en un barrio de las afueras, no muy lejos de la autopista. No teníamos tiempo que perder.

Tú consideraste aquello como una muestra de la locura y yo lo vi como una muestra de la cordura. Preferiste el esfuerzo de conducir durante horas y asumir el riesgo de que te pillaran lejos del trabajo antes que ella se enterase de que venías a verme.

Supongo que es lo normal, pero el sentido común se me clavaba como las espinas de un rosal.

Las decepciones más amargas son las que te obligas a disimular. Yo lo hice muy bien y disfruté de aquellos besos, toda aquella pasión contra un muro de San Lázaro, cerca de la oficina de un banco. Los clientes entraban y salían y miraban de reojo a aquellos señores que se besaban como si fueran adolescentes en un recreo de secundaria.

Fue bonita aquella mañana, y también fue dolorosa. Las palabras de amor no mueven las fronteras, ni los marcos.

No sé si esa tarde o unos días después te mandé un audio de veinticuatro minutos y te dejé por segunda vez. No sé qué te dije en aquella ocasión, pero según me explicaste muchos meses después aquello te alejó de mí.

No te lo esperabas, no te lo merecías, mi huida se te quedó clavada en la carne, como una afrenta.

Nunca viste que yo solo era una mujer desesperada.

Volvimos al pinar a los pocos días. Esa tarde te vi temblar por primera vez. Quizás mencioné un beso, o a un antiguo amante, a uno importante, te lancé alguna de mis pullas aparentemente inocentes, desenfadadas. Tu cuerpo reaccionó más allá de ti. Temblaste, literalmente, no es una figura retórica, es la descripción física de tu cuerpo moviéndose como un junco a merced de la emoción incontrolada. Supongo que mis palabras eran un huracán para ti, la demostración de que no era una mujer recomendable porque siempre encontraría una cama a la que volver o a la que llegar.

A pesar de todo seguimos adelante, con más fuerza y más desnortados que nunca, y mientras yo creía que era todo posible siguiendo mi costumbre de no pensar nunca más allá del presente, tú ya no volviste a confiar en mí.

Lástima que no me lo dijeras, soporto mucho mejor la verdad que los silencios y enseguida hubiese aceptado que tenías razón.

Aunque yo solo quiera llegar a la tuya, siempre habrá una cama a la que volver.

Otoño

Aquel primer otoño empezaste a pasar alguna noche conmigo. Del tipo de acuerdos a los que habías llegado nunca supe nada. Tampoco pregunté. Las explicaciones no son buenas para la pasión, que se alimenta mucho más de dudas y del misterio que esconden las pieles. Además, las amantes, ante todo, han de ser discretas.

Llegabas con tu muda para la mañana siguiente metida en una pequeña mochila, apenas una camisa, un calzoncillo, un cepillo de dientes. Durante el camino, anticipando que el tiempo no nos llegaría a nada, que las horas se volverían evanescentes, me grababas audios larguísimos, uno de ida y otro de vuelta, que yo empezaba a buscar en el teléfono apenas salías por la puerta.

Aquellas noches no le dedicamos ni un instante al sueño. No había tiempo que malgastar. Te recibía en pijama y te ofrecía un mísero bocadillo y una cerveza. Después salíamos a cenar por ahí o de bares o a besarnos bajo la lluvia después de habernos besado ya en mi salón. También follábamos, claro. Siempre mirándonos a los ojos, y decías cosas como que estar ahí, bajo mi melena, era como estar dentro de una caracola y que, cuando te ibas, sentías cómo dejabas un reguero de pedacitos de tu alma por el camino y que solo se recomponían cuando hacías el camino de vuelta.

Sí, fuimos muy cursis aquel otoño. Hablábamos durante horas, nos escribíamos sin parar, seis, siete larguísimos correos al día, nunca nos alcanzaban los besos ni eran suficientes las palabras. Parecía como si hubiera algo en nuestro organismo, una bacteria o un virus

devorador que nos convirtiera en insaciables.

Envidio un poco a la yo de esos tiempos.

Me da un poco de pena la yo de esos tiempos.

Tenía ilusión, tenía esperanza, aunque no sé de qué, pero la esperanza no necesita complementos, simplemente se manifiesta. La esperanza es un rumor en la sangre.

En aquel momento en que yo creí un poco en nosotros, tú construías un foso para protegerte de mis cocodrilos, pero no me lo dijiste, jamás lo hiciste, no querías mostrar tus celos, porque en el fondo era eso, dudabas de mí y quizás tenías razón.

Pero no tenías derecho.

Saber amar

No he visto a Alessandro desde que nos besamos la otra noche. En realidad, solo ha pasado un día. En este limbo que es el viaje, el tiempo se deshace como una momia en contacto con el aire, deja de tener contornos.

La tormenta ya ha pasado y la ciudad no ha recuperado la normalidad. Recuerdo aquella frase de Erri de Luca: «La ciudad tiene por debajo el vacío, ese es su apoyo. A nuestra masa de arriba corresponde igual cantidad de sombra». Habla de Nápoles, pero vale para todas las ciudades.

Vale para nosotros.

Le digo a mamá que le gustaría Nápoles. Si ella quisiera, alargaríamos el viaje y tiraríamos hacia el sur. Sería un buen plan pasar unos meses en Italia, quizás ir primero a Trieste, llegar en tren por la costa y alojarnos en aquella plaza dieciochesca que acaba en el mar, intentar no volvernos locas con el Bora, pasarnos el día siguiendo las huellas de Joyce. Mamá no sabe quién es Joyce, ni James, ni Proust, ni le hace falta. Mamá sabe el nombre de los pájaros, la edad de las plantas, sabe hacerte llorar con el sabor de sus filloas, mamá sabe lo que es el amor.

Le pregunto si no le gustaría esperar la primavera en un hotel sin ascensor con vistas al Vesubio. Uno con una buganvilla en la terraza, donde sirven el desayuno en unas mesas de mimbre de los años setenta. En el mostrador hay un timbre que tal vez en otro tiempo algún soldado americano pulsó acompañado por una mujer de pelo oxigenado. Al salir a la calle deberíamos tener cuidado, evitar las motos que conducen niñas sin casco, dos niñas, tres niñas de largas melenas voladoras subidas a una

Vespino y que aparcan bajo balcones llenos de ropa tendida, ropa gris, ropa gastada que cuelga al lado de macetas de plástico, sobre hornacinas con vírgenes y flores de plástico.

—Te gustaría Nápoles, mamá, tan barroca y tan africana, con los restos de Pompeya, con la belleza de la bahía, con las frases de Curzio Malaparte atravesadas en las calles, con las tumbas de Virgilio y Leopardi.

Me mira con reprobación y ternura, como se mira a alguien de quien ya no esperas nada y sin embargo lo quieres todo.

—Solo tú puedes estar en Venecia soñando con otra ciudad.

Me dice.

Al contrario que mamá, yo no sé amar. Solo sé soñar.

Sufrir

Estaba en un aeropuerto. Mis amigas reían a mi lado y yo me alejé para hablar contigo un rato mientras ellas me hacían burla. Cuando estamos juntas, volvemos a ser niñas y yo, además, aquella tarde era una niña enamorada. Era viernes y mediodía, tras los ventanales el cielo se presentaba azul y lleno de las promesas que sugieren los lugares de donde parten los viajes. En la megafonía recordaban a los pasajeros que estuvieran atentos a sus pertenencias y yo caminaba con el teléfono en la mano.

Ya habíamos hablado aquella mañana, mucho rato, como todas las mañanas, aunque no tanto porque los horarios estaban un poco alterados por los planes de mi fin de semana, que estaba a punto de comenzar. Yo estaba contenta, casi febril como siempre que me voy con ellas a alguna parte, y tú sonabas serio, intenso, con la pasión sonando en la voz como un eco, casi ansioso, acelerado. Me decías que querrías pasarte el fin de semana batiendo en mí.

Lo dijiste así: «batiendo en ti».

Llevarme a un sitio, penetrarme y quedarte allí, dentro de mí.

Me gustó tu ansia, pero también me extrañó un poco tu desesperación. Supongo que te hice una pregunta, no sé cuál, pero sé cuál fue tu respuesta. O, más bien, sé la deflagración que provocó en mí.

Después de hablar conmigo recogerías tus cosas, te pondrías el abrigo, llegarías a casa, comerías algo, poca cosa, un poco de pan con queso, un plátano, un vaso de agua de pie en la cocina, e inmediatamente cogerías el

equipaje que tu mujer había preparado y saldríais los dos también de viaje a buscar el lugar donde años atrás habíais pasado felices uno de vuestros primeros aniversarios.

Creo que si el avión que estaba a punto de coger se hubiese desplomado sobre el Atlántico, no me habría sentido peor. De hecho, de aquella tarde solo recuerdo eso, el deseo de morirme, mis lágrimas, que quemaban como lascas cayendo por mi cara, recuerdo mi furia y mi incomprensión y el color ceniza de la cabina de aquel avión.

Me hablabas de amor, ardías de palabras, me dedicabas minutos, horas, suspiros, y podías irte a celebrar los treinta años que habías pasado con la mujer a la que yo creía que engañabas.

La mujer que en realidad era yo.

Me alegro de no ser ella y, sin embargo, aquella tarde, subida a un avión, hubiese preferido ser cualquier persona o cosa en el mundo, un sacacorchos, un panel de información, una planta de interior, cualquier cosa, excepto yo.

KIT KAT

Aquella tarde del segundo otoño en que tú celebrabas tu aniversario llegué a Berlín con los ojos enrojecidos por el llanto. En la ciudad se celebraba la caída del muro y yo brindaba por el muro que cada vez se elevaba más alto entre nosotros. O quizás solo era el muro que siempre había estado ahí y yo no veía por la fuerza de tus palabras, de tus besos, grafitis que cubrían el granito y lo convertían en belleza, aunque enseguida venía una lluvia a desdibujarlos y la tinta se deshacía dejando surcos como el rímel en mis mejillas.

No nos escribimos, no hubiese soportado tus palabras, aquellos días se me hubieran clavado más que tus silencios. Paseé por la ciudad envuelta en un dolor que me parecía más angustioso que la memoria de los berlineses. Mis amigas, tan sanadoras, a duras penas me hacían reír, pero estar con ellas siempre es un modo de salvación. No tuve que fingir. Fui yo y mi dolor.

El sábado por la noche nos pusimos guapas, muy ligeras de ropa, y nos fotografiamos en el ascensor. Estoy muy bella en aquella foto, semidesnuda bajo el abrigo y con aquella mirada descreída y melancólica, toda aquella tristeza cayendo de mis ojos hasta mis pechos, firmes bajo aquel vestido transparente. A la puerta del hotel cogimos un taxi y le dimos la dirección del Kit Kat, una discoteca liberal donde habíamos estado años antes. De aquella experiencia solo recordábamos las risas y nuestro ridículo de señoras de provincias mal vestidas en un lugar que nos parecía extraterrestre.

Ellas querían repetir la broma, pero yo necesitaba

sentir mi piel, sentir mi rebeldía, sentir mi cuerpo, sentir la carne, sentirme viva, sentirme libre, sentir.

Sentir que te hacía daño como tú me lo hacías a mí.

El local era enorme y raro. Dejamos los abrigos en el ropero y nos adentramos en esa nave llena de cuerpos ansiosos. Esta vez veníamos ataviadas acorde con el lugar, ropa exigua, apenas lencería, y nos situamos en la tarima desde donde podíamos observar ese espectáculo de gente bailando como en cualquier otro lugar, pero sabiendo que allí para llegar al sexo no sería necesario cruzar una palabra. Ellas solo querían mirar y bailar, tener el espejismo de saltarse un poquito las normas de lo cotidiano, hacer una gamberrada que nos devolviera un rato a la adolescencia, pero yo me sentía demasiado ingrávida y al mismo tiempo demasiado real, con aquel dolor latiendo en todos los nervios de mi cuerpo. Las dejé riendo como niñas en la tarima desde donde observaban toda la pista y me fui a dar una vuelta.

En los sofás una mujer tomaba una copa sentada en la polla de un hombre y, más allá, un tipo bastante asqueroso y completamente desnudo se hacía una paja. Atravesé el local para llegar a la barra. Debo admitir que me gustó esa sensación de caminar medio desnuda entre todos aquellos cuerpos, en general hermosos y mucho más jóvenes que el mío.

Había alguna mujer bellísima con los pechos al aire empujados por un bodi de cuero. Vi como todas las personas de su alrededor se acercaban a besarle los pezones y noté como se humedecían mis bragas. Pensé en aquel eslogan de camiseta que dice: «Muerta por dentro pero todavía caliente», y me reí. Estaba desolada y mi cuerpo seguía templado.

Me acerqué a la barra. Solo llevaba los tacones, las bragas y el camisón transparente. Pedí una cerveza y busqué unas monedas en la carterita que llevaba colgada al cuello con el dinero y la documentación. Cuando levanté la vista, un hombre a mi lado me miraba fijamente. Me llamó la atención que iba vestido: una camisa blanca y unos

vaqueros en aquel lugar era como llevar un hábito de monje. A su lado asomó una mujer que vestía únicamente una braga y un sujetador con estampado de florecitas. Ambos llevaban idéntico anillo, supongo que estaban casados. Me fijé cuando ella levantó su mano y me retiró el pelo de la cara, lo metió tras la oreja y la bajó desde el cuello hasta el brazo y luego, con un gesto suave pero firme, me empujó hacia él. Me dejé ir y enseguida sentí la mano de él, enorme, cubriéndome la nalga y su boca tragándose la mía. Cuando abrí los ojos, vi cómo se miraban, toda aquella lujuria y toda aquella complicidad.

Yo era solo un juguete perdido en el cuarto de juegos de otros.

Ojalá contigo hubiese sido tan fácil como fue aquella noche dejarme arrastrar a un rincón oscuro del Kit Kat.

SER AGUA

Mamá y yo estamos en la habitación. Me gusta esta paz que se ha instalado entre nosotras. Supongo que el amor entre padres o hijos es el único que permite amar sin comprender, aceptar el misterio que llevamos dentro y, simplemente, agarrarse a la permanencia que nos ayuda a ser algo más que globos aerostáticos a la deriva.

Ella, siempre previsora, hace la maleta. Mientras dobla los jerséis tararea un bolero con la voz algo engolada que pone siempre al cantar. La última vez que escuché ese tiple agudo fue el día que murió papá. Lo hizo porque él se lo pidió, que le cantara su canción favorita, Veinte años no es nada, y ella lo hizo, creo que sin ser consciente de que ese sería el último tango de papá.

Me alegro de oírla cantar de nuevo, aunque la falta de papá me muerde las tripas cada día.

Se puede extrañar a alguien para siempre, pero la vida sigue y yo leo al lado de la ventana. Más allá de ella, llueve sobre el Gran Canal, pero a nadie parece importarle. No dejan de pasar barcos de carga que llevan cemento, llevan grúas y mangueras de bomberos, y yo me pregunto qué posibilidad hay aquí de que se desate un fuego. Más parece que nos vayamos a diluir como una acuarela, pero el trasiego sigue, como sigue la vida en Compostela, la vida a pesar de la lluvia y la vida a pesar de las ausencias.

Dice Jan Morris en su libro de viajes que, si le preguntas una dirección a los venecianos, te dirán muy ufanos que sigas todo recto, como si no se hubiesen enterado de que al final de los escasos metros en línea recta habrá un muro o un canal.

En el amor y en Venecia nada es seguro, por mucho que algunos afirmen conocer el camino. En cualquier caso, es inútil usar mapa. Para disfrutar, hay que dejarse llevar. Eso hice yo, aunque me encontré arrastrada por las aguas, que tienen la manía de subir y bajar a merced de las mareas.

A veces creo que yo misma me he convertido en agua y eso está bien. El agua se adapta, se moldea, encuentra su camino, aunque sea bajo tierra, aunque sea circulando entre edificios centenarios de abigarrados muros que parecen siempre a punto de derrumbarse.

El agua sigue, lo impregna todo y, finalmente, pasa de largo llevándose con ella los restos de lo que fue.

La desesperanza

Aquel primer otoño de amor y esperanza acabó en febrero. Luego siguió el amor con frenesí, porque hay corazones que se empeñan en seguir latiendo dentro de los cadáveres.

El amor sin esperanza es como un edificio en llamas. O te quemas o te lanzas por la ventana buscando una muerte con golpes pero sin quemaduras, que siempre dejan más huella.

Nosotros elegimos quedarnos hasta ser consumidos por el fuego. Supongo que aquel día de noviembre decidiste que ya habías ardido bastante y te fuiste. Lo hiciste hablándome de amor, una forma de seguir alimentando el incendio, como siempre.

Y aquí estoy, esperando a que se consuman las llamas para ver qué queda de mí después del fuego. Eso es el desamor, ¿no?

En realidad, nos dejamos mucho antes. Esos meses posteriores solo fueron una bola extra, porque el amor necesita de la ilusión para ser, pero la pasión va a su aire, inasequible al desaliento. Seguíamos en el torbellino, donde las ganas se mezclaban con la desazón, el anhelo con la desconfianza, el ansia con la ansiedad, la atracción con la huida, el deseo con el deseo de romper.

No tiene sentido relatar cada uno de aquellos días en los que, a pesar de todo, hacíamos la belleza, aunque me gustaría: recordarte el paseo hasta el faro rosa, aquella sirena abandonada, tu pelo alborotado recortado contra el horizonte y la luz dando giros en aquel inicio del atardecer.

La belleza era un acantilado, unas rocas altísimas, los restos de una guerra, tú contándome que allí una ola

arrastró a una familia entera, una ola gigante como la que nos llevó a besarnos a continuación, a tirarnos a tierra, tú con tu traje, yo con mis tacones, los dos desnudos por dentro, a la intemperie, llenos un instante y vacíos al siguiente. La belleza eran tus lágrimas en mi cama, tus sollozos de niño en mi cuarto de baño, donde nunca llegaste a dejar un cepillo de dientes.

Pero lo bello siempre deja paso a lo terrible y cada ausencia era una herida sangrante y cada beso posterior, una transfusión que nos devolvía a la vida en un bucle infinito.

La primera noche en que quedó claro que no nos íbamos a entender nunca, que podríamos hablar de todo, horas y horas de llamadas telefónicas, cientos y cientos de correos electrónicos hablando de la lluvia, de las calles, de la memoria, de la soledad de los hombres, del pasado, de la posible vida en Marte, de los imperios que siempre se desmoronan sin que nadie se dé cuenta, de los desiertos, del deseo, de la veleidad del dinero, de la sorpresa inaudita del amor; hablando de política o de arte o de suicidio, pero nunca de nosotros. La palabra era una bomba que nos quemaba en las manos, el miedo a la explosión nos hacía disparar a todas partes, excepto al corazón.

Y solo allí nos entendíamos.

Recuerdo que llovía, otra vez, y que cenamos en Solleiros. El bacalao estaba delicioso, como siempre, y yo llevaba un vestido negro y la pulsera que me habías regalado hacía unas semanas, una con forma de clavo. Nunca me regalarías una joya que no escondiera una metáfora. Eres demasiado elegante como para eso. Estabas guapísimo con un jersey de cuello perkins azul marino y con aquella mirada capaz de traspasarme, tus ojos de rayos X, y que cambiaba de color en función de tu estado de ánimo, pero que llevaba un fuego dentro, quizás el del dragón que rugía siempre en nuestras entrañas.

Yo estaba algo tensa, expectante, y supongo que tú también. La conversación iba de un lado a otro ágil, pero nunca cogía el camino adecuado, como una bola de billar

que rebota en un lado y otro de la mesa sin colarse nunca por el agujero.

Nuestra mala puntería era proverbial.

Quizás sabíamos que, una vez que las bolas están debajo de la mesa, se acaba el juego.

Aquella velada acabó con una discusión silenciosa en la madrugada. Una pelea sin apenas palabras. No hacía falta. El propio silencio ya hablaba de nuestra incapacidad, de nuestros límites.

Saliste casi corriendo.

Cerré la puerta antes de que pisaras el primer escalón.

Y aun así, seguimos girando, planetas a la deriva flotando en el espacio, hasta que llegó noviembre y se acabó.

Ser uno

«Ser uno es no tener nada». Eso dice un verso de Juan Gelman. Ser uno es no tener nada y a veces ser uno es lo único a lo que asirse.

Lo que eres ha de estar por encima de lo que sientes. Esa frase otra vez.

Cuando me besabas era capaz de creer en los unicornios, pero era una mujer sin fe. Sin fe en ti, sin fe en mí, sin fe en ese nosotros, aunque ese nosotros fuera un universo entero en una habitación de hotel.

Aquella segunda primavera nos amamos más que nunca, con más desesperación, con más palabras; los días que no nos veíamos nos cruzábamos correos como si fueran misiles, «Un cataclismo existencial», decías, y yo casi nunca sabía de lo que me hablabas, no entendía nada, tú eras la piedra Rosetta y yo un Champollion despistado.

Releo nuestra correspondencia para ver si ahora, con la distancia, logro descifrar algo y todo me resulta más oscuro. Y tú, tú siempre me aplicabas aquella frase de Churchill con respecto a Rusia.

«Un acertijo dentro de un misterio envuelto en un enigma».

Eso era yo para ti.

Eso eras tú para mí.

La debacle estaba servida.

Abril es el mes más cruel, decía el poeta, el de la tierra baldía. La tierra baldía debe ser parecida a un desierto, ese que atravesábamos y no se acababa nunca. Me gustan los desiertos, ya lo sabes, todo en ellos es inmensidad, sobre ellos se manifiesta salvajemente la belleza del universo.

Pero está la sed, no se puede vivir sin agua ni tampoco con el sol abrasándote la piel. La vida en el desierto es imposible, pero era primavera y uno en primavera siempre espera que nazca una flor. Te besaba y todo era posible, sin ponerle nombre a lo posible porque la pasión no permite pensar en el futuro.

La pasión es un animal carnívoro y de presente.

Abril acabó como si fuera un espejismo y en mayo nos dejamos otra vez, un mes entero sin hablarnos, un mes que parecía no acabarse nunca, un calendario empujado por la rabia y por el dolor que da no entender.

Busqué el antídoto. Creí encontrarlo en otro hombre.

Uno especial. Atractivo, deportista, culto, aficionado a remar y a la poesía. Era discreto, elegante y sabía follar. Fuimos a cenar, al cine, a veces tomábamos café a media mañana entre su trabajo y el mío. Era de conversación fluida y sabía escoger el vino. Y me gustaba su piel. Era un hombre a quien lucir. Un hombre separado, sano, tranquilo, sin conflictos con el mundo ni consigo mismo. Lo conocí en una exposición. Mi colega Eutropio presentaba aquel trabajo sobre depósitos de agua de Galicia. En sus fotos parecían naves espaciales aterrizadas en algún extraño planeta. Él fue quien nos presentó.

Todo fue agradable y sin estridencias. Más tarde, me dijo que pensó en besarme la primera vez que me oyó reír.

Como tú.

Un día me invitó a un concierto. Era en tu ciudad. Me puse guapa, un vestido entallado y tacones. Me recogió cerca de casa. De su coche solo recuerdo que era blanco y que crucé las piernas en el asiento del copiloto como si estuviéramos en un bar. Llevaba gafas de sol y los labios rojos. Él no hizo ningún comentario. Hacía sol y conducía muy bien, como era él mismo, sin movimientos bruscos. Creo que se deslizaba por la carretera como por la vida, sin necesidad de grandes emociones.

Al llegar aparcamos en el centro y fuimos caminando hasta el auditorio. La calle era un hervidero y yo te veía en todas las caras que nos cruzábamos. No sé si lo temía o lo

ansiaba. Las entradas eran muy buenas, en el centro de la sala, que estaba medio vacía. El espectáculo era de una belleza sobrecogedora. Solo un hombre descalzo, su piel negra, una camisa blanca, su presencia. Y su voz. Imposible no emocionarse. Cualquiera que hubiera visto la escena pensaría que era perfecta. Hacíamos buena pareja, guapos y con buen gusto. Yo con lágrimas en los ojos, lágrimas que hacían pensar en la belleza y en realidad hablaban del vacío. De mi vacío. ¿De qué vale la perfección si no sientes nada?

Salimos. La noche estaba preciosa, templada, sin rastro de viento. Los barcos temblaban ligeramente en sus amarres. Nos metimos por las callejuelas, nos sentamos en una terraza, cenamos chipirones bajo una parra. No sé de lo que hablamos.

De aquella noche solo te recuerdo a ti, que no estabas.

A la mañana siguiente me desperté en una habitación de hotel. Mi amante de mayo se había ido de madrugada o quizás justo después de follarnos en silencio. El sexo sin palabras tiene algo de inquietante. ¿Qué oscura razón nos hace no decir, omitir? No me dijo «Tienes unos pechos preciosos», no le dije «Me gusta sentir tu polla», no me dijo, como la primera vez, «Eres una mujer deliciosa»; no le dije «Quiero que te corras una y otra vez».

El sexo sin amor se acaba cuando se acaban las palabras.

No podía dormir, no podía dejar de pensar en ti. Miré el reloj, calculé que en un rato saldrías a trabajar, aún estaba a tiempo de adelantarme, de esconderme en un portal, de verte pasar. Salí corriendo, me aposté en un callejón, el corazón me latía de vergüenza. ¿Y si calculaba mal y me veías? Esperé unos minutos. Un barrendero arrastraba su escoba. Me miró de reojo. Tal vez estuvo dudando si sería un desecho que meter en el contenedor.

Tenía la espalda pegada a una verja, la postura de una niña jugando al escondite, el aliento entrecortado. Que no me pillen.

Por fin te vi pasar. Tu andar inconfundible, de pasitos

cortos, algo amanerado, con los hombros muy echados hacia atrás, el pelo mojado de la ducha reciente. Cerré los ojos.

Ya está. Fui más patética que en toda mi vida mientras el semen de un hombre que no eras tú se deslizaba por mis muslos.

Islas

Ninguna isla es tan isla como Venecia, que se supone que ya no lo es. En ningún lugar del mundo la vida es tan particular como aquí. Las mujeres van a la compra en barco, las ambulancias son marítimas y no hay plazas de carga y descarga, solo muelles donde gabarras de todo tipo dejan sus mercancías. Todo discurre lento, y al mismo tiempo hay algo de caótico y abigarrado, sobre todo en el Gran Canal, que es la enorme y sinuosa arteria de la ciudad. Cuando el agua baja, quedan al aire esos fondos limosos y esos cimientos podridos. Alessandro me dice que los venecianos siguen el ritmo de las mareas, seis horas arriba y seis horas abajo. Yo me contengo para no decirle que a él se le rompió un poco el equilibrio, da la sensación de estar siempre un poco más abajo del punto medio.

Caminamos juntos. Es raro verlo a la luz del día, fuera del hotel. De nuestra intimidad de la otra noche no queda nada, apenas una luz pequeña, como la que lleva en el abdomen una luciérnaga, pero hay cierta paz en nuestra forma de estar juntos.

Nos une el saber que no sentimos nada el uno por el otro. Rara vez sucede eso porque las relaciones, sean del cariz que sean, tienden a estar descompensadas.

Se está acabando nuestro tiempo aquí. Ha salido un sol rotundo que desde su posición oblicua pinta las fachadas de colores nuevos para mí. Mamá se fue de excursión a Murano. Se la ofreció Mare, a ella y a los mexicanos, y aceptó sabiendo que yo preferiría callejear sola, pero finalmente Alessandro se ha prestado a acompañarme y a enseñarme su Venecia durante la hora del almuerzo. Da

igual que haya nacido al otro lado del puente, esta es su ciudad, la que se ha convertido en inhabitable a pesar de su belleza.

O quizás por ella.

Cuando era niño, su bisabuela aún vivía en una calle oscura del Dorsoduro. Se murió a los ciento tres años, me cuenta. Nació casi estrenando la Italia unida. Los últimos años ya no salía nunca de casa, ni para ir al médico, que no le hacía falta. Sacaba un cubo con una cuerda por la ventana y por allí le subían los alimentos directamente desde una lancha. Me enseña la ventana desde un puentecito sobre el canal en el Fondamenta Rizzi. Al morir la anciana, vendieron su última propiedad en la Serenísima. Los padres de la bisabuela habían llegado con la primera empresa de transporte público que vino de Francia con su barco a vapor para recorrer el Gran Canal transportando viajeros. Aquella primera compañía fue la precursora de la ACTV que usamos todo el tiempo, y aunque los barcos funcionan con gasoil, seguimos llamándolos *vaporetti*. Su tatarabuelo condujo uno de aquellos primeros vapores que salieron del Sena y dieron la vuelta a Italia hasta llegar a Venecia como primer transporte mecánico. De ellos guarda un apellido francés que conozco en este momento: Corbin. Es bonito.

Cuando me vaya, tal vez lo eche de menos. Me gusta su forma de contar historias, aunque me desespera un poco esa templanza, esa tibieza, esa suavidad en todos sus gestos. Supongo que nada es como la furia de tus ojos ni como la pasión que le pones a cada palabra, y supongo que estoy condenada a compararte con todas las personas con las que me cruzo, aunque sean hombres tristes que aman a otra y apenas me ven.

Tal vez lo que me gusta de él precisamente es eso, que soy invisible, que estoy aquí delante de la iglesia de San Moisè, donde quizás enterraron a Verónica Franco, la cortesana más famosa de la ciudad, mientras el sol hace virguerías con Venecia, juega con sus fachadas, con los rosetones de las iglesias, con los apliques de las góndolas,

con el agua que discurre en silencio, apenas suena el chapoteo de un remo y veo la cara de frío de unos turistas orientales que ni se atreven a sacar las manos para hacer una foto y les digo adiós desde el Ponte dei Pugni, donde están dibujados los pies de los que se peleaban sobre él hasta que en 1705 se prohibieron las reyertas que acababan con los perdedores arrojados al canal.

Alessandro juega a ponerse en guardia y yo me río y pienso en los Nicolotti y los Castellani y en ti y en mí, en nuestra eterna pelea que ya se acabó.

Solo es un dibujo en la piedra.

Al final me he subido a una góndola. Alessandro me ha acompañado, ha negociado el precio con su amigo Carlo y me ha ofrecido su mano como apoyo. Me ha gustado ese gesto y me ha gustado conocerlo. Desde la embarcación le he dicho, levantando un poco la voz, que espero que me envíe una foto de su hijo cuando nazca.

Si nace. Hoy pienso que sí, que será padre como desea y que el amor, por muy definitivo que sea, no es suficiente.

Su cara cambia de color con la sonrisa. El gondolero mete la lanza hasta el fondo en un gesto mecánico y eficaz. Enseguida empezamos a deslizarnos sobre las aguas, que serpentean temblorosas entre la piedra.

Me arrebujo en la manta y pienso en ti. Da igual a dónde vayas, contigo se irán todos los fantasmas, pero ha estado bien este viaje. Pasear por las traseras de Venecia con un frío de los que corrompe el alma me ha hecho concluir que quizás es todo más sencillo, quizás la respuesta correcta es siempre la más fácil.

Éramos demasiado mayores para enamorarnos y lo bastante mayores como para saber que el amor no es capaz de transformar nada. A la larga, la pareja siempre será una colisión de dos voluntades y ninguno de los dos iba a ceder la suya, igual que el mar no deja de embestir a la ciudad de los mil años.

Ni siquiera cedimos como amantes.

Pensé también en aquel momento en que la protagonista de *La pasión* se asoma a la ventana de su amor

y la ve con su marido. No hay un fuego como el que se enciende cuando ellas están juntas, pero en esa escena que ve hay una paz, un sosiego que le lacera el alma. Ahí comprende que nunca debes pasar más de nueve noches con alguien con quien no puedes amanecer todos los días.

No seguí ese consejo y no me arrepiento, aunque ahora arrastre conmigo unas pesadísimas cadenas sobre estas aguas oscuras que apenas guardan un verde ondulante. Me agarraré a ese brillo y pensaré que he conocido el tiempo de los amantes y la verdad del amor, que está destinada a morir, como la belleza, pero de alguna manera es inmutable, como Venecia, o como la memoria de Venecia, que nunca será racional.

Venecia y el amor solo admiten la memoria emocional.

Algún día

Volveré a Venecia, para entonces ya no tendrá tu nombre, que habrá dejado de estar colgado en todos los pendones. Será más luminosa y estridente, habrá fiestas en los salones aún vivos de los palacios y beberé *prosseco* persiguiendo al fantasma de Lord Byron, que era acosado por todas las mujeres de la ciudad más disoluta del mundo. Mi Venecia del futuro no acarreará en sus gabarras palabras feas, como desconsuelo y desazón, y tampoco tendrá dragones dando mordiscos a las tripas, le bastarán los leones alados que protegen la tumba de san Marcos.

Tampoco estará mamá, que ahora cierra las maletas y se sienta en la cama mirando por la ventana. En el campanario de alguna iglesia suenan las nueve. Mamá las cuenta una a una, como hago yo con las de la Berenguela las noches de insomnio. Algún día dejarán de dar tu nombre y volverán a dar las horas.

No sé si mamá tiene ganas de volver a casa, aunque ha aplazado la cita con la masajista y se ha perdido una de las reuniones que hace con su grupo de caminantes, pero parece cómoda en este limbo tranquilo. Ha hecho que todos aquí la quieran y hasta se ha ocupado de las plantas del vestíbulo, que, según ella, no estaban bien atendidas.

Seguramente también le apetece reencontrarse con los árboles de su jardín y abrir los postigos de la casa en la que lleva viviendo desde que se casó, la casa de mi infancia, donde me aburría bajo el sauce y donde veía las torres de la catedral esconderse bajo las nubes los días de niebla.

Seguramente, también tiene ganas de dejar de verme a mí.

Pensé que el sentido de este viaje era acompañarla a ella y ahora me doy cuenta de que ha sido al revés. Es ella la que me acompaña a mí, abandonada como estoy a esta soledad tan recalcitrante, tan adictiva.

Quizás no hemos hablado todo lo que deberíamos, pero tal vez debamos aceptar que solo somos incógnitas y que hasta el rostro más conocido un día presenta un gesto nuevo que nos deja estupefactos. La única certeza que tenemos es la piel, como la de sus manos artríticas, que se detienen a mi lado y me masajean el cuello, esas manos ardientes, pura energía telúrica que me aferra a la existencia, verdaderas tomas de tierra, igual que los ojos de papá me ayudaban a mirar a lo lejos, siempre más allá. Cuánto lo echo de menos.

Cierro los ojos y Venecia se desvanece y pienso en Leo, en si seré capaz de conectar con ella en un momento como este donde solo están la piel de mamá y la mía, unidas como en el útero, fundidas, orgánicas, pieles elocuentes que explican el mundo sin necesidad de palabras.

La libreta

El tren de vuelta a Milán sale a las diez. Allí cogeremos el avión a Santiago. La libreta se me está acabando. Es blanca y las solapas se han ido emborronando. En letras doradas lleva el título precioso de una novela que no leí. Todas las mañanas del mundo. Me la regalaste tú una vez, la compraste en un viaje y me la trajiste envuelta en una bolsa de supermercado. Ahora la he llenado en otro viaje, uno que ha llegado al final.

Noviembre

Sí, llovía mucho aquella noche que siguió a la tarde en que no paró de llover y comíamos quiche en mi salón y todo eran serpientes entre nosotros. Salimos de casa sin paraguas, insumisos de los artículos obsoletos que no nos iban a salvar de mojarnos ni tampoco de la tiritona interior que arreciaba desde algún lugar profundo, quizás desde esa misma cueva de donde salían tus celos, animales salvajes que se escapaban a veces de su jaula y que yo azuzaba de vez en cuando aun a riesgo de recibir el zarpazo que finalmente me llegaría, disfrutando secretamente de esa furia que te transformaba en un basilisco, alguien sin razón, puro instinto defensivo y vergonzante que luego te haría, indefectiblemente, alejarte de mí, convertida en un espejo que reflejaba algo de ti que nunca habrías querido ver.

Lo hacía para esconder mis propios monstruos, que me mordían las tripas en silencio, hormigas devoradoras que en días malos ocupaban el cerebro y lo colonizaban, como explica tan bien Annie Ernaux en su novela *La ocupación*. Días en que parecía estar enamorada de tu mujer y no de ti, días donde todo era su nombre, como si fuera ella la que guardara tu esencia, esa a la que yo no conseguía llegar. Nunca te lo decía, salvo una vez que te pregunté cómo podías volver a casa, estar en casa después de una de esas noches que pasabas conmigo. «¿No me digas que te gustaría estar en su lugar?», me dijiste con rostro dramático, y no, nunca habría estado en ese lugar, no hubiese ido a recoger a mi marido a la ciudad donde acaba de pasar la noche con otra, pero miraba su Instagram buscando explicaciones, me comparaba con ella, lamentaba no haberle contestado el día

que me mandó un mensaje al principio de los tiempos, cuando, arrogante, me reí del patetismo de las parejas que se aferran al cuerpo que tienen al lado.

Me sentía poderosa por mi libertad, esa libertad que usé como una espada por el puro placer de ver brotar tu sangre y sí, aquella noche salimos de mi casa y de mi cama y caminamos en silencio cogidos de la mano y en la Quintana nos besamos al ritmo de la Berenguela que daba las diez y al ritmo de la lluvia que no dejaba de caer, como en aquel título de Jonathan Coe, al que, ¿te acuerdas?, lo conocimos una noche en el Casino y luego nos vio besarnos como adolescentes en un portal de la Rúa Nova. Pero ese día era noviembre, aunque yo ya tenía puesto el árbol de Navidad porque a Leo le gusta la Navidad, y llovía y en la plaza no había nadie, solo un borracho que nos interrumpió para pedirnos algo y tú te enfadaste, «¿No ves que estamos ocupados, tío?», y yo me reí, pero pensé que igual, a partir de entonces, iba a ser yo la que pensase en el alcohol y no en el amor, y seguimos caminando hacia tu coche, que aparcabas siempre en la calle Loureiros y cada vez que te ibas tenías que juntar monedas para pagar la multa. Frente a San Martín Pinario nos volvimos a besar, un beso barroco, mohoso y eterno como la fachada de la iglesia.

Entramos en el Atlántico, nos sentamos en un taburete al fondo de la barra y sonaron los Doors, y tú pediste cerveza y yo un pisco sour y sentí ganas de hablarte de ella, de sus publicaciones llenas de simplezas, y bebí el cóctel de golpe y pedí otro con un gesto de muñeca, una perfecta profesional de bar, y supe que era patética, no ella, sino yo, y comprendí que era el final, que la belleza había muerto porque aquello era una historia vulgar, una como todas, y tú empezaste a hablar de *Johnny B. Goode*, la canción que empezó a sonar a continuación, «Un chaval, un tren y una guitarra, cuatro acordes, distorsión y velocidad, así es como suena el tren cuando se acerca, así es la estridencia y el desconcierto», dijiste, y me pareciste guapísimo y pensé que me enamoraría de ti una y otra vez y quise hacerte daño y te sonreí pestañeando y sé que me deseaste una vez más y

que tuviste una erección que se cortó cuando te hablé de Jaime, un examante joven con el que había salido unos meses, el día de su treinta y cuatro cumpleaños lo habíamos celebrado en París haciendo el amor en una cama con dosel, te conté ese detalle y algún otro convenientemente, Jaime, que ni siquiera sabe quién es Jimmy Hendricks, ni que quemaba sus guitarras después de los conciertos porque ya lo habían entregado todo, habían quedado vacías, y te dije que habíamos cenado hace unos días y que estuvimos ahí, en esa misma esquina, te lo dije de un modo casual, aparentemente inofensivo, tocándome la barbilla, enrojecida y dolorida por nuestra tarde de sexo, y te miré fijamente, te miré como un entomólogo al insecto al que acaba de clavar una aguja, deseando ver tus miembros moverse lentos, agonizantes, deseando prender fuego a esa guitarra que rozó la gloria, ese instrumento maldito que éramos tú y yo.

Mantuviste el tipo. La ira solo fue un temblor en la mano con la que agarraste la segunda cerveza, justo antes de apretarla entre tus dedos, los mismos dedos que un rato antes acariciaban los míos. Los hombros se te hicieron más estrechos y un silencio se extendió como una mancha sobre el mostrador, sobre las botellas de licor, sobre las fotos de las paredes. Fuiste al baño y yo me quedé allí, comiendo gominolas diminutas y escuchando a Jim Morrison cantando *When the music's over, turn out the lights*.

Cuando volviste, vi que te habías lavado la cara y tú que yo había pagado la cuenta.

Solo nos quedaba morirnos de una vez.

Carta al lector

Como lectora que se pasa la vida entre lectores, sé de nuestra querencia por buscar huellas de la vida de los autores en los textos que leemos. De alguna manera, todo es autobiográfico, pero, de alguna manera, todo lo escrito es ficción.

Por mi parte, puedo decir que no tuve ninguna intención de contar una historia real, pero sí la ilusión de acercarme a una forma de verdad. Si lo conseguí o no, es veredicto tuyo, que estás al otro lado de la última página.

Para escribir *La belleza debe morir* me he alimentado de experiencias, de imaginación y de muchas lecturas. Es imposible mencionar todos los libros que se esconden entre líneas, pero mi Venecia es deseada, soñada, paseada, navegada y también leída. Es la Venecia que encontré en Brodsky, en Cees Noteboom, en Byron, en Miquel Molina, en Juan Lamillar, en Judith Mackrell, en Thomas Mann, en Félix de Azúa, en Javier Marías, en Fréderic Eden, en Jan Morris o en la fotógrafa Inge Morath, entre otros.

Y del amor, o del deseo, qué puedo decir, me creció alguna que otra vez como un nenúfar en el corazón, aunque no soy un personaje de Boris Vian. Me habría gustado serlo de Jeanette Winterson, de Annie Ernaux, de Cristina Peri Rossi, de Marguerite Duras. Me conformo con quedarme a vivir en un poema, quizás aquel de Alda Merini, *Huida de loba*, y si me preguntáis cuántos amores he tenido, os responderé que miréis en los bosques y busquéis las trampas en las que ha quedado atrapado mi pelo.

Agradecimientos

Una librera sabe que un libro tiene un recorrido cortísimo, la inmensa mayoría de las veces tan efímero como la vida de una mariposa, por muy bella que esta sea. Lo importante es el camino y yo lo he disfrutado a cada paso, la mayoría torpes.

Quiero darle las gracias a Ana por propiciar el encuentro que lo ha hecho posible, hada madrina inconsciente de este proyecto.

A Marisol, que me ha ayudado como si fuera secretaria sin serlo, siempre sonriente y dispuesta a manejar las herramientas de trabajo que a mí se me dan tan mal.

Y gracias a Miryam Galaz, mi flamante editora, por llevarme de la mano, señalizarme los semáforos y las curvas y las rotondas imposibles por las que a veces daba vueltas y vueltas sin encontrar salida. Y, sobre todo, por haberlo disfrutado conmigo.

Y gracias a la vida, por tanto amor. No puedo mencionaros a todos, pero tú sabes cuál es tu nombre y lo importante que eres para mí. Gracias a ti, por quererme, por estar ahí.

La belleza debe morir
Mercedes Corbillón

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este *ebook* estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada: Ferdinando Scianna /Magnum Photos/Contacto

©Mercedes Corbillón, 2023
© Louse Glück, por «El dolor de Circe» y fragmento de «Parábola de la bestia», © Visor
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-670-6990-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!